

La Esfera

Año XII

Núm. 624



«Retrato de Monna Lisa», copia del cuadro de Leonardo de Vinci (MUSEO DEL PRADO)

Precio II

LEA USTED

LA NOVELA SEMANAL

REVISTA LITERARIA

que publica todos los sábados una novela original é inédita de los primeros autores españoles é hispanoamericanos.

Precio del número: 30 CÉNTIMOS



EA USTED ESTA SEMANA

LA OTRA JUSTICIA

POR A. MENOYO PORTALÉS

Productos PECA-CURA



La PECA-CURA embellece; perfuma la PECA-CURA; cura los granos y pecas; el busto rejuvenece, y al semblante da finura.

AGUA CUTANEA, 5.50; CREMA, 2.50; POLVOS (Todos los matices), 2.50; JABON, 1.50; EXTRACTO, 15; COLONIA, 3.25, 6, 9.50 y 16; LOCION para el cabello, 4.50 y 6; MASAJE FACIAL, 3.50 y 5; JABON para afeitarse, 1 y 1.25 pesetas.

CORTÉS HERMANOS.- Barcelona



UNDERWOOD

Campeón Oficial

Guillermo Trúniger, S.A. Barcelona. Apart. 298.

DIAZ FOTOGRAFIA
:: DE ARTE ::
FERNANDO VI, 5.- MADRID

ROLDÁN

Camisería
Encajes
Equipos para novias
Ropa blanca
Canastillas
Bordados

FUENCARRAL, 85
Teléfono 35-80 M.

MADRID

Para anunciar en esta Revista, dirijase á la Administración de la Publicidad de Prensa Gráfica

"PUBLICITAS"

Avenida Conde Peñalver, 13, entlo. Casa en Barcelona: Ronda S:n Pedro, 11, pral.
Apartado 511. Teléf. 61-46 M MADRID Apartado 228. T.131. 14-73 A.

ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO e INTESTINOS

DOLOR DE ESTÓMAGO	DIARREAS EN NIÑOS
DISPEPSIA	y Adultos que, a veces, alternan con
ACEDIAS Y VÓMITOS	ESTREÑIMIENTO
INAPETENCIA	DILATACIÓN Y ÚLCERA
FLATULENCIAS	del Estómago
	DISENTERIA

OBRA COMO ANTISÉPTICO DEL APARATO DIGESTIVO curando las diarreas de los niños incluso en la época del destete y dentición. Es inofensivo y de gusto agradable. Ensáyese una botella y se notará pronto que el enfermo come más, digiere mejor y se nutre, curándose de seguir con su uso.

33 AÑOS DE ÉXITOS CONSTANTES 5 pesetas botella, con medicación para unos ocho días

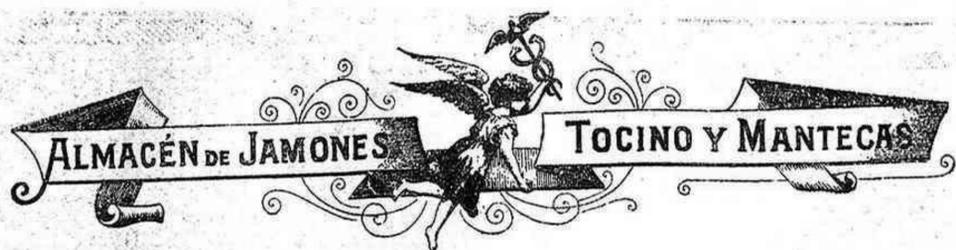
Venta: Serrano, 30, Farmacia, MADRID y principales del mundo



Ya no proferirá más esta queja si toma sencillamente unos baños de pies saltratados

Ir de tiendas, dar una vuelta y pasearse, es un verdadero placer cuando los pies son sanos, pero resulta un castigo de verdad si se sufre de callos, endurecimientos ó de pies sensibles que se hinchan y duelen fácilmente. Todos los que padecen males de pies, causados por la fatiga ó la presión del calzado, deberían ensayar los baños saltratados. Basta con disolver un puñadito de Saltratados Rodell en un recipiente con agua caliente y bañar los pies durante unos diez minutos en esta agua transformada en medicinal y ligeramente oxigenada. Un baño preparado en esta forma hace desaparecer con rapidez toda hinchazón y magulladura, toda sensación de dolor y quemazón. Una inmersión más prolongada ablanda los callos, endurecimientos y demás callosidades dolorosas, de tal modo, que pueden ser arrancados con facilidad sin navaja ni tijeras, operación siempre peligrosa. Los Saltratados Rodell reponen los pies y los conservan en perfecto estado, de tal modo, que el calzado más estrecho le parecerá tan cómodo como si fuese usado.

NOTA. Todos los farmacéuticos venden los Saltratados Rodell. Si le ofrecen imitaciones, rechácelas, ya que no tienen ningún valor curativo. Exigid siempre los verdaderos Saltratados.



MARIANO RICO

(SOBRINO DE F. RICO)

ESPECIALIDAD EN JAMONES DE ASTURIAS Y GALICIA

ENVIOS A PROVINCIAS
DESPACHO POR MAYOR Y MENOR

12, Conde de Romanones, 12

Teléfono 533 M. MADRID

Lea usted todos los viernes la Revista

NUEVO MUNDO

50 céntimos el ejemplar en toda España



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO

Con una sola aplicación
se logran matices permanentes
Cortés Hermanos.- Barcelona



UN NUEVO LIBRO DE
JOSE FRANCO RODRIGUEZ
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

Quando el Rey era niño...

De las memorias de un gacetillero
(1890-1892)

Un momento interesantísimo de la historia española de fin de siglo, magistralmente evocado :: por este ilustre maestro del periodismo ::

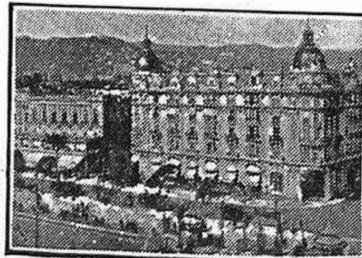
Precio: 5 pesetas

Madrid, 1925



NIZA HOTEL RUHL

El más moderno y el mejor



El mejor situado,
entre jardines,
con vistas al mar

Bajo la misma dirección
en Niza

HOTEL ROYAL
HOTEL SAVOY
HOTEL PLAZZA & FRANCE

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse á esta Administración, calle de Hermosilla, núm. 57, Madrid

¡Felicidad!

Una madre tiene cuatro hijos que nunca están enfermos:

¡A qué se debe tanta felicidad!

A que una vez, hallándose el hijo mayor débil, raquítico y a un paso de la tuberculosis, le dió éste excelente Jarabe y no sólo salvó su vida sino que le convirtió en un muchachote vigoroso y rebosante de salud.

Desde entonces, en aquel feliz hogar, se desconocen las enfermedades tan comunes en la infancia, porque la madre, con admirable previsión, no deja un solo día de dar a sus hijos el imponderable

Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD



35 años de éxito creciente
Aprobado por la Real Academia de Medicina

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.



Cuchillas de base hueca

Cuando un hombre compra una Wilkinson, arrincona todos esos jugue es, todos esos chirimbolos con cuchillas como obleas, que raspan e irritan y que no sirven para nada.

La famosa hoja de acero de espada Wilkinson es de base hueca y está forjada á mano con el acero más fino, exactamente lo mismo que una navaja de afeitar. Su duradero filo no puede obtenerse (ni mucho menos conservarse) con el modelo *oblea* de las navajas de seguridad.

La montura ajustable permite guardar la cuchilla como se desee, asegurando así un afeitado limpio y suave. La guarda del rodillo hace llegar el suavizador hasta el filo de la cuchilla.

DE VENTA EN TODAS PARTES

WILKINSON

Máquina de seguridad para afeitar

N.º 121. Contiene siete hojas de base hueca, grabada cada una con el día de la semana, montura ajustable y suavizador automático. En caja de roble pulimentado, pesetas **72.50**, aproximadamente. Otros modelos á Ptas. **27.50** y Ptas. **15** al cambio de hoy.

N.º 122. Igual que la número 121, pero con sólo tres cuchillas (numeradas), pesetas **4.3**, aproximadamente.

WILKINSON SWORD COMPANY, LIMITED
58, Pall Mall, Londres, S. W. 1. Fábrica, Acton, W. 4.
Fabricantes de armamentos, espadas y armas de fuego.
Manufactura de navajas de afeitar.
(T. H. Randolph, Director Gerente)



Maravillosa Crema de Belleza - Inalterable - Perfume suave.

REINE DES CRÈMES

DE J. LESQUENDIEU PARIS

CREMA de TOILETTE INDISPENSABLE PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

De venta en toda España Agente J. ROS & Cuesta Santo Domingo, MADRID

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

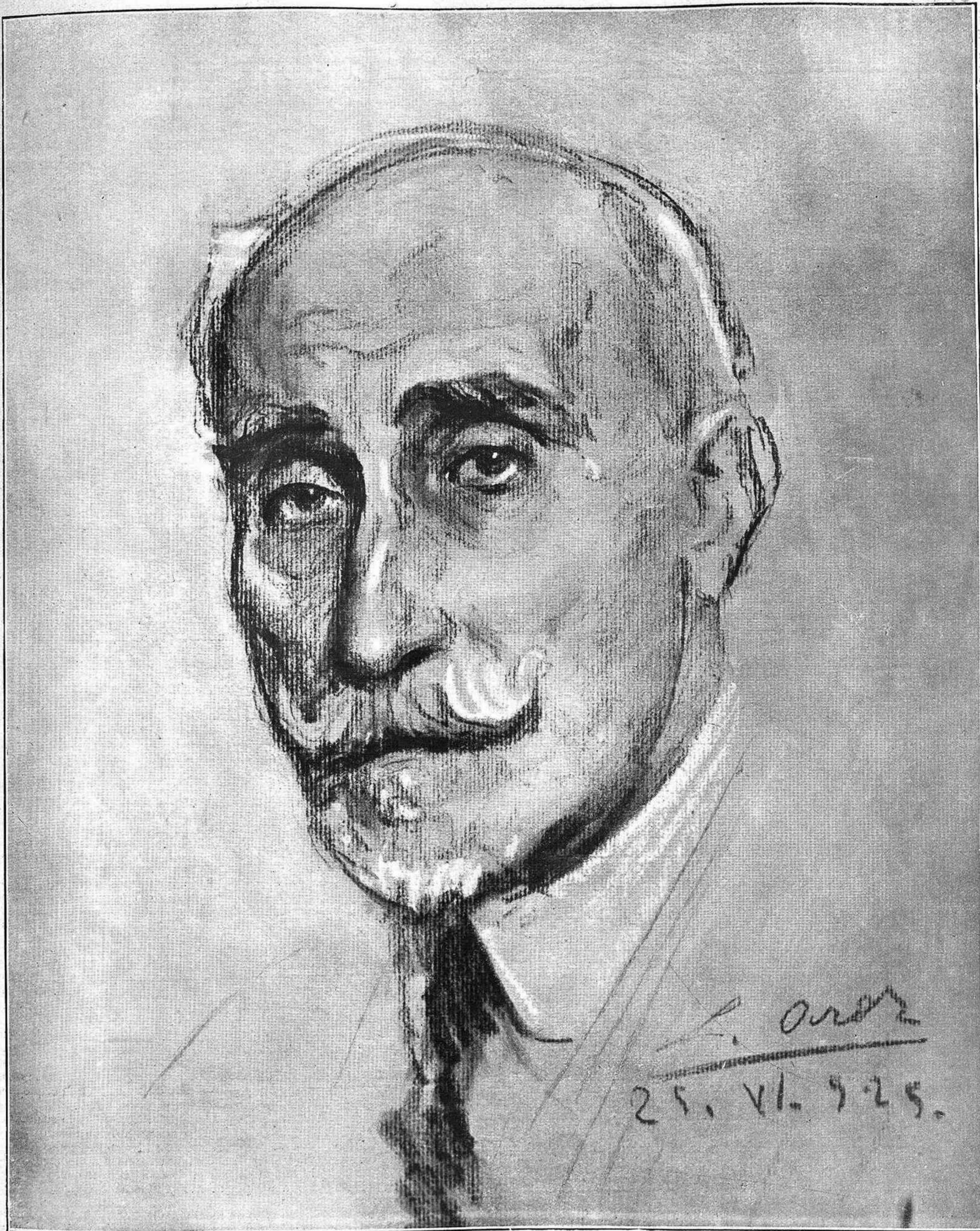
Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

Lea usted todos los martes

AIRE LIBRE

50 céntimos el ejemplar



DON ANTONIO MAURA Y MONTANER

Director de la Real Academia Española, ex Presidente del Consejo de Ministros, jefe del partido que lleva su nombre, y una de las más excelsas figuras de la España contemporánea, cuyo nombre y cuya obra adquirirán con el tiempo mayor relieve histórico, y que falleció en Madrid el domingo 13 del actual

DIBUJO DEL NATURAL POR LEANDRO OROZ



... y llegaron noticias del ausente

FOT. SERRA

FUE primero hoja blanca donde con grandes apuros una pluma torpe, manejada por tosca mano, iba dejando trazos y trazos, que al unirse parecían dibujaban la empalizada del huerto. Luego fué pasajera recatada que, sin moverse de su sitio, cruzó mares y rozó tierras. Y fué, por fin, gallarda conquistadora de todo un pueblo al llegar de la mano del peatón que corría en busca de los viejucos, á cuyo nombre invocaban los trazos y la hoja.

Algo misterioso y consolador tienen estas cartas tan deseadas, que renuevan en el fondo del alma recuerdos y dolores. Algo que con fuerza imponente arrasa los ojos de lágrimas y tiembla las manos. Algo, en fin, que cabe dentro de un sobrecito insignificante y rebosa de gozo en el corazón...

Se esperó tanto, se soñó tantas veces con ella, que al tenerla entre las manos parece como si el imposible se hiciera carne, como si rompieran el horizonte, muy juntos, el Príncipe Azul de los ensueños y las Hadas Amigas de la Ventura.

Y se leen mil veces sus líneas, y se cuentan los minutos de descanso del lector, para volver á rogarle que la lea de nuevo.

Es un papel que viene de muy lejos, de detrás del azul infinito, que acaricia y mata más allá de las montañas que rodean la aldea, como protegiéndola del rugir del mundo. Un papel, que doblaron las manos queridas, tantas veces acariciadas de pequeñitas en la cuna de mimbre; de mayores al llevarlas muy apretadas á la sarmentosa que nos acompañaba á la escuela; después, cuando se ponían sobre la frente, que acibilló de arrugas el sol, para estrechar la cabeza de los viejos sobre el amplio pecho, oliente todavía á campo y labor...

¿Cómo es posible no querer á este trocito de papel, blanco como una novia, frágil como un cristal?

Y vuelve el temblequeo de las manos, y vuelve la lectura de las líneas. Y la alegría de los viejos, que aprovechan cualquier sitio para leerla mil veces—el hogar, la plazuela, el abrigo de la carreta, el dintel de puerta amiga—, se va comunicando lentamente al pueblo entero, de gentes sencillas y buenas.

El peatón lo dijo en la taberna. ¡Se tuvieron noticias de Antón, el de la tía Sebola!

Una moza tembló al oírlo, y un viejo amigo corrió á saberlas.

Y se supo que el Antón está fuerte y bueno; que cualquier día aparecerá en el pueblo cubierto de

preseas y seguido de baules repletos de onzas. Que se hará una casa magnífica cabe el parral, y que ya habla de regalar escuelas al villorrio...

Es muy posible que la carta de Antón no diga nada de ello, sino amarguras de la lucha, recuerdos de cariño, tal vez remordimientos de emigrado; pero la imaginación popular, que sólo supo de la carta por el peatón que la trajo, indefectiblemente hablará de preseas, de onzas, de casa y de escuelas, porque es ritmo eterno de la ambición, muy oculta tras las caras tostadas y las manos sabedoras de la manquera y el roncal.

Diga lo que sea, los viejos no se cansan de leerla. Si trae alegrías, porque es el consuelo de la ausencia llorada; si amarguras, porque leyendo parece que se tiene cerca el corazón que sufre, y se besa el sitio donde cayó una lágrima.

La hoja de papel va de unas manos á otras con revoloteo de paloma. A veces se encuentran y parecen que forcejean para aprisionar la Felicidad.

Pero el viejo es siempre más complaciente, y no sólo la deja en las manos compañeras, sino que coge de ellas un paraguas que estorba y escucha arrobado la lectura, que con voz temblorosa y tropiezo de sílabas va cantando la vieja de cesto al brazo, mantón sobre los hombros y pelo rebelde, que, cayendo sobre la frente estrecha, estorban y sublevan.

Cuadro eterno, de todos los pueblos y todos los días, tiene para el que observa la fuerza emotiva de la poesía espontánea y limpia, que nace rectamente del corazón del pueblo.

Como el collar de calaveras de la diosa Siva, tienen estas cartas la secuela de los recuerdos de quien las escribe, y los viejecitos ven resbalar sobre la cuartilla blanca, y entre los trazos torpes, toda la vida inquieta del ausente, desde que nació una noche entre gritos de dolor y de alegría, hasta que desde la borda de un navío poderoso agitó un pañuelo blanco, entre silbidos de emigrante.

Muy junto á tales recuerdos van las ambiciones y las desgracias. Desprecio del mozo aventurero á la tierra, que pide mucho trabajo y da poco pan; desprecio á los familiares rezagados en una civilización y aviesa lectura de que hablaban al nervioso papeles de la ciudad y libretos de un amigo veraneante...

Ambiciones de ver un mundo nuevo que no tuviera aquel eterno marco de la iglesia y el romeral; ambiciones de zafarse de la pobreza

trágica, en que no se come después de un día de labor intensa, en que duele la espalda y arde la piel tras doce horas de sol candente.

Ambiciones y desprecios, muy fomentados y nutridos por las nuevas vidas en la plazuela, ó á la puerta de la taberna, en que familiares ó amigos de un mozo que marchó hablan indefectiblemente de onzas, de casas y de escuelas, que nadie sabe fijamente, pero que desde muy lejos lo escriben quienes saben que ha de comentarse su carta, y por ella sus triunfos, un domingo en la plazuela ó un sábado en la taberna.

Y mucho más ven los viejucos deslizarse sobre los dobleces de la carta amada. La Vida ha ido enseñándoles cada día algo nuevo, y pasaron tantos rozando sus frentes, que, sin conocer principios de filosofía, van siendo escépticos de todo. Sólo creen en la ilusa fortuna del ausente, que al final de sus renglones habla de un posible regreso.

La deseada, la carta que vino de lejos, trayendo alegría ó dolores, rompiendo la paz del pueblo y asomando lagrimones de viejeco, acaba renegrida y arrugada en un rincón del cofre clásico, que jamás viajó.

Pero llegan los días del invierno, crueles segadores de vidas que caducan, y de repente aparece en el pueblo Antón, porque los viejos murieron muy juntos, como siempre habían vivido, y el trozo de heredad que les daba el sustento quedó abandonado.

Llega el Antón, sin grandezas ni doblones, un poco más viejo que se fué, perdida aquella alegría de sus ojos mozos y aquel reír eterno de sus labios gruesos. La moza no se emociona; los amigos no le rodean; en la taberna no le ensalzan, porque no trajo más plata que la de sus cabellos.

Y el trozo de heredad vuelve á darle sustento, siempre fiel, siempre amigo, aunque mísero.

Y al remover, por azar, las pobres ropas de los viejucos, que huelen á manzana y á membrillo, en lo hondo del arcón desvencijado, tropieza con la carta en que mintió grandezas ó exageró amarguras.

Es como un regalo que le dejan los viejos, al irse para siempre, porque ya que no pudieron dejarle dineros, legáronle su corazón, muy bien envuelto entre los pliegues de la carta deseada, que un día fué pasmo de pueblerinos y consuelo de sentimentales.

VILA SAN-JUAN



PABLO IGLESIAS

FOT. CORTÉS

PABLO Iglesias, el fundador y jefe del socialismo español, ha muerto. Luchador tenaz, voluntad indomable, trabajador que no conoció jamás la fatiga, Pablo Iglesias, maestro de energía, espejo y ejemplo de honestidad política, tuvo todas las características de un verdadero apóstol laico. El proletariado español debe a Pablo Iglesias un crecido porcentaje en cada una de las modernas conquistas del obrerismo. En el mítin, en el periódico, en el Congreso y en el libro, Pablo Iglesias fué un sembrador de su fe política y un cultivador incansable del espíritu de las masas.

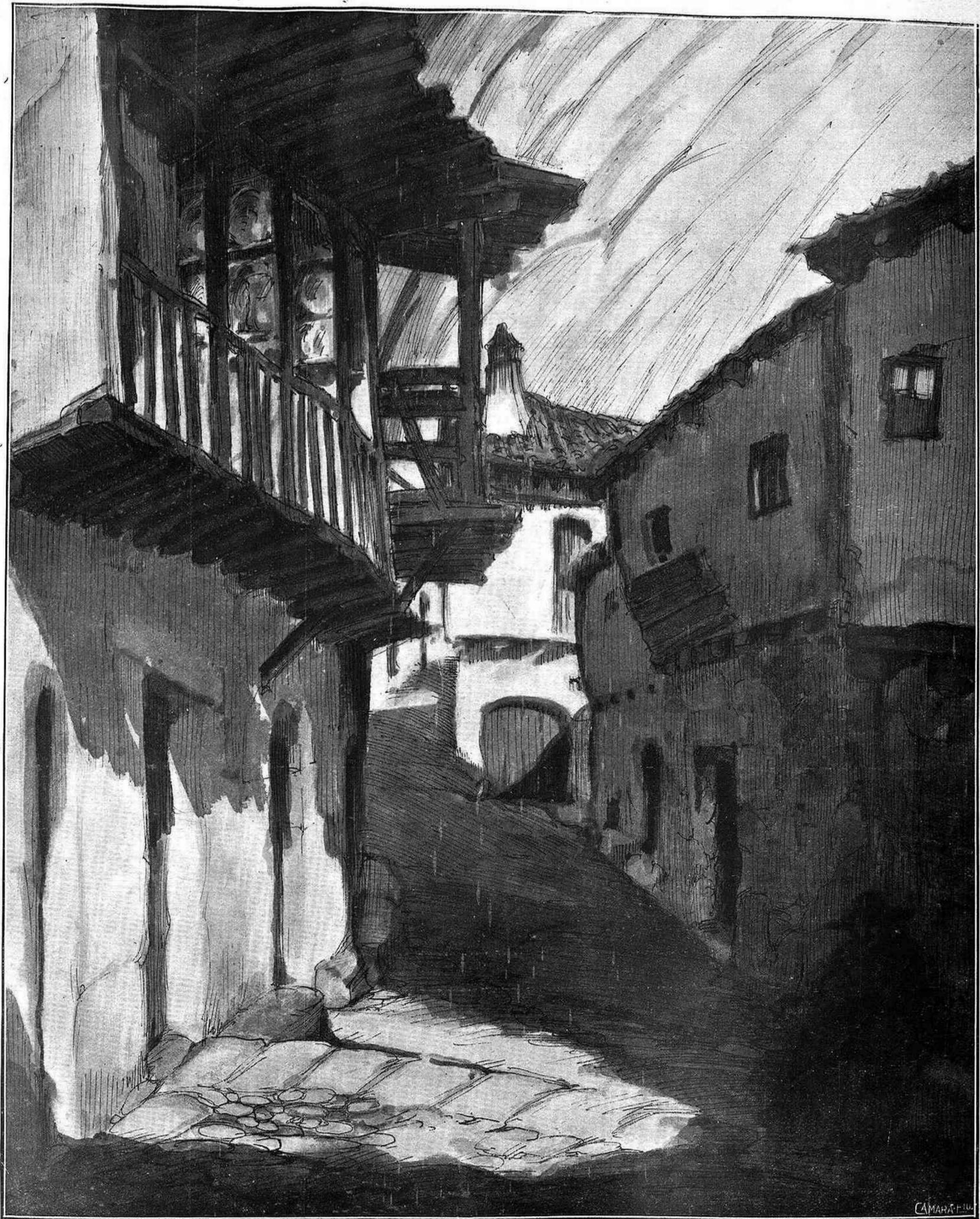
Férreo, enérgico, austero, Iglesias tenía el concepto de la disciplina que ha caracterizado a todos los fundadores; un concepto de la disciplina social que le hizo, dentro de las aspiraciones reivindicadoras de su credo político, dar al socialismo español una orientación de orden y de legalidad.

Nacido en lo más humilde, luego de una infancia desvalida y de una juventud erizada de sufrimientos y persecuciones, Pablo Iglesias, que conocía los hondos abismos de la miseria y el terror sombrío de las cárceles, llegó a escalar los escaños del Municipio y del Congreso y a recibir la admiración y el acatamiento de centenares de miles de hombres.

Y ahora, en sus últimos años, como en los días de las persecuciones y los odios, Iglesias fué siempre un hombre modesto, que vivía de su trabajo, y un político honrado consagrado a su causa.

Esta virtud del luchador, esta honestidad y decoro de su figura política, ha hecho que su muerte constituya una causa de duelo nacional. Ante el cadáver del «leader» socialista, expuesto en la Casa del Pueblo, Madrid entero desfiló respetuoso, mezclándose en el homenaje ex ministros conservadores y hombres de la extrema izquierda, aristócratas y artesanos, la clase media y el pueblo...

El proletariado debe a Pablo Iglesias gran parte de sus conquistas materiales, lo mejor de sus asociaciones, y las clases conservadoras deben al jefe izquierdista el que con su tesón, con su autoridad, con su prestigio, contuviera las excesivas rebeldías y orientara al socialismo aun en los momentos más difíciles, dentro de cauces de orden, de legalidad y de colaboración en los asuntos públicos. Descanse en paz el ilustre veterano luchador que consagró su vida a los humildes y logró ser una de las figuras políticas más populares y prestigiosas de nuestra época.



UNA CALLE CASTELLANA (Reflexión casi filosófica)

Por esta calle encuestada,
 en un rincón de Castilla
 (no importa cuál es la villa
 en que estuviere asentada),
 han pasado los vestiglos
 del Cuento y de la Conseja,
 y asentó su huella añeja
 la procesión de los siglos,
 dejándose cada uno
 su paso tan reciamente
 marcado, que aún hoy la gente
 mira como importuno
 el cruzar este recinto
 sin vestir de paño pardo,
 rebujado en un tabardo

y sin acero en el cinto.
 El alma de los primeros
 moradores de esta vía,
 parecè que todavía
 pone sus pasos austeros
 en los picudos gujarros,
 hendidos á todas horas
 por las yuntas labradoras
 y las ruedas de los carros.
 La Vida aquí se paró,
 que toda materia viva
 parece que está cautiva
 del tiempo que feneció.
 Nadie parece tener
 planes para el porvenir,

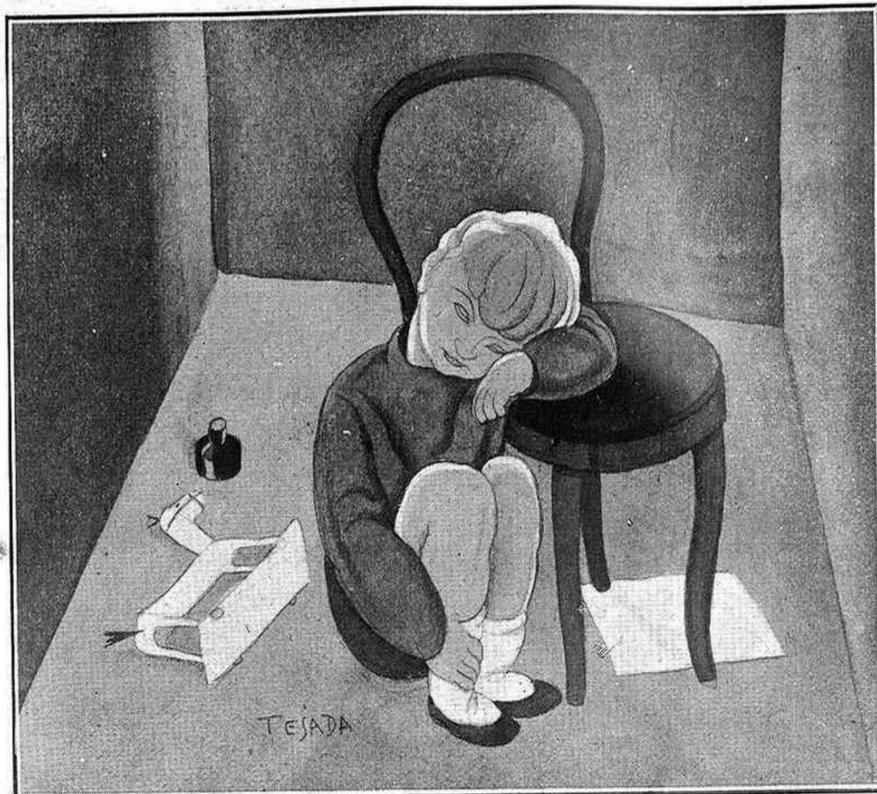
pues todos dan en plañir
 por las costumbres de ayer.
 Gente labradora y recia,
 á todas luces cristiana;
 nunca piensa en el Mañana
 y sólo el Pasado aprecia.
 Vive apegada al terruño
 en modo tan altanero,
 que solamente el dinero
 admite de nuevo cuño.
 Y esto, á la verdad, con tales
 reservas, que no es contenta
 si al ajustar una cuenta
 no la traduce en reales...

En esta calle encuestada,
 en un rincón de Castilla,
 ha dado flor la semilla
 de nuestra vida pasada,
 á la que de vez en cuando
 —no porque fuera mejor
 que esta de ahora, ni peor—
 la vista vamos tornando,
 mintiéndonos con creer
 —como tan mal lo pasamos—
 que los tiempos en que estamos
 no mejoran los de ayer...

DIEGO SAN JOSE

DIBUJO DE BRÁÑEZ

CHIQUILLERÍAS



TONUELO, con sus seis años no abiertos del todo aún, ha visto una tarde en el teatro *Don Juan Tenorio*. Iban los hermanos mayores, y se empeñó en acompañarlos. Durante la representación, por entre el *chantilly* de los buñuelos de viento que le cubría las mejillas, dilataba los ojos, ávidos de verlo todo. No se durmió; no bostezó, como algunas personas mayores. Estuvo formal y desconocido. Al día siguiente se acerca al padre, que teclea en la maquinilla, y le dispara á bocajarro:

—Papá: ¿qué es Comendador?
El interpelado contesta, abstraído:
—No sé... Aguarda á que termine esto, vidita.
—Es un hombre viejo, que lleva una capa, ¿no lo viste?, con una cruz... ¿Y para qué lleva una cruz en la capa, papá?

Silencio. Las teclas prosiguen sonando atareadas.
—A mí me daba miedo cuando lo del campo-santo. Y á lo último, ¿qué era aquella luz tan grande?

—El cielo. Don Juan y Doña Inés que subían al cielo.

—No subían.
—Buena; parecía que subían. ¿No viste los ángeles?

—Sí; y cuando se levantaba el telón, un ángel, que era una estatua, se movía...

Otro Pototín avisado ve en el Teatro Español el telón de boca, en el que aparece el antiguo Corral de la Pacheca.

—¿Es eso de *Los tres mosqueteros*?
—pregunta—Porque los hombres llevan unas botas altas y unos sombreros con plumas como en los *Tres mosqueteros*...

Y él que se fija en todo, añade:
—Ese telón se parece también á *La revoltosa*; mira el patio que tiene...

Lilín se asoma al balcón y se pasa las horas muertas viendo arreglar el adoquinado de la calle. Por la noche, antes de acostarse, todavía quiere echar una miradita al farolejo rojo que arde en lo alto de un vástago de hierro, para que los coches no circulen por la rúa.

Uno de aquellos días el padre cae enfermo. El médico acude á menudo para combatir la dolencia, y la casa se llena del olor espeso farmacéutico. Al paciente se le aplican inyecciones, de cuya molestia oye Lilín referencias copiosas. Cuando el nene entra en el aposento, un vago terror le sobrecoge; por fortuna, allí están, aguardándole, los brazos de papá.

Lilín da besos á cambio de cuen-

tos. Están pasando padre é hijo un rato delicioso. De repente suena el timbre de la puerta.

—Debe ser el doctor—dice alguien.
Lilín se abraza á su padre, iracundo y asustado:
—¡Qué rabia! Que no entre. Voy á poner en la puerta un farol y un letrero que diga: «Se prohíbe el paso...»

—Mira, papá—exclama de repente, tirándole de la mano, Pololo—: dos perros juntos, y no se muerden ni se hacen nada. ¿Serán hermanos?

La madre y el hijo van en tranvía hace un rato. El hijo, asomado á la ventanilla, no tiene azul bastante en la mirada para embellecer cuanto curioseaba.

Súbitamente, con esa vivacidad suya, que alegra la vida de quien le oye, grita:

—Mamá, papá: ya llegamos.
La madre mira, distraída.
—¿Y por qué lo sabes que llegamos?
—Porque viene una curva en la vía. Y siempre, ¿me oyes?, siempre que hay una curva es que se llega.

Quando los chicos de las calles humildes están jugando y viene un automóvil, todos escapan lo mismo que una bandada de pájaros cuando cae una piedra.

El niño es infinitamente más sibarita que el hombre. Se detiene ante los escaparates porque tienen cristal. El cristal—es decir, el obstáculo, la frontera, lo que avalora y magnifica—constituye su más sabrosa voluptuosidad. Pegar la nariz sobre él, sentir cerca, bien cerca, lo expuesto; codiciarlo y no poderlo asir, es la fiesta inexpresable. Fijaos que ningún muchacho, por desherrapado que vaya, se para frente á un puesto ó un tenderete que carezca del cristal. El fruto es lo de menos. Lo importante es esa prohibición transparente, buen olor que sale al encuentro cuando todavía el fruto no se ha dejado ver...

¡Lástima que ese niño que juega solo en casa, porque no tiene hermanitos, no pueda ó no quiera darnos la receta para divertirse como él se divierte! Menos mal que, cuando se aburre, los hombres vemos que no hay en el mundo nada tan espantoso como el tedio de un niño que se ha cansado de jugar solo.

Titín—bucles, travesuras, precocidades sentimentales—se tira por el suelo y da una zapateta.

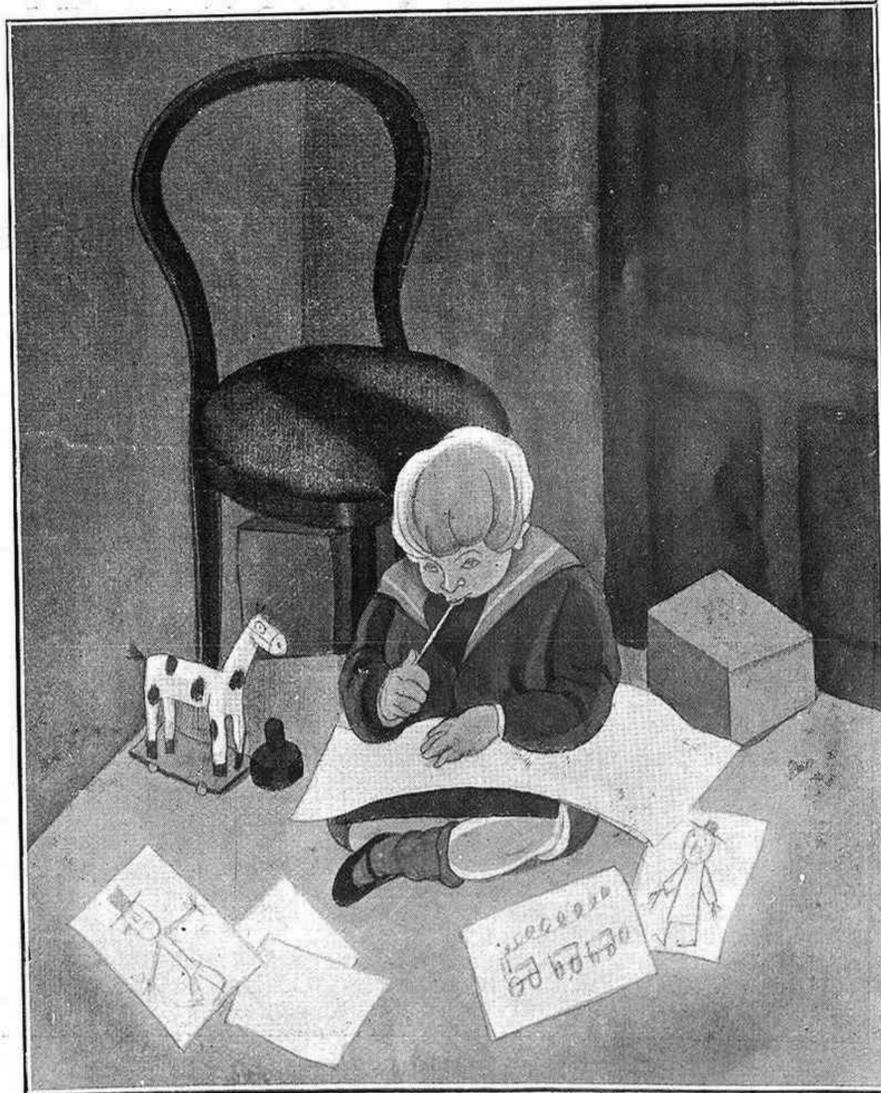
—¿Qué te pasa, Titín?
—Que estoy muy contento porque he hecho una plana de palotes.

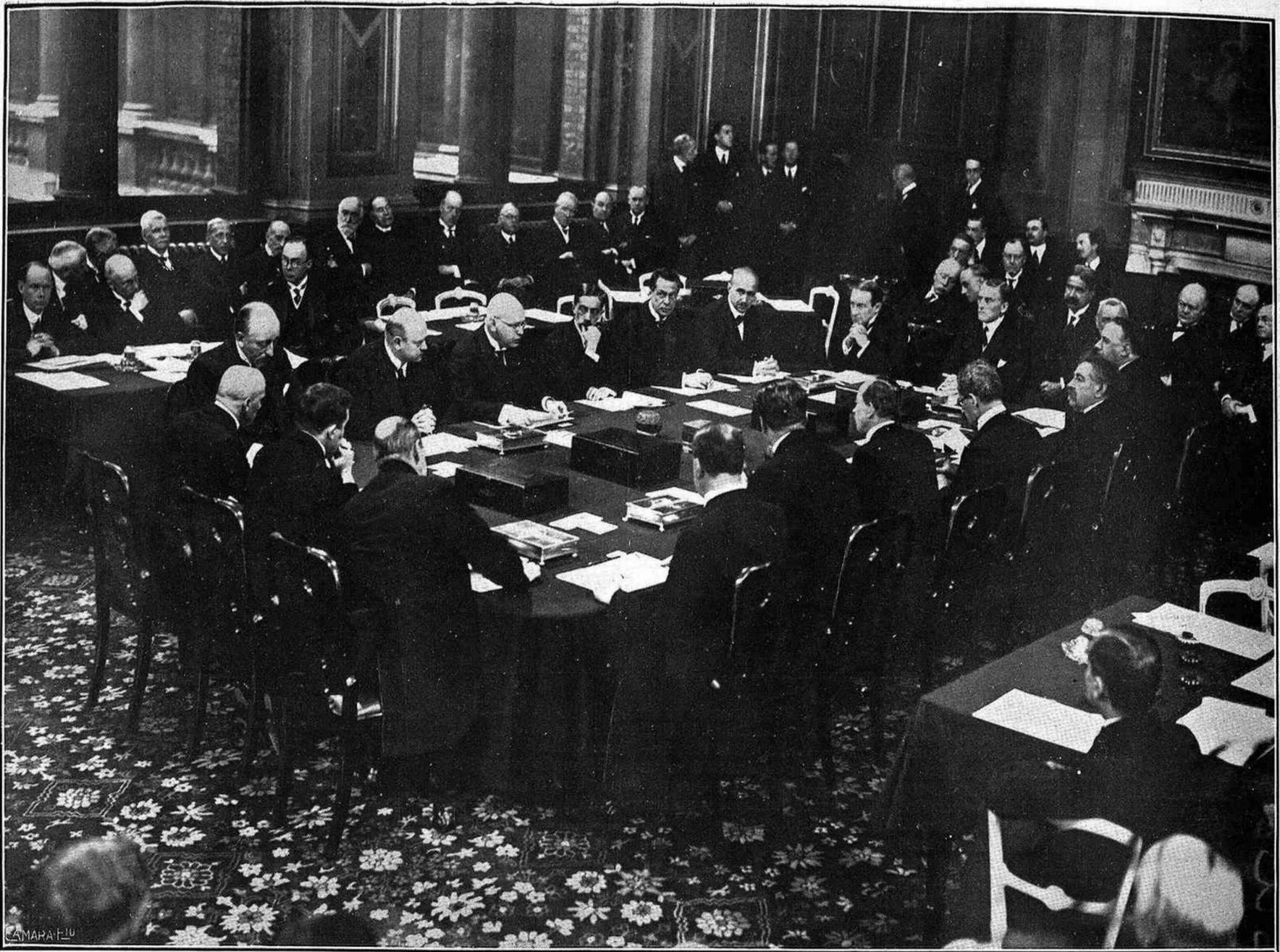
Nandito ve al comienzo de una tarde de Abril, en pleno día, la luna. Es una curva en cuarto creciente, fina, azulada y vaporosa como un celaje.

—¡Anda!—dice, obrio de asombro—;La luna, y todavía no es de noche! No se habrá acordado de que era de día, y se ha quedado ahí...

E. RAMIREZ ANGEL

DIBUJOS DE TEJADA





Una fotografía histórica. El solemne acto de ratificación de los pactos de Locarno. La firma definitiva de los tratados de la "gran paz" en Londres. En el "Salón de Oro" del Foreign Office, y en torno a la mesa central, los signatarios de los pactos.—A la cabecera de la mesa: Baldwin, Chamberlain y Hurst, ingleses.—A la de-

CRÓNICA DE "LA ESFERA" DE TODO Y DE TODAS PARTES

recha: Briand y Berthelot, franceses; Banes, checoslovaco; Skrzyuski, polaco. En la cabecera posterior: Vandervelde, y Rolin, belgas, y Kempner, alemán.—A la izquierda: Schubert, Stressemann y Luther, alemanes; Medici, Piletti y Scialoja, italianos
(Fot. Agencia Gráfica)

LA RATIFICACIÓN DE LOS PACTOS DE LO- CARNO EN LONDRES

EN la mañana del 1 de Diciembre, y en torno a la mesa central del «Salón de Oro» del Foreign Office, han sido ratificados y suscritos definitivamente por las potencias interesadas los pactos de Locarno.

La «gran paz» llaman los ingleses a este acto de reconciliación, término aparente de la gran guerra, que no acabó, ni mucho menos, en aquel monumento de injusticia y de estupidez llamado pacto de Versalles... ¡La gran paz!...

¿Quiere esto decir que las reuniones y las firmas de Locarno y de Londres ponen fin a todos los odios hereditarios, a todas las concurrencias desleales, a todas las ambiciones excesivas?... ¿Quiere esto decir que la paz está no solamente en los tratados, sino también en los espíritus?... ¿Quiere esto decir que de aquel proceso formidable que entre 1914 y 1918 alzó media Europa, constituida en juez y parte, contra la otra media no queda ya una sola acusación en pie?... ¿Quiere esto decir que, al cabo, los que iban a juzgar cayeron en la cuenta de que en su propia historia, y sin ir muy lejos, estaban perpetrados de igual modo los mismos crímenes? Nada de esto, por desgracia, sig-



Después de firmada la "gran paz". En el patio del Foreign Office.—De izquierda a derecha: la señora de Baldwin, la duquesa de Sutherland, lady Birkenhead, Vandervelde, Briand, lady Chamberlain, Luther y Baldwin.—En segundo término: Chamberlain, Stressemann y Churchiss
(Fot. Agencia Gráfica)

nifica la «gran paz». Tal vez las únicas palabras sinceras pronunciadas sobre la mesa del Foreign Office—que recogió las firmas y quedó así cubriendo como una losa la sepultura provisional de la guerra—hayan sido las de Stressemann, abogado de la resignación.

He aquí algunos párrafos de su discurso matemático y entristecedor:

«Si toda la fuerza de este pacto nuevo consiste únicamente en sus firmas—dijo—, preciso es reconocer que la obra será muy frágil. En cambio, podrá lo aquí estipulado resultar duradero y firme si el acuerdo supone voluntad de crear en Europa otro estado de cosas.»

«Europa se halla en peligro de perder, a consecuencia de la guerra, la situación preponderante que había adquirido en el mundo, merced a su evolución. Esto es, por lo tanto, lo que hay que salvar. No basta para ello que todo inglés sea buen inglés, que todo francés sea buen francés, que todo alemán sea buen alemán; es necesario que, además, todos seamos buenos europeos, para evitar la decadencia y la ruina de Europa.»

... La decadencia y la ruina, tal es la única razón... Y si en Locarno y en Londres los delegados de las naciones que ayer todavía parecían irreconciliables pudieron hablar de confraternidad europea—europea, nada más—, fué porque esa confraternidad...

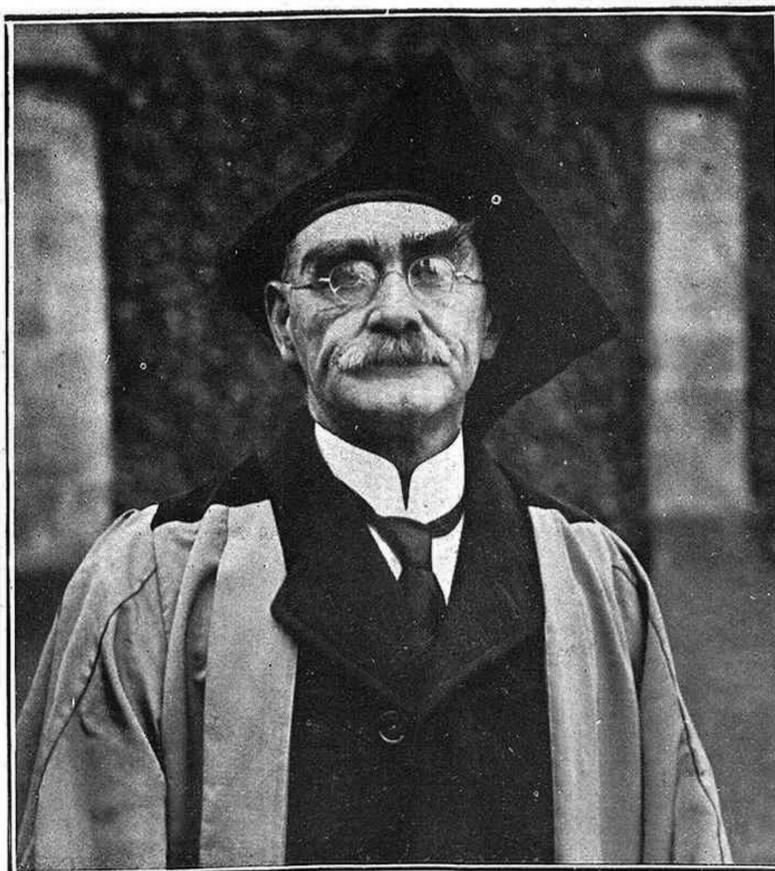


El protectorado francés en Siria. Voluntarios del Ejército cristiano organizado por las autoridades y los agentes franceses rindiendo armas para luchar contra los drusos y musulmanes de toda índole, sublevados con motivo de los lamentables acontecimientos de Damasco (Fot. Agencia Gráfica)

ternidad, impuesta por intereses solidarios, es prenda sin la cual América no presta su dinero; y el dinero del mundo está en América...

Todas las naciones europeas necesitan, en efecto, del crédito de los Estados Unidos: Inglaterra, para mantener su cambio al par; Francia, para atajar la bancarrota; Alemania, para desarrollar su industria... En los países divididos, hostiles, alzados unos contra otros, los Estados Unidos no podían tener confianza... Era, pues, indispensable una reconciliación más aparente que aquella triste paz guerrera de Versalles... Esa reconciliación se ha llevado a cabo, se ha representado, podríamos decir, en los actos de Locarno y de Londres... Y con esto, que los ingleses llaman la «gran paz», comienza ahora, sin fragor de cañones, pero no sin encono, otra lucha por la reconquista del oro que se fué...

«De las ruinas acumuladas por la guerra surge esta comunidad del destino que nos reúne...», ha dicho Stressemann, el desilusionado y el sincero... ¡Menguada unión!... Y los pueblos, á quienes se llevó unos contra otros á matar y á morir en la hecatombe más espantosa que vieron los siglos...; los pueblos, que sufrieron todos los sacrificios en nombre de un ideal y con la esperanza de una redención, han de olvidar sus miserias, sus lágrimas y sus muertos; han de ver, amigas ahora, las manos que ayer los hicieron enemigos, cuando ningún odio los separaba; y han de rehacer, en esfuerzo de siglos, lo deshecho en algunos años por esas mismas manos que todavía no han sido cortadas...



RUDYARD KIPLING

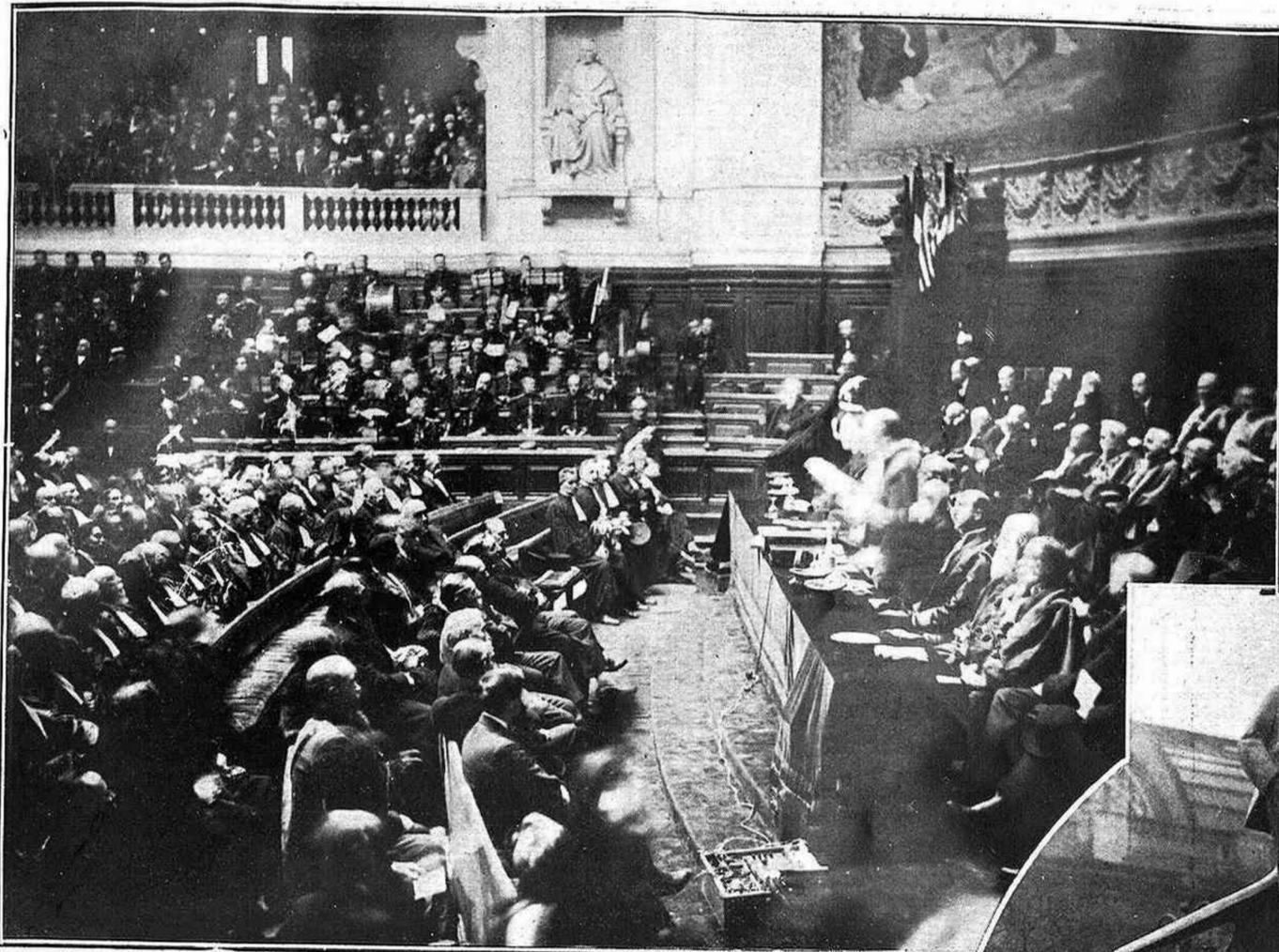
Célebre escritor inglés, por cuya vida se temió á consecuencia de una neumonía. En esta fotografía, obtenida con motivo de la elección de Kipling para el rectorado de la St. Andrew's University, el famoso novelista aparece con la toga y el birrete de dicha Universidad (Fot. Agencia Gráfica)

LOS LÍMITES DE LA CONFRATERNIDAD

Si en esta «gran paz» se constituyen, al cabo, los Estados Unidos de Europa, ligados por sus necesidades, sus intereses y sus ambiciones, pronto quedará el mundo dividido en cuatro partes: Estados Unidos de Europa, Estados Unidos de América, Estados Unidos de África y Estados Unidos de Asia... Los de Europa, declarados pródigos y reducidos, en su decadencia, á la tutela de sus propios hijos, los de América seguirán buscando recursos en Asia y África é invocando para ello misiones civilizadoras y mandatos espirituales, con el mismo gesto equívoco y poco noble del señor que halla un pretexto para pedir dinero á su criado... Y los criados asiáticos y africanos, fatigados de una servidumbre pagada con moneda quimérica de progreso, é impuesta por la fuerza en nombre de la civilización, formarán también sus Estados Unidos, recordarán que sus civilizaciones, eclipsadas hoy, brillaban con magnífico fulgor cuando Europa era aún sobre el mundo una mancha de barbarie y de sombra; evocarán la barbarie y la sombra que de nuevo se tendieron sobre las tierras europeas en estos últimos tiempos, y volverán á comenzar, ascendiendo otra vez, su historia.

¿Qué Estados Unidos serán los más fuertes mañana?... ¿Qué civilización pretenderá imponer á las demás su especial criterio civilizador?... Y en resumen: ¿cuáles serán los límites estrechos, continentales todo lo más, de esas pequeñas





Ernesto Rutherford, profesor de Física de la Universidad de Cambridge, llevó a cabo estudios que han permitido enormes progresos en el conocimiento de la construcción de la materia. Merced á las investigaciones de Rutherford, se sabe que los átomos de todos los cuerpos están constituidos por un núcleo central de hidrógeno y de helio, núcleo en torno del cual gravitan partículas idénticas en todos los casos.

Vallée-Poussin, profesor de la Universidad de Lovaina, es autor de importantes estudios acerca del equilibrio de los fluidos.

El ruso Pawlow, profesor de Fisiología de la Universidad de Leningrado desde hace más de treinta años, ha consagrado su vida al estudio de las fibras cardiacas y de

La solemne sesión de la Sorbona, durante la cual fueron recibidos ocho grandes sabios extranjeros, á los que la Universidad de París ha concedido el título de doctores "honoris causa"

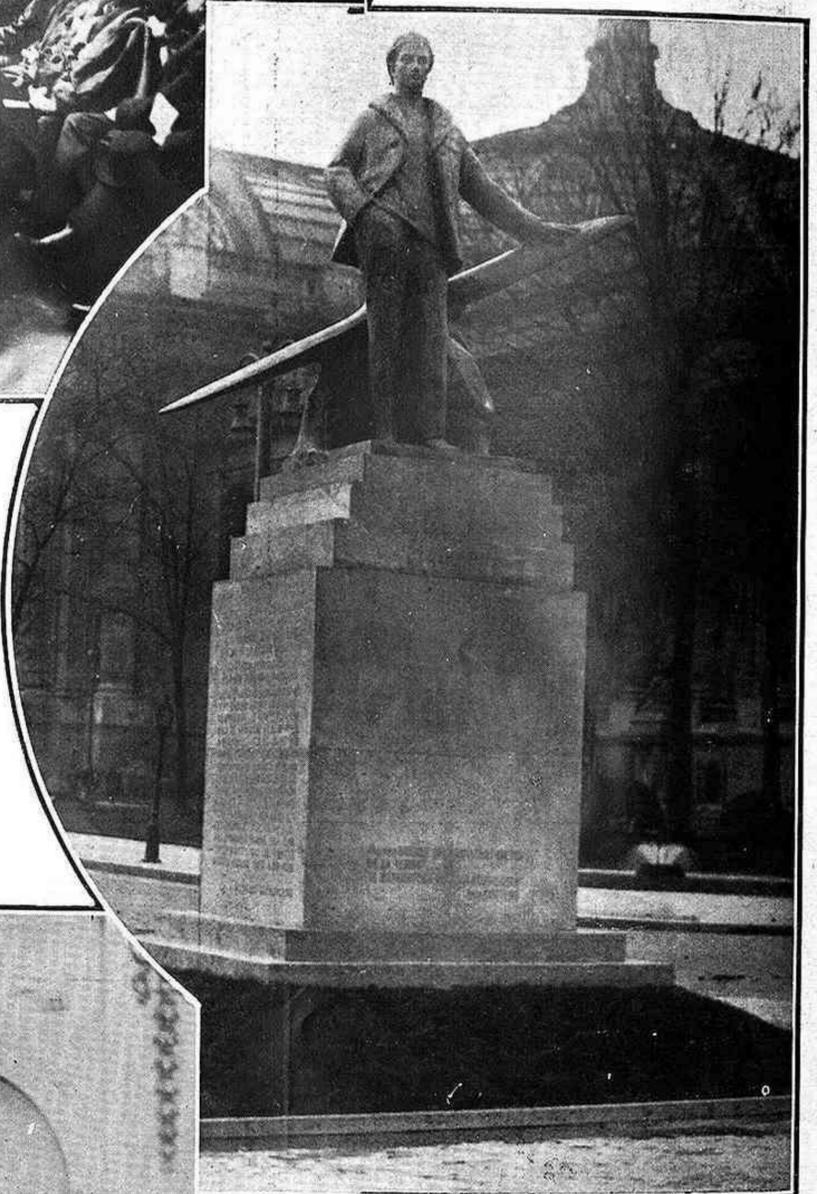
confraternidades que sólo el cálculo, el egoísmo y el interés consiguen establecer entre los hombres?...

«HONORIS CAUSA»

La Universidad de París acaba de recibir con toda solemnidad, concediéndoles título de doctores *honoris causa*, á ocho ilustres sabios extranjeros.

En esta época en que todas las actividades generosas y altruistas de la inteligencia parecen decaer para dejar lugar únicamente á las empleadas en servicio egoísta y utilitario por el individuo, bien merecen unas líneas de recuerdo y de homenaje estos ocho doctores nuevos de la vieja Universidad.

Son Rutherford, Vallée-Poussin, Pawlow, Noguchi, Vinogradoff, País, Gosse y Seligmann.



La estatua de Roland Garros, que ha sido erigida en los Campos Eliseos de París, y que más tarde será trasladada á la Isla de la Reunión, donde nació Garros



El ministro francés de Instrucción Pública, rodeado de los sabios extranjeros, después de la ceremonia en que éstos recibieron el título de doctores "honoris causa" (Fots. Linares)

las secreciones del tubo digestivo. El laboratorio de Pawlow es uno de los mejores del mundo, y á través de las convulsiones sociales que han agitado á Rusia, el gran fisiólogo ha podido continuar su labor en paz respetado por todos.

El japonés Noguchi hizo su carrera en Tokio, pasando después á Nueva York, donde se halla, desde hace veinte años, dirigiendo los servicios de bacteriología del Instituto Rockefeller. Noguchi ha conseguido realizar importantísimos descubrimientos acerca de los venenos de las serpientes, de los sueros y de la sífilis. Pero la obra más importante del sabio japonés ha sido la vacuna contra la fiebre amarilla, vacuna merced á la cual irá extinguiéndose poco á poco el terrible azote.

Vinogradoff, expulsado de Rusia por sus ideas políticas, ha con-



He aquí tres retratos de la Reina Alejandra en épocas distintas de su vida: cuando era Princesa de Gales, y más tarde Reina ya. A pesar de su gran edad, la madre de Jor-



ge V parecía poseer el secreto de una eterna juventud, y conservaba en la vejez huellas de su admirable e inmarcesible belleza



tinuado en París sus importantes investigaciones médicas.

País, profesor de Historia en la Universidad de Roma, ha descubierto y ha interpretado varios importantísimos textos antiguos.

Gosse ha adquirido notoriedad, merced á sus estudios críticos acerca de los literatos del siglo XVII.

Y, por último, Seligmann, profesor de Economía Política de la Universidad de Nueva York, es autor de textos y de proyectos encaminados al restablecimiento del equilibrio financiero, comprometido en el mundo por los acontecimientos de los últimos años.

La Universidad de París ha recibido á estos ocho legionarios del bien, y se ha honrado al dispensarles tal hospitalidad, *honoris causa*.

LA REINA DE LAS ROSAS

El pueblo de Londres amaba á la Reina que acaba de perder, y la llamaba no por su nombre, Alejandra, sino por un apodo que parecía clave y cifra de eterna juventud: la llamaba la *Reina de las rosas*.

Era costumbre antigua, adquirida en los tiempos en que la Soberana se titulaba tan sólo Princesa de Gales, y consagraba buena parte de su tiempo y de su dinero á socorrer miserias, á consolar penas y á dejar allí donde podían ser más necesarios, para ahuyentar sombras y dolores, los destellos de su belleza de ángel y los beneficios de su caridad de santa.

Los hospitales, y especialmente el de Marylebone, reservado para los míseros desde los tiempos de Guillermo el Conquistador, recibían con mucha frecuencia la visita de la entonces Princesa. Para distraer á los enfermos, la esposa del Príncipe Eduardo hacía instalar en el centro de las salas grandes jaulas llenas de pájaros. Y á la cabecera de los lechos quedaban siempre, luego de su visita, espléndidos manojos de rosas.

La Princesa de las rosas... La Reina de las rosas... La última quizá de las Princesas y de las Reinas, toda bondad, belleza y poesía, de la leyenda...

Por antojo del Destino, esta Reina que parecía nacida para vivir y soñar en el ambiente de los palacios frecuentados y protegidos por las hadas, reinó y vió á su hijo reinar en la época más difícil,

más terriblemente utilitaria y más cruel abominablemente de la historia.

Consigno se ha llevado al sepulcro la Reina de las rosas toda la pesadumbre de los secretos que fueron tejiendo el drama formidable de la gran guerra al hacer inevitable el choque de los dos imperialismos que aspiraban á la hegemonía del mundo: el imperialismo inglés y el imperialismo germánico.

El *in pace* de la vieja diplomacia tantas veces culpable ó cómplice, guarda, tal vez para siempre, la historia de los papeles que desempeñaron, respectivamente, Guillermo II y Eduardo VII, los actores principales de aquella inmensa tragedia.

Pero todos los borradores, los verdaderos originales de aquellos papeles, estaban en las correspondencias privadas que la Reina Alejandra guardaba: cartas de su hermana, la Emperatriz de Rusia, madre de Nicolás II; cartas de su cuñada, hermana de Eduardo VII, Emperatriz de Alemania y madre de Guillermo II, y un diario en que esta última dama había recogido los hilos de no pocas intrigas de la Corte prusiana, y que fué enviado á Londres poco antes de comenzar la guerra...

En esos legajos se hallaba toda la historia de los odios personales, de las intrigas cortesanas, de las maquinaciones oscuras que dentro de los palacios habían sumado su decisiva influencia interna á las externas y poderosas de los comerciantes, de los marinos, de los banqueros... Rivalidad muy compleja entre Eduardo VII y su sobrino Guillermo II; enemistad irreconciliable, de suegra y de nuera, entre las dos Emperatrices de Rusia, la madre y la esposa; diametral oposición de caracteres, de ideas y de ambiciones entre los miembros de una misma familia distribuida sobre los Tronos de Europa... Secretos, en suma... Secretos que las cancillerías han guardado bien... Secretos lancinantes, abrumadores, terribles, que en un cofrecillo de plata labrada en Bizancio había sepultado, cubriéndolos con un sudario de secos pétalos, la Reina de las rosas...

Muerto Eduardo VII, y coronado, al fin, Jorge V, la Reina madre se retiró á su palacio de Pall Mall... En él conservó siempre una pequeña Corte, fiel hasta el último instante, y constituida por los viejos cortesanos que también sabían demasiada historia.

Londres ha llorado á su Reina; la última que

supo conciliar la gracia con la majestad, y que hasta la muerte fué mujer preocupada de parecer bien... Se rizaba los cabellos sobre la frente, y cubría las arrugas de su rostro con un esmalte especial. Seguía vistiendo con la elegancia de hace treinta años: cuerpo ajustado; falda de cola; capota colocada sobre el alto moño; ancho collar de perlas y abanico pintado por mano de maestro... Era su coquetería de anciana algo así como una obstinación en volver atrás, por el camino de los años, hacia los tiempos en que no habían ocurrido ni estaban próximas á ocurrir las tremendas cosas; hacia los tiempos en que la Corte nortea de Cristián IX era escuela de Princesas, y estaba de moda entre los Príncipes tomar por esposa á una hija de los vikings; hacia los tiempos en que las rosas cobijaban tan sólo entre sus pétalos aromas de vida y no tejían un sudario para millo-

EL «NUEVO ROLANDO»

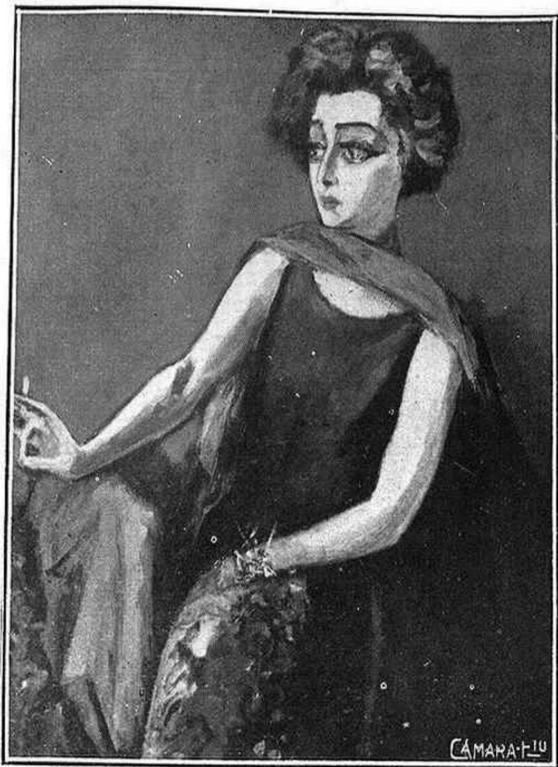
Paladín del aire se llamó Garros. Comenzó á volar hace muchos años, en la época en que Santos Dumont y Wilbur Wright realizaban difícilmente sus primeras experiencias.

Héroe de todas las jornadas de Belmont-Park, en América, y de Anjou, en Francia; piloto que á bordo de aquellos aparatos elementales que eran las *demoiselles* de Dumont volaba siempre, con viento ó con calma, con sol ó con lluvia, y eso en tiempo en que el volar, para los hombres, era cosa inverosímil y juego en que se llevaba todas las de perder con la muerte; vencedor del espacio en aquellos *raids*, asombrosos entonces, de París-Madrid, París-Roma, y de la travesía del Mediterráneo, Garros era, cuando estalló la conflagración europea, un gran soldado de la paz y del progreso...

La lucha hizo de él, como de todos, un soldado de la guerra y de la barbarie... Combatió. Tuvo una lista de víctimas que le sirvió de pasajera gloria. Y murió ametrallado, allá en el cielo, el 5 de Octubre de 1918, pocos días antes del armisticio.

Ha pasado el tiempo. Nadie recuerda ya cuántos aviadores alemanes murieron á manos de Garros; pero todos sabemos y no olvidaremos jamás que el «segundo Rolando» fué el héroe de las primeras experiencias de aviación, de Belmont-Park, del circuito de Anjou y de la travesía del Mediterráneo...

ANTONIO G. DE LINARES



«Retrato», por Van Dongen, una de las obras más sensacionales del Salón de Otoño de París

Y este año el pulso revelado por el Salón de Otoño acusa una tranquilidad sintomática. Estamos cada día más lejos del cubismo y de otros «ismos» perniciosos á veces y á veces fecundos; pero llamados á anticuarse luego de nacer, como larvas ó transiciones no viables casi nunca ó de vida indecisa en todo caso, cuya mayor gloria suele reducirse á morir pariendo. Sin que la inquietud de las últimas convulsiones estéticas haya parido nada, se percibe que los artistas retroceden á los antiguos cauces, no respetándolos por completo, sino ensanchándolos en lugar de desviarlos. Esta impresión produce el reciente certamen de los rebeldes á quienes hoy se conceptúa de molde ó ex rebeldes, si lo preferís, y huelga añadir que conforta.

Conforta, porque, en fin de cuentas, sólo así logrará substraerse el arte á la locura ó á la tontería hacia donde iba derivando por pruritos más falsos que sinceros de originalidad y sencillez. Al cabo se detienen desconcertadas las extravagancias y empiezan á adquirir las danzas epilépticas un gestatorio ritmo. La criatura que surja no se diferenciará en absoluto de sus progenitores, según se pretendía, ni hace falta; tampoco se asemejará á ellos hasta confundir, y aunque defraude á los que anhelaban un aborto novísimo, regocijará á los que se limitaban á desecharla una salud sin estigmas de vejez prematura. ¿Qué otra cosa podría pedirse?...

No se deduzca de esto que el actual Salón de Otoño constituye una modalidad perfecta. Superior á algunos de años anteriores, sufre las deficiencias inherentes á cualesquiera manifestaciones de su estilo, y no ofrece, en suma, el menor dato asombroso; reúne, empero, un conjunto atendible, del que destacan determinadas individualidades. Un retrato pintado por Van Dongen atrae al público, motivando los contradictorios comentarios de siempre; el japonés Foujita no abandona su manera blanca, conocida también; Hautman presenta dos desnudos que corroboran los asertos precedentes. Por lo que atañe á la escultura, los españoles Mateo Hernández y José de Creeft nos brindan dos conceptos paralelos y atinadísimos de la materia, muy decorativo De Creeft, m y m ceizo Hernández, y el mejicano Carlos Bracho imprime al bloque con que ahora sale á nuestro encuentro una simplicidad aprendida de la estatuaria azteca con honradez sobria. Sin embargo, es el tono general, no las



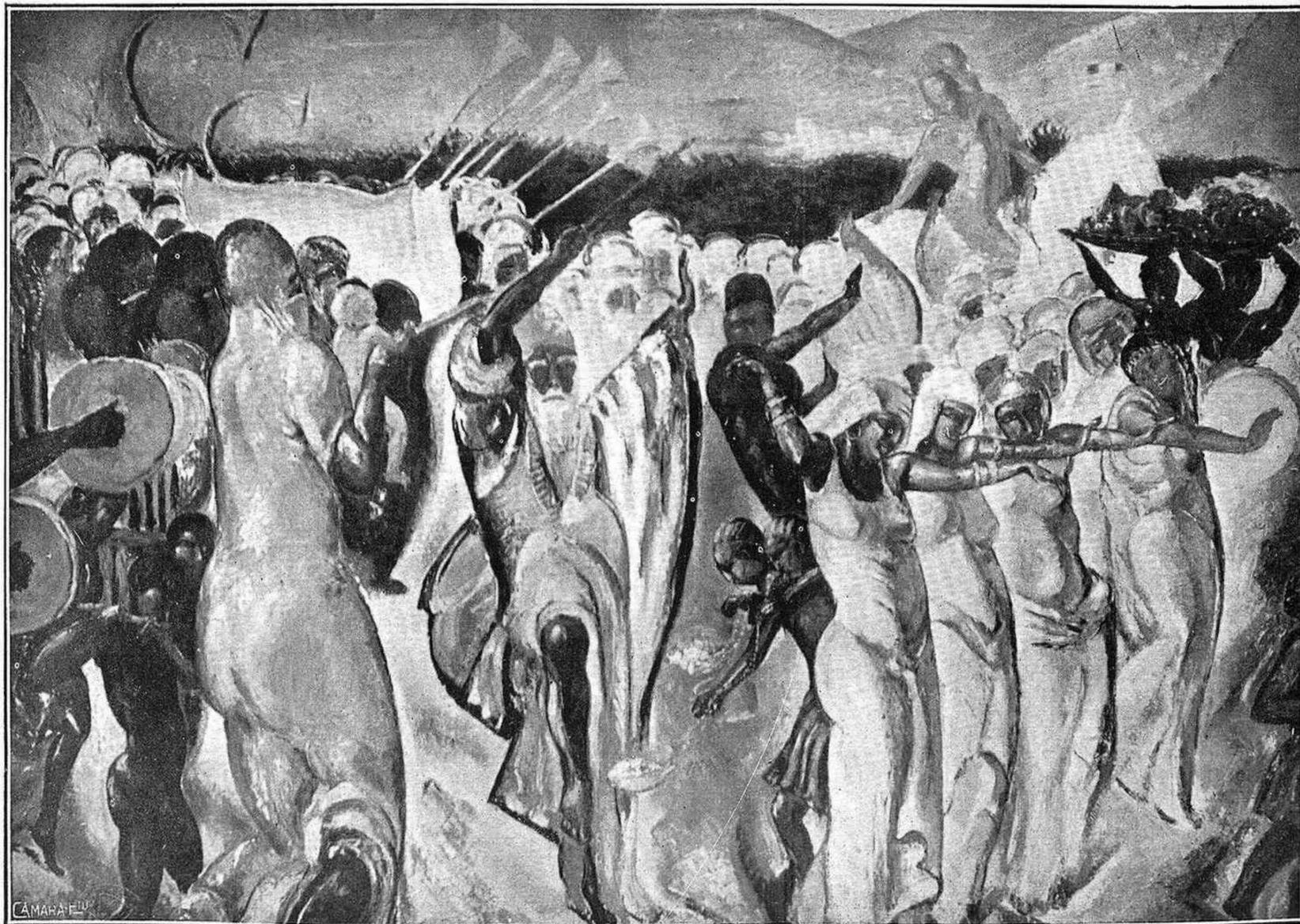
«Retrato», por Kisling, otro «clou» del actual Salón de Otoño de París

EL Salón de Otoño parisiense, que tuvo en sus comienzos, ya remotos, un carácter de rebeldía y de protesta, se ha convertido, andando el tiempo, en algo clásico, no menos oficial que el Salón oficial, si bien un poco oficial al revés... Rechaza muchas obras admisibles que no se ajustan á sus cánones, y admite muchas deleznable que se hallan dentro de sus normas, con lo que viene á ser una especie de santuario de la audacia consagrada, audacia á la medida. En realidad, se trata de una Exposición anual análoga á tantas Exposiciones anuales; lo que basta, no obstante, para tomar el pulso al gusto en cierto modo.

notas sueltas, lo que importa discernir, y el tono general delata una sana orientación que no ha cristalizado todavía.

Se engaña quien suponga que no valía el trabajo de infinitos tanteos ese probable retorno de la neofilia contemporánea á su punto de arranque, pues los tanteos surtirán á la postre efectos provechosos. El hombre que se sienta á reflexionar por haberse cansado de sus cabriolas y piruetas juveniles entra en su fase magna y definitiva, á la que habrán, sin duda, contribuido con el cansancio y con la reflexión, piruetas y cabriolas.

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA



«David danzando ante el arca», por Quelvecq, cuadro muy comentado entre los que se exhiben este año en el Salón de Otoño de París

He aquí lo que diría:

«Tengo por cierto que nada nuevo os he de referir, como fuera mi dicha, aunque mi pensamiento sigue tan activo y tan soberbio á través de los siglos, retraído, apartado del mundo tumultuoso, afligido y atormentado por los cuidados de verme pobre.

¿Quién dirá que estoy escribiendo un nuevo auto sacramental? Pues sí; un auto á la sombra de unas cuartillas, donde se demuestra que se puede ser soldado y estudiante, estudiante y sacerdote, sacerdote y poeta, poeta y caballero de bien. ¿No lo fui yo?

Mas antes que todo, fui madrileño, con fortuna inmensa; madrileño neto. Y á propósito: ¿hanse vuestras mercedes puesto de acuerdo sobre fechas y escenas de mi vida? Presumo que no. Otra cosa merecería alabanza y premio, por ser vivos ingenios quienes han tratado esto, con una disparidad asombrosa.

Yo os diré que nací en esta villa privilegiada el día 17 de Enero de 1600. (Fecha señalada de San Antón.) Fui bautizado en la parroquia de San Martín en 14 de Febrero; 14 y no 18; hágase la salvedad. ¿Pero morí en 1681 ó diez años después? Tocado he un punto que siempre me ha causado no poca risa. Realmente, desciendo por línea paterna de los antiguos hijosdalgos del valle de Carriedo, en las montañas de Burgos. Mi madre, parienta de los infanzones de Aragón, descendía de unos caballeros flamencos. No he de mostraros fe de bautismo para asegurar que mi abuelo, señor de la casa de Calderón de Sotillo, se llamaba como yo, y como yo nació en Madrid, sirviendo de secretario al Rey, como mi padre D. Diego, que también sirvió á Felipe II y III. Voy diciendo todo esto para afianzarme en el madrileñismo del que me siento orgulloso, con más motivo sabiendo que en vuestro siglo pasan por madrileños algunos que no lo son. Madrileñismo que se acentúa en mi abuela Isabel y en mis hermanos Diego, Dorotea, monja profesa de Santa Clara de Toledo, y José, teniente de maestro.

Quiso Dios guiarme por el camino de las musas, y yo muy gustoso de tal destino, cogiéndole afición á las letras y no cejando de mover la pluma un solo día de mi larga vida, tan larga como accidental, no obstante apetecer la calma. Mis estudios en el Colegio Imperial alternábanlos con versos que mis maestros loían y celebraban. No he de mostraros tampoco el original, para que

sepáis que á los trece años escribí mi primera comedia *El carro del cielo*. Con lo que se demuestra limpiamente que las letras me atraían más que el latín, inculcado por los jesuitas y por mis padres, que empeñábanse en hacerme cura, y con semejante propósito marché á estudiar á Salamanca, prosiguiendo mis versos y abandonando aquella Universidad para trasladarme á Madrid, acudiendo á una justa literaria sobre San Isidro.

A quien desde pequeñito trae su voluntad, no es prudente hacerle fuerza, y así tácitamente se entiendo que debieron hacer conmigo, sin duda recordando que muchos árboles se han perdido por haber tenido flores sin tiempo.

Sin trocar jamás las letras por las armas, tengo por declarado que hube de servir también á mi patria en calidad de milicia, ganando cosecha para mi espíritu en Flandes y Milán.

Volví á mi adorable Madrid, entrando de lleno y por la puerta grande en el Buen Retiro, escenario

glorioso donde la Corte se reunía con frecuencia, y donde todos laborábamos en pro del arte nacional. Parque de Madrid: ¡con qué gusto me sentara entre tus frondas, para redactar estas cuartillas de ultratumba! Allí conocí tres reyes: Felipe III, Felipe IV y Carlos II. Y allí, junto con las fiestas espléndidas que eran admiración de propios y extraños, multitud de recuerdos que son muy lejanos: la guerra de treinta años, la expulsión de moriscos, la otra guerra con Francia é Italia, la de los Países Bajos, el marqués de Espinola, mi comedia *El sitio de Breda*, Lope de Vega, Velázquez, el duque de Olivares, mi hábito de Santiago...

¿Quién ha dicho que hace daño lo que se estudia? A mí me valió para hacerme sacerdote, en buena hora lo diga, y como réplica al decir de los demás.

Que si suerte hallé en el campo de la literatura, no menos la encontré en el camino que nos acerca á

Dios, puesto que al acogerme á la Iglesia, hube de ocupar una capellanía en Toledo. Quedó cumplido el deseo de mis padres, y de tal guisa me vi en la capilla Real, sin olvidarme de las letras, particularmente de los autos sacramentales, de que me tengo los ochenta escritos, y sin lamentarme jamás de prenda muerta, puesto que en el lance acaecido junto á las Trinitarias no hice sino herir levemente al comediante Pedro de Villegas, saliendo á la defensa de mi hermano.

Refrenando la fantasía, y sin imitar á nadie, pase sosegadamente los postreros días de mi vida en aquella casita número 4 de la calle de Platerías, hasta que morí... ¿Cuándo morí? ¿No están vuestras mercedes todavía de acuerdo? Fué en Mayo; era domingo (y también fecha señalada: Pascua de Pentecostés). ¿El año? No me hagáis reír. Ved cuándo me enterraron en el Salvador, para llevarme después, sin consuelo, á San Nicolás, á San Francisco, al Hospital de Sacerdotes...

Pues que ya dejáronme quieto, me entretengo en ir escribiendo un nuevo auto sacramental, á la sombra de unas cuartillas, donde demuestro que se puede ser soldado y estudiante, estudiante y sacerdote, sacerdote y poeta, poeta y caballero de bien, como creo haberlo sido yo, respetando y perdonando el motivo de la herida que inferí á Villegas junto al Monasterio de las Trinitarias.

ANTONIO
VELASCO ZAZO



Madrid. — Estatua de Calderón de la Barca



LOS DOS INVIERNOS

Tú no conoces, Mary, este invierno que hoy zumba con angustiosos aullidos en las cumbres de Castilla. Es un invierno hosco, descarnado, que no rimaría bien con tus frivolidades de mujercita de hoy.

El invierno que tú conoces es un invierno artificioso y teatral. Es, usando palabras de tu diccionario, un invierno que se maquilla... Un invierno que encubre su furia impetuosa y magnífica con la máscara amable de las pieles, de las luces, de los *halls*, de los escenarios y de las salas de té. Un invierno que se despoja de toda su primitiva fiereza y se rinde a ti, y queda tan sólo reducido a un pretexto para tus nuevas *toilettes* y tus nuevos *flirts*...

Desde que Octubre empezó a sollozar débilmente la blanda elegía de las hojas secas; desde que el *maillot* no ciñó en las playas la carne blanca de las mujeres; desde que otoño, el príncipe de las enfermedades elegancias melancólicas, borró las alegrías estivales, tú, Mary, volviste a la artificiosa vida de la ciudad de todo el año, tras aquel paréntesis frente al mar... Pero aquella llegada de los días hostiles no fué para ti más que un cambio de decoración en tus jornadas de mujercita moderna. En el nuevo acto sólo el escenario cambiaba. El personaje, su alma y su vida seguían siendo los mismos...

Las horas del té, el discreto fácil en que no se compromete el corazón, la lenta melancolía voluptuosa del tango argentino, las novelas de amor y de pecado, los teatros cuyas salas y cuyos escenarios prolengan el ambiente tibio y mundano de las salas de té... Todo para ti tenía el mismo ritmo de siempre, sin inquietudes, sin pesadumbres...

Y mientras tú vivías estas horas frívolas, el invierno desataba su lúgubre sinfonía sobre la ciudad. La lluvia caía en cortinas grises. El viento gemía dolientemente. La nieve encaperuzaba de blanco las cúpulas. El frío se clavaba con obstinada inclemencia en la carne aterida de los miserables... Pero de este invierno, ¿qué llegaba hasta ti, refugiada entre pieles, hundida en el asiento del *auto*, sentada ante la mesita de té en la tibieza del mundano *restaurant*?...

No escuchabas el lamento largo del viento, ni sentías el frío en tu piel rosa, ni la lluvia salpicaba tus menudos zapatos brillantes... La nieve era para ti un bello espectáculo tan sólo, cuando por las mañanas, a través de los cristales de tu balcón, la veías sobre los tejados, las torres y los campanarios de la ciudad...

Pero este invierno que se maquilla, como tú, no es el mismo que ruge en estas cumbres en que yo paso las jornadas de Diciembre. ¡Si vieses—tú, que ahora, mientras escribo, estarás entretenida en tus graves tareas de tocador—cómo grita aquí el viento, cómo retuerce los árboles, y arranca las ramas y llega al corazón!... El viento parece aquí un personaje de tragedia; se le escucha, se le huele, casi se le ve... ¿Qué quiere decir esta voz augusta del viento, hecha con ritmos de todos los siglos y de todas las tierras? Por las noches, cuando la escucha, parece haber en sus rugidos angustiosos el ritmo de todos los dolores, de todos los dramas, de todas las rebeldías que alientan en las almas...

El viento se concierta furiosamente con la lluvia y con el frío. Y por las mañanas, cuando el paisaje aparece decorado por la nieve, ¡qué hosca grandeza hay en los tersos arriños, qué tristeza honda y escalofriante en la blanca extensión aterida!... Entonces, la nieve no es sólo el bello espectáculo que tú ves desde el balcón: es algo infinitamente más triste, que llena de frío el alma.

Es algo que hace recordar aquella Risa Loca que en las estrofas del poeta se estremecía de dolor y de frío:



«Temblaba su mano breve
de blanca y sedosa piel.
¡Qué bonita era la nieve...
y qué cruel!...»

Aquí la nieve es cruel, como en la estrofa... Aquí el invierno tiene toda su magna hostilidad. Sus vientos azotan y curvan los álamos esbeltos que en las tardes estivales de buen sol alineaban gallardamente su gracia altiva. La lluvia lo encharca todo, y canta sin intervalos una canción de desesperanza. Frente al balcón de mi estancia veo siempre un ancho árbol sin el esplendor esmeralda de los días de oro. El viento lo golpea, lo abate, lo desgaja, arranca sus ramas, va dejándolo sin brazos. ¡Si vieras con qué rabiosa y complacida crueldad retuerce y hace crujir esas pobres ramas, dedos sarmientosos que parecen implorar y quejarse!...

Y, sin embargo, yo amo esta tristeza desolada del invierno. Unos libros, unas cuartillas, unas cartas viejas, y el caudal inmaterial de mis recuerdos y de mis ensueños llenan toda mi vida en estas jornadas lejos de la ciudad. Aquí, el alma se encuentra a sí misma en la tristeza solemne de la Naturaleza desnuda, en el gesto hosco de un invierno que no es el que tú conoces... Tú, Mary, vives tus horas rápidamente, intensamente. Y, sin embargo, ¿está

en ellas tu alma? Por la noche, cuando haces el balance de lo vivido desde por la mañana, ¿no encuentras que tu alma estuvo ausente de todo ello? Has vivido, en realidad, para los otros, como un muñeco más de la gran farsa de la vida...

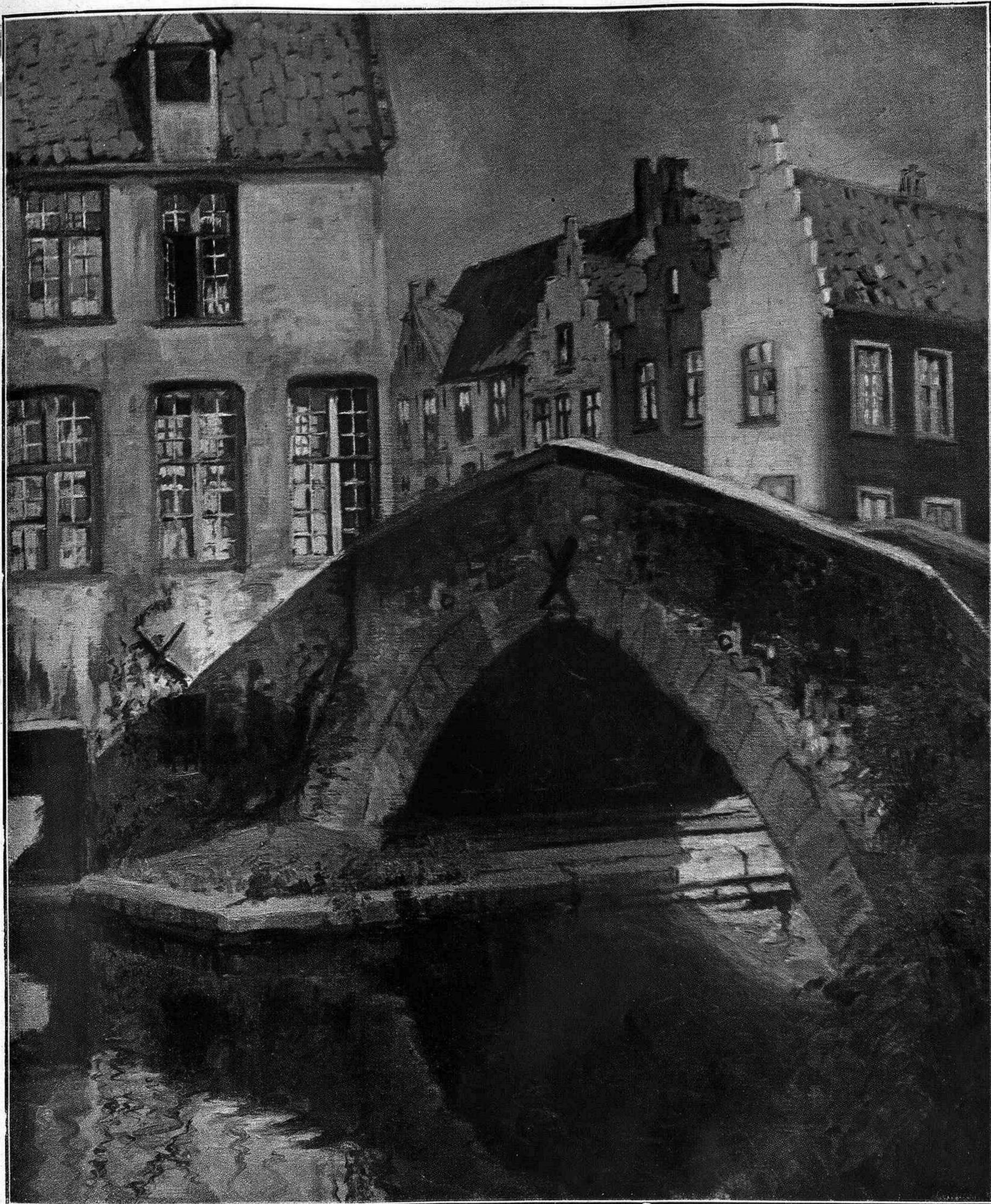
A pesar de ello, yo no te recomiendo, para encontrar tu alma, una estancia en estas cumbres de Castilla. Equivaldría a poner el desmayo lánguido y triste de un *dady doll* sobre un viejo sillón frailuno. A poner una exótica lámpara japonesa en una severa estancia española. A poner un *pyjama* de colorines junto a un retrato de dama del siglo XVII. A escuchar un frívolo ritmo de *fox inglés* en la paz melancólica de un crepúsculo castellano.

Toda esta vida de artificio está ya muy dentro de ti para que puedas renunciar a ella. Será tu escolta y tu marco para siempre... Tu invierno será todos los años ese que ahora ves tras los cristales empañados, voluptuosamente hundida en el asiento de tu coche; no podrá ser nunca este otro invierno que yo veo—en un rincón de las cumbres de Castilla—durante mis jornadas de convaleciente espiritual...

José MONTERO ALONSO

DIBUJO DE SIMONET CASTRO

LAS CIUDADES ROMÁNTICAS

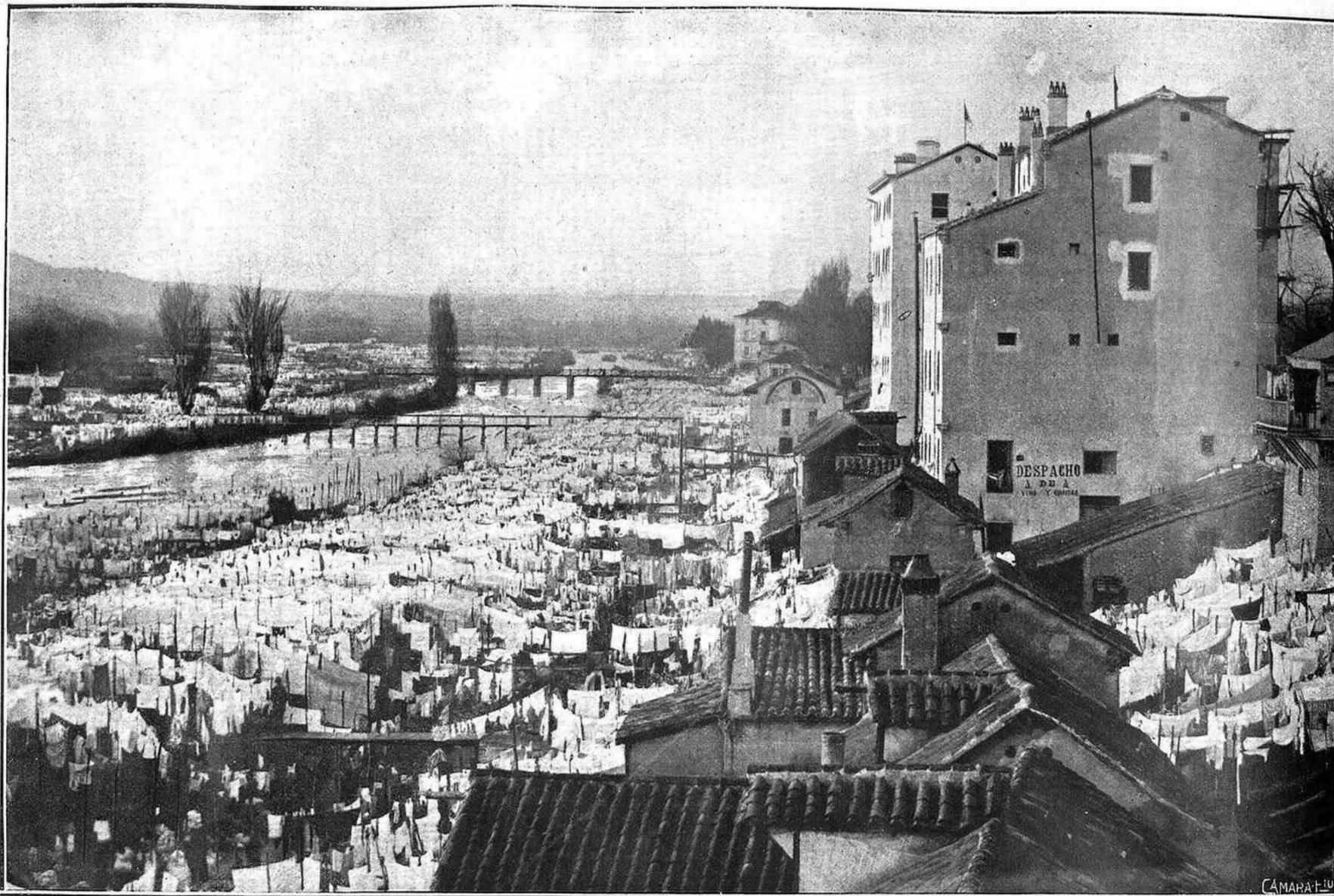


"El Puente del Caballo, en Brujas", cuadro original de María Luisa Pérez Herrero

Brujas, la vieja ciudad romántica, ha inspirado en todo momento sugerencias y ensueños de arte. Desde la novela maestra de Rodenbach, Brujas es una de las obligadas estaciones en la ruta lírica de todo artista. Su callada melancolía, sus campanas, su silencio, inspiraron lienzos, versos, novelas... Como Toledo, como Venecia, Brujas pertenece á las viejas ciudades románticas en que se dan un abrazo la Historia y el Arte.

MADRID

EL MANZANARES, RÍO DE PESCA



El pintoresco aspecto de las riberas del Manzanares, hace veinte años

El enteco río que de las Guarramillas del Puerto de Navacerrada llega á nosotros después de fertilizar con su escaso caudal de agua los campos de Colmenar Viejo y El Pardo, que todo el año en tiempo ya pasado servía de lavadero y, durante el verano, de balneario obligado, con las casetas improvisadas en sus remansos, ha perdido todo su carácter; ya no es lo que era antaño.

El pintoresco aspecto que desde los puentes de Segovia y Toledo presentaban las riberas del Manzanares con sus legiones de lavanderas embutidas en sus cajones, animando con sus cantares y ocurrencias las faenas de su oficio; aquel continuo hormigear de mujeres por los tendedores cuajados de gallardetes con sus filas de banderolas blancas, ha desaparecido por completo.

En los siglos XVI y XVII las orillas y deleitosa vega del río atraían la flor y nata de la Corte, y en sus riberas se celebraban justas y cabalgatas, cenas y bailes, citas galantes. Allí en la mañana del día de San Juan bajaban las damas á «coger el trébol»; allí se acampaba durante el verano el todo Madrid elegante en las noches de verbena, entregándose á la diversión y encomendando á la discreción de las sombras toda clase de aventuras.

De aquellos tiempos ya no queda más que la tradicional romería de San Isidro. De sus baños y lavaderos apenas si quedan rastro; los nuevos cauces de embalse han hecho desaparecer la fuente de inspiración de los poetas can-

tores del Manzanares, en cuya boca pone Lope de Vega el siguiente y gracioso soneto, haciendo referencia al puente de Segovia:

«Quitenme aquesta puente que me mata,
señoras regidores de la villa;
miren que me ha quebrado una costilla,
que aunque me viene grande me maltrata.
De bola en bola tanto se dilata
que no le alcanza á ver mi verde orilla;
mejor es que lo lleven á Sevilla,
si cabe en el camino de la plata.
Pereciendo de sed en el estío
es falsa la causal y el argumento

de que en las tempestades tengo brio.
Pues yo con la mitad estoy contento;
traiganle sus mercedes otro río
que le sirva de huésped de aposento.»

Cuando Felipe II fijó su residencia en Madrid se concibió el proyecto de hacer navegables los ríos Tajo, Jarama y Manzanares. Encargóse de tal empresa el ingeniero italiano Antonelli. La magnitud del proyecto hizo que se desistiera de la idea de convertir en vía fluvial al Manzanares, que á principios del siglo XVII se empezó á canalizar, paralizando las obras poco después de comenzadas por impedirlo otras atenciones del Estado.

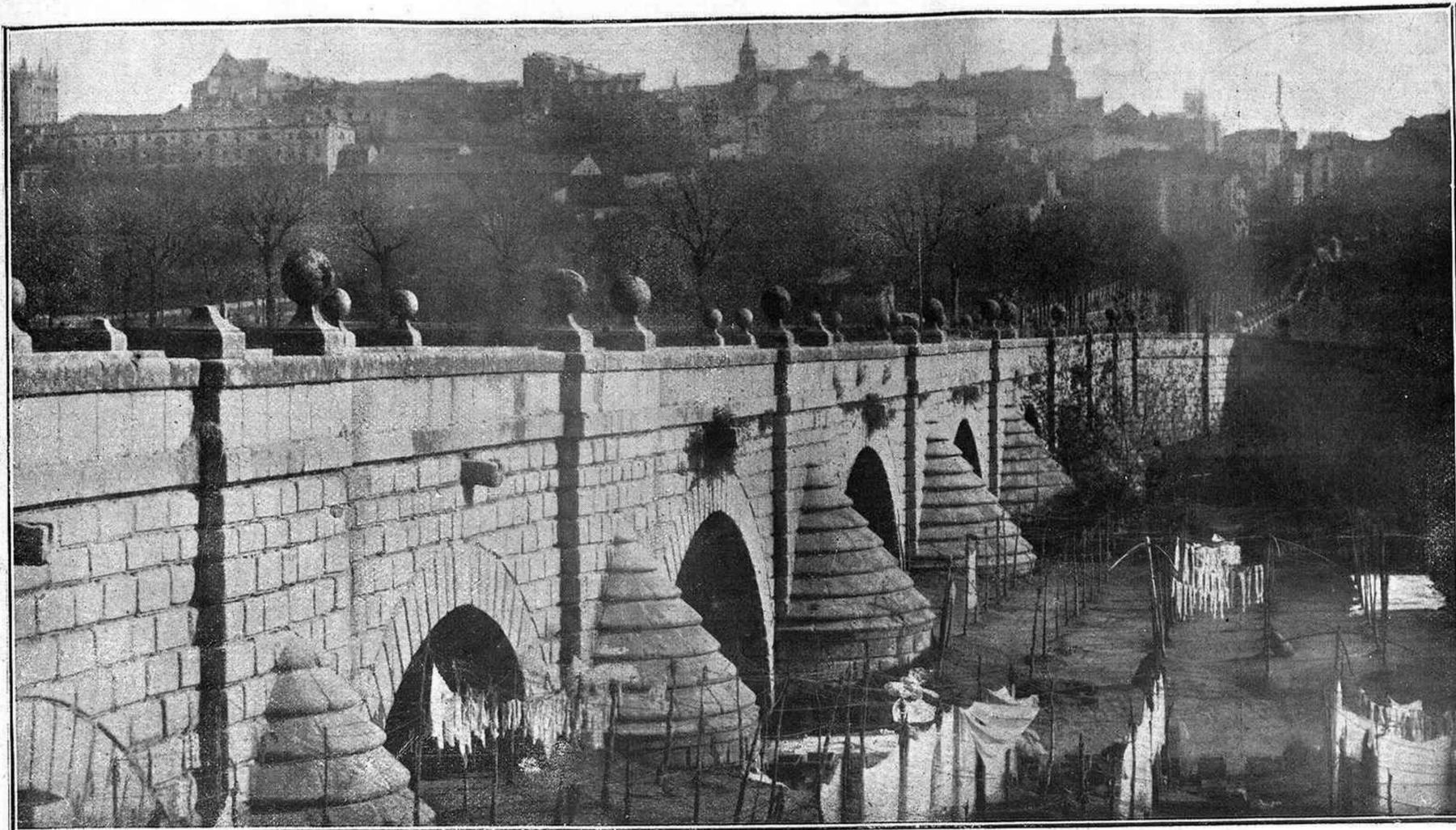
En 1756 el alcalde corregidor D. Simón Ponce de León resucitó el proyecto de canalización de los mencionados ríos Tajo, Jarama y Manzanares, y las obras comenzaron desde el Puente de Toledo hacia el Sur, utilizándose durante algunos años para la conducción de materiales de construcción; pero en 1862 el ferrocarril le hizo la competencia y fué abandonado y cogado el trozo de canal construído, dedicando aquellos terrenos á viveros y plantíos.

El Manzanares, á pesar de su poco caudal de aguas limosas é impotables, es un río que á veces se le hinchan las narices, y algunas de ellas puso en apurados trances á las lavanderas, arrebatañoles los enseres del trabajo y condenándolas á la espera de la clara para dedicarse á sus faenas.

La importancia de los puentes de Segovia y de Toledo demuestra que



El canalillo del Manzanares, visto desde el Puente de Toledo



Una vista del Puente de Segovia, cuando el Manzanares era dominio de las lavanderas, hecha en 1875

Las avenidas del Manzanares eran imponentes á voces; pero ahora no habrá que temer á las avenidas, porque á aquel campamento de un verdadero ejército de mujeres, chicos y ayudantes que discurrían á la manera de los centros laboriosos por las sendillas y recuadros de los solares formados hábilmente en sus necesidades por su conocimiento práctico de indígenas del río, ha sucedido en la actualidad la soledad de los compartimientos geométricos del canal sobre las cuales se elevan de trecho en trecho unas columnas con sus capiteles y los castilletes de hierro de los hilos conductores

del fluido eléctrico, recuadros y parcelas que, vordantes en verano, aparecen yermos y secos durante el invierno, ofreciendo un aspecto de aridez y de desierto sobre el cual aventuran sus expediciones de aficionados á la pesca algún que otro pescador de caña y algunos grupos de los de aparejo de red, que extienden de una á otra orilla del canal y contra corriente se sumergen á distancia de unos quince metros para ir chapuzando en el agua, á fin de dirigir la pesca hacia las pequeñas almadras que tienden en el Manzanares.

Las lavanderas se han refugiado en sus cuarteles

de invierno, en los lavaderos altos y cubiertos, defendidos de la intemperie y de la curiosidad de los transeúntes que cruzaban por los puentes. Al ruido de las palas y al zumbar de colmena laboriosa de sus campamentos ha sucedido la inveterada figura del pescador, que desnudo de pie y pierna se coloca impávido y paciente sobre cualquiera de las presas del canal, esperando que piquen las truchas del Manzanares, matando el tiempo, que tantas cosas nos enseña y tales cambios nos ofrece en la vida madrileña.

J. BLANCO CORIS



Los tendedores del Manzanares y una vista del Puente de Segovia desde las riberas del río en 1900

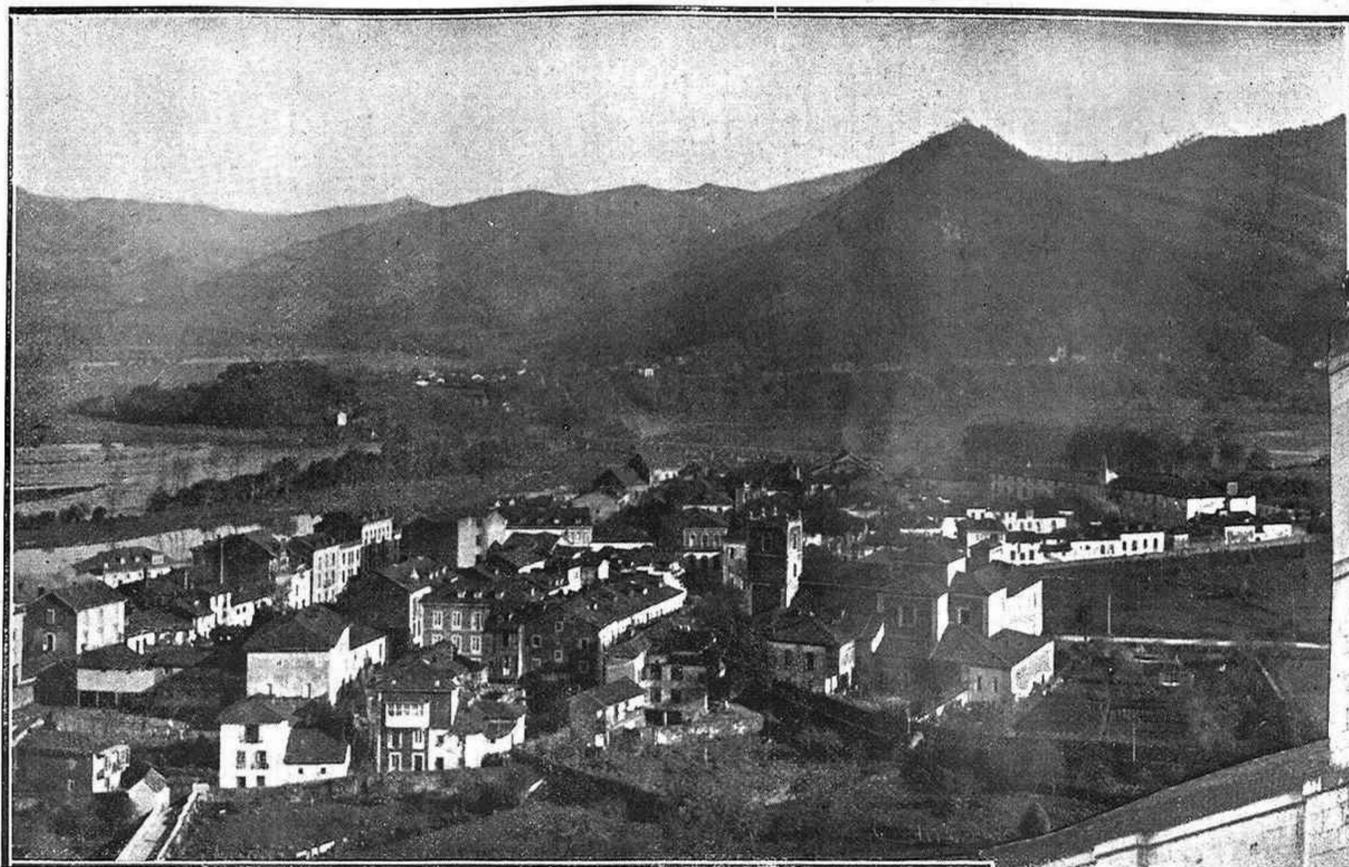
MADRID

LOS TEMAS DE NAVIDAD EN LA PINTURA ESPAÑOLA



LOS PAVOS, apuntes al óleo debidos al ilustre pintor Mariano Barbasán

LA HISTÓRICA Y SOLEADA VILLA DE PRAVIA



Vista general de Pravia tomada desde el monte Cueto. Entre los caseríos se destaca el bello campanario de la Colegiata. Al fondo, parte de la vega y el Nalón

Así como otros pueblos y valles de la región astur van perdiendo su añejo carácter y esencia bucólica, al concentrar su dinámica cada día más potente y avasalladora en el desenvolvimiento fragoroso y humeante del industrialismo y explotaciones mineras, Pravia, la milenaria sede del rey Silo, se mantiene pura como una esmeralda, aferrada á su abolengo de pueblo geórgico y tradicionales costumbres.

Los viejos anales la colocan en un alto algo más distante de donde se funde el Narcea con el Nalón. El terreno que ocupa el poblado, respaldado por el monte Cueto, es un delicioso mirador, desde donde los ojos no se ahitan de contemplar las más altas y opulentas montañas, fértiles cañadas y oasis del Concejo. A sus pies trepada el Vasco y se extiende majestuosa la vega, emporio de riqueza y bienestar, que fecunda el Nalón en su curso hacia San Esteban.

Pocos, muy pocos pueblos de la incomparable Asturias, si se excluyen los mineiros, pueden lucir una demarcación tan económicamente fornida y de tan gozosos alrededores como los que ciñen y mecen esta soleada, limpia y apacible residencia.

Y si del encanto soberano del paisaje trasladamos la vista á la gracia rutilante de sus calles angostas con aceras miniadas, paredones vetustos coronados de hiedra, caserones de rancia portada, ventanas de forja y ancho tejeroz, callejones y remansos empechados, la villa cobra aspecto y color de ciudad mesetaria, y la admiración crece, descomponiéndose en radiaciones de afecto y cálida alabanza.

Hay calles que al reflejo plateado de la luna son vivos poemas toledanos. Son esas arterias estrechas y desniveladas que los modernizantes ultramarinos llaman «coloniales», al tiempo que las maldicen por no poder hendirlas velozmente y á sus anchas con el auto.

Ahora trata el elemento praviano de dotar á la villa de trazado moderno: planean las obras llamadas del ensanche. Desperazan las energías á contribución de problemas inaplazables que plantea la época. Aplaudimos el esfuerzo y resolución, siempre que se haga sin demoler lo que dieron carácter eminente y fuerte expresión los siglos.

Precisamente es en esos retortijones de calles y viejos cobijos donde el viajero, ávido de novedades que catalogar, encuentra fosforescencias, gracia, seducción. Lo recién construido carece de fisonomía palpitante. La línea y la piedra, aun cuando sean modelo de galanura artística, no irradian honda emotividad y amable dulzura, como cuando por la pátina del tiempo pasan á ser heraldo de una edad ó de unos hombres cuyos ideales, sentimientos y predilecciones nos lanzamos á estudiar con emo-

cional ansia y, para mejor dicha, quisiéramos ver retoñar.

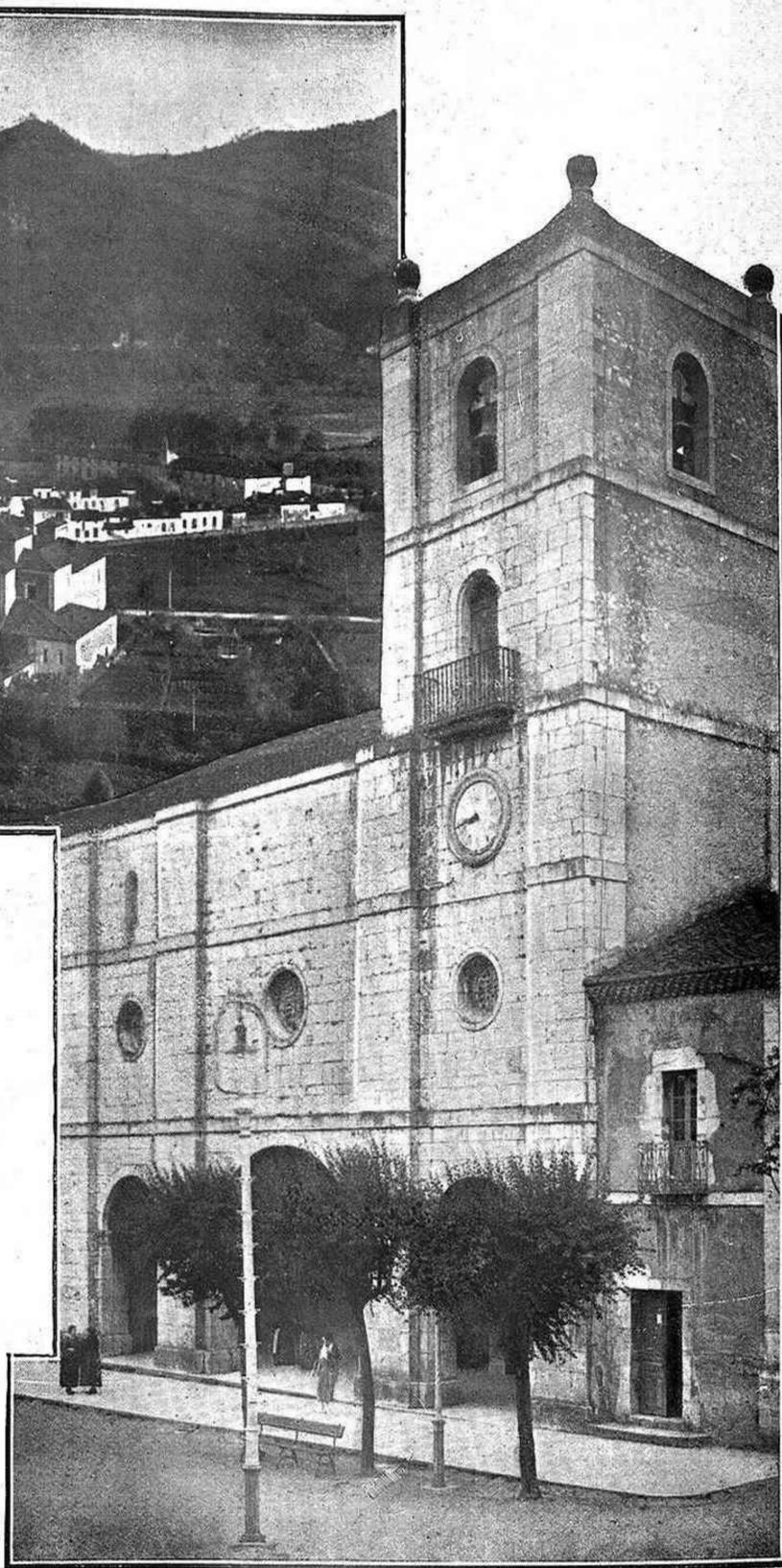
La ciudad moderna, con sus edificios simétricos, jardines, vías anchurosas, piso pulimentado y detonante movimiento, no nos imanta, ni su vorágine de hechos cotidianos nos conmueve profundamente. De ahí que enlancemos el gusto y dirijamos la mirada á lo que contiene sobre sus cerraduras vida secular, porque en las capas subterráneas de esa vida yace estancado el limo sentimental que vivifica el espíritu y enriquece la fantasía.

Para que todo se articule magníficamente en este altozano astur, no falta la plazoleta con la fuente de varios caños y sberbio pilón, ni la umbría que proyectan en alineación cortos y copudos árboles.

El lugar destinado para paseo es breve, pero espaciado. Muy lindo en conjunto. Le cierran de un lado lo que antaño era Colegiata y hoy figura parroquial seguida de severos caserones; y de otro, las viviendas que ocuparon en aquel tiempo los regentes de la mansión eclesiástica. Estos edificios, de rasgos simplicísimos y características arcadas, realzan la perspectiva armónica del paraje común. Por él discurren y se exhiben felices los pravianos las horas mañaneras de los domingos y los anoche-ceres, mientras la música desgrana, con fruición de todos, las notas bullangueras del pasodoble y la melodía letrada de la última consagración zarzuelera.

El rasgo más saliente que cfoece la vida praviana es el que se manifiesta los jueves con la celebración del mercado. La plaza brilla de matices, de elemento extraordinario. Para muchos pueblos de Asturias, la transacción de productos supone la salvación de su constitución económica. Si preguntáis al comerciante por la marcha del negocio, os dirá que no vive más que de la venta de tal día. Y otro tanto os afirmará la casa de comidas, el café, la taberna, el cenfitero y demás tropa de Israel.

Los mercados más solemnes de la región radican en Pola de Siero, Infiesto, Sama, Grado, Pravia,



La antigua Colegiata, convertida en parroquia

Avilés y Villaviciosa, si bien en estos dos últimos han perdido todo el sabor tradicional y estereotipia pintoresca, porque se desenvuelve en recinto cubierto, sin sol y alegría transeunte. Substancialmente no difieren uno de otro. Son las mismas tintas, idénticos los personajes. Si hay alteraciones es en el marco.

Pravia se despereza ese día temprano y hace sus preparativos de defensa para resistir la marejada económica. Por sus cuatro calzadas y vías ferrocarrilanas trotan los feriantes. Acuden de Riberas, Peñaullán y de Santianes, donde dicen que recibió tierra aquel noble que tomó el cetro del rey Aurelio. Bajan de los montes de Santa Catalina, de las faldas de Escoredo y de las sierras de Prahua; llegan de las lejanías de Somado, los Cabos, San Esteban, Soto del Barco, Grado, Oviedo y de otros sitios más cercanos.

El exotismo de la caravana mercader no es para descrito por pluma liviana y de poco mijo. ¡Oh, manes excelsos de Mateo Alemán y de Cervantes, y numen prodigioso de un Larra ó de Noel! Hacen la entrada en diseminado cortejo; quién en cabalgadura ruciana, y á la vea del carro montés ctros; mujeres con anchas cestas de coles en la testa que recortan la figura en romana estatuaria; rapazos



Vista parcial de la plaza en día de mercado

fustigando el cerdo y aldeanos con hermosas novillas del roncal; comerciantes trashumantes con vehículo entoldado. Tratantes de ganado tocados de largas blusas negras y varas cimbreantes á la algara de la recua; pedigüños mostrando muñones y lacerías; quincalleros de la capital, retratistas ambulantes, trovadores de actos macabros, vendedores de específicos, artistas de la escayola, panaderos, gallineras, tratantes de pescado, el acertador del porvenir, el de los bastones de roble harnizados, mozas del agro emperajiladas, indianos; toda una tribu fantasmagórica con posos semíticos muy hondo del alma, movilizada y compuesta por el resorte de pigmeas empresas.

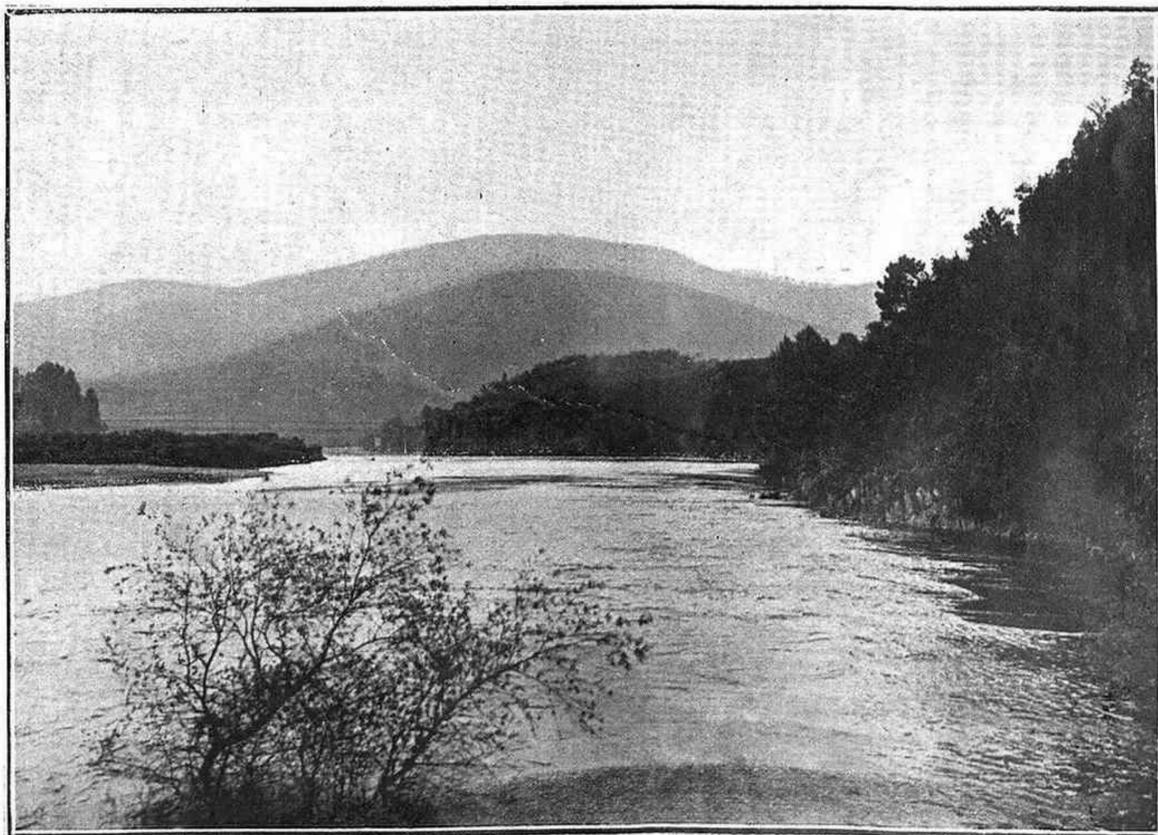
Se acomodan de prisa. En un periquete quedan expuestos en el suelo y en tenderetes sombreados por lonas los productos de la tierra y los elementos de bazar. Junto al Ayuntamiento muge el ganado y brilla la marrullería del tipo montaraz. A media mañana la plaza es un ascua, fiel imagen de zoco mcruño. Voc a el mercader de medias de «punto inglés», para que todos se enteren que valen á una setenta y cinco el par. Le remeda el ganguista de preseas y el embaucador de terapéutica barata y sencilla. Tañe y canta el ciego la historia que deja boquiabiertos á buena cifra de curiosos, siempre renovada; las fresqueras ofrecen á grito pelado las últimas pescadillas; se queja el inválido y toca la campanilla la mujer del horóscopo al tiempo que la gran masa semítica y turba oscilante musita el rezo litúrgico sobre las mercaderías y envía agradecida burbujas de ofrenda al padre Jacob.

A muchos les urge ferriar para regresar en los primeros trenes. En los

comercios, fondas, tabernas y cafés cunden las prisas y se reconstruye fragmentariamente el cuadro vivaz de la calle. Se compra, se engulle, se empina el codo y se chilla de lo lindo. Otra vez terminado el mercado, hay que cargar con la cesta y el carro bien repletos. En comestibles, pienso para el ganado, abono químico, algún mueble y géneros de vestir se invierte parte del rico producto que dejaron las hortalizas, los huevos, las patatas, el galipo de alubias, la ternera, el cerdo, el pollo, el saco de fruta y la manteca. Mientras las hembras se equiparan de todo para emprender ruta al hogar, los hombres charlan encendidamente en la taberna ó en el café sobre lo acaecido en el trato acerca de Marruecos ó de América.

También á las mozas, esas aldeanas coloradas como pomas y ataviadas con percales diversos y detonantes—copia dilecta de los matices del campo—, no las gusta marchar sin visitar al cafetero ó calarse á las golosinas de la confitería á la sombra del tío ó del americano que las hace corcovas. Las seduce del café el diván soberbiamente mullido, el espejo, la batahola y el humo. Bien acomodadas, entre sorbo al pocillo, atisbo á la concurrencia, oído y zalamería al que convida, pasan el más delicioso de los momentos y se llenan de gracia para subir el sendero tortuoso del monte, para soterrarse otra semana en el regazo umbroso del valle ó en el villorrio opaco y apartado de la Sierra.

De tres á cuatro de la tarde desaparece como por arte de magia la gente sin dejar vestigio en la plaza; tanto, que quien entrara momentos después no podría figurarse que aquello había sido tránsito de miles de almas. La vida normal reaparece bruscamente. Caen de plano otra vez el silencio. Los comerciantes, rendida la jornada, salen á sentarse al quicio de las tiendas para reposar del tráfigo anterior y gozar de las brisas del atardecer. Nada conmueve ahora la plaza. Algunas sirvientas que llenan el ánfora en la fuente, y muy de largo, el automóvil que cruza carretera de Salas. Diríase que yace en el más profundo sopor por efecto de la convulsión y el estrépito de las horas pasadas. Y es entonces, ante aquel solemne reposo—incomparable espectáculo de pueblo—cuando el visitante siente la dulcísima quietud hasta los huesos, y todo lo que ve le parece inefable, afectuoso, íntimo, mercador de ser cantado.



Espléndido paisaje del Nalón, comparable á los explorados en los ríos africanos de Nigeria

EUGENIO DOMINGO

LA CIUDAD MILAGROSA (SHANGHAI)



Vía comercial china en la concesión Internacional de Shanghai. Las banderas son anuncios. En primer término, un guardia indostánico



El célebre Bund de Shanghai, enorme fachada de bancos con que el Occidente afirma su triunfo en el Extremo Oriente...



Casa china de Shanghai. Fué en tiempos residencia de un mandarin, y de su antigua riqueza sólo subsiste el jardín por tradición, copiado en las cajas de laca y las sedas...



Sampanes en un canal. En estas barcas viven miles de chinos que no bajan nunca á tierra. Al fondo, el edificio del "Post Office" de Shanghai

DE nuevo torna Shanghai á ser la actualidad, gracias á la guerra civil que ha estallado sin que hubiese acabado de disiparse la humareda de las descargas contra los huelguistas de las filaturas inglesas y japonesas.

Cada vez, fatalmente, aumentará el interés de esa ciudad, al lado de la que el propio Moscú resulta sin misterio. Moscú, en definitiva, simboliza un aspecto de la vida contemporánea, y Shanghai contiene, y aun origina en su recinto, todos los del presente y los de un futuro inmediato, incluso el de la revolución rusa.

En tanto, ningún recuerdo del Extremo Oriente evocará con más nostalgia el viajero, desde la tranquilidad de sus lares.

En España casi se desconoce lo más elemental de la urbe novelesca por excelencia, especie de campamento del Tercio de los aventureros en Asia, paraíso de las grandes aventuras.

—Sí. Era admirable vivir en Shanghai...

Allí está resumido el universo, pues ninguna raza dejó de enviar su legión, y los invasores apertaron su decorado, viéndose en el solar chino rascacielos, la casita japonesa, de madera y papel, londinenses oficinas de ladrillo ahumado, tumbas con el sello



En los sucesos del último estallido xenóforo de Shanghai, los chinos pegaron en los muros pasquines de protesta semejantes á éste que representa á una de las víctimas de la policía en Nanting Road

salomónico, la hamaca anamita, jardinería versallesca y gótico alemán. Porque no se trata de emigraciones huidas, sino de vanguardias.

La actual tromba de Europa y América tiene su vértice en el Extremo Oriente.

El Banco, el *palace* y el *cabaret*; la emancipación de la mujer; nuevos ricos ó pobres; misioneros, coroneles yanquis, las drogas prohibidas, los agitadores rusos y otros tópicos del día, constituyen la atmósfera de Shanghai, donde, por imposición territorial, efectúase la confluencia de los grandes sobresaltos contemporáneos: el pleito del Pacífico, la crisis colonial de Inglaterra, las ambiciones del Mikado, el misterioso resurgimiento de Alemania...

Sólo que los aventureros del *Far East* transformaron la servidumbre en liberación, al resolver los conflictos individuales ó colectivos, sin que les preocupe la moral ni la patria abandonadas, y mucho menos el mandarinesco escenario que no pertenece á nadie y es de todos.

Admirable vida la de Shanghai. A cada paso una genialidad, un absurdo, un milagro, aunque del diablo.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

EL LIBRO ESPAÑOL EN AMÉRICA

LO QUE DICE LA CLIENTELA

USTED, Sr. D. Cristóbal de Castro, en la edición de *Nuevo Mundo* del 31 de Julio último ha ilustrado el importante problema del libro español en América, desde el punto de vista de los autores peninsulares, y permítame ocuparme de dicho asunto, como comprador americano de la misma mercadería. Coincidiremos en algunos tópicos; pero acaso me toque decir algunas verdades omitidas por usted y que es preciso se divulguen, á fin de que este mercado no se pierda por entero, hasta para las autoridades oficiales de la lengua que hablamos.

Pueblan el planeta más de ciento veinticinco millones de personas que hablan idiomas iberos; pero desde luego comienzan ustedes por no querer una lengua común, y todavía se empeñan por resucitar dialectos y elevar éstos á categoría superior, prestándoles elementos de que algunos han carecido en la práctica. Catalanes, vascos, gallegos, portugueses y hasta las variaciones del habla popular de cada comarca; pretenden convertir al español en mero dialecto castellano. La lengua de *oc* y la de *oil* no riñen ya en Francia. El buen sentido que allá concluyó esa contienda no ha podido ultrapasarse los Pirineos.

El espíritu anárquico de la Península es el primero de sus enemigos. Nadie cede, cada uno quiere ser más que el otro, y si no somos los que mandamos nos ponemos en latente ó en activo estado de rebeldía. En todo el mundo funcionan instituciones francesas, empeñadas en difundir su idioma. Italianos, ingleses y alemanes laboran en el mismo sentido. Unicamente los habitantes de la Península ibera se empeñan en que para entender al uno y al otro sea preciso aprender cuatro ó cinco lenguajes diferentes, restándose todos así influencia efectiva en el mundo.

Setenta y cinco millones de americanos nos valem del idioma de Castilla, por treinta millones de brasileños que hablan portugués. Estos dos lenguajes se hallan en proporción de noventa millones contra treinta y cinco, en el mundo. Basta un instante de reflexión para penetrarse de que el práctico, sensato y laborioso catalán, lo mismo que levantinos, mayorquines, vascos y lusitanogalaicos proceden contra sus intereses más permanentes, manteniéndose lejos del idioma que puede ponerlos en contacto y en útiles relaciones literarias y económicas, con el mayor número de sus aliados naturales: los ibéricos de la Península y de fuera de ella.

Los anglosajones de las Islas Británicas y de los Estados Unidos, sin lirismos ociosos, pero con perfecta visión de la realidad, cultivan en sus colegios y universidades el aprendizaje del idioma español, es decir, del castellano. Los editores barceloneses también tienen invadido este continente con libros en castellano, no en catalán; pero por la posición política que adoptan, frente á la extensión de dicha lengua, dentro de su territorio, estorban su propia expansión comercial y pierden, en esa lucha estéril contra el órgano de comunicación de las ideas, energías que merecen más provechoso empleo.

Los pocos millones peninsulares, castellano-parlantes, mientras tanto, conservan la autoridad oficial del idioma; mas, por desgracia, esa autoridad no es tampoco todo lo liberal y previsorá que debiera ser, para que su dominio, más moral que material, resulte definitivo.

El Diccionario de la Academia, por ejemplo, cada día se convierte más en artículo de lujo, como si hubiera particular empeño en que no se difundiera. Se ha hecho concesión de él á una Editorial que lo vende en Chile á 90 pesos (75 pesetas), suma considerable para acá. Impreso por cientos de miles en ediciones populares, que no debieran valer más de diez pesetas ejemplar, estaría en todos los hogares y oficinas de este Continente.

Lo propio puede decirse de los autores clásicos. No se difunden los clásicos españoles con la amplitud con que los franceses, alemanes, ingleses é italianos divulgan los suyos. Las ediciones de la Academia son raras, y muchas veces merecen reparos. Los centros universita-

rios de Estados Unidos comienzan á invadir ese campo con las ediciones críticas hechas por sus especialistas en lenguas hispánicas, y son varios los catedráticos suyos que alternan actualmente en esta labor con catedráticos peninsulares. El libro de Romera-Navarro, *El Hispanismo en Norteamérica*, editado en 1917 por Renacimiento, es al respecto todo una revelación.

Los más eminentes cultivadores del idioma, de esta América, han sido, muchas veces, desconocidos en España, como lo prueba algún desaire que, sin merecerlo, se inflingiera á Cuervo, el profundo gramático colombiano, y ello es explicable, aunque no se justifique. Los eruditos españoles del lenguaje, por lo común, son meros idólatras del pasado, cervantistas, adoradores de viejos arcaísmos ó intérpretes de los autores del siglo de oro. Acá miramos más al lenguaje como una necesidad de expresión, viva, mudable, en evolución perfecta, dentro de las normas que son sus íntimas leyes de perfeccionamiento. No tenemos el neologismo ni nos sentimos fosilizados en formas inorgánicas.

Y á esta diversidad de situación á que obedecen Bello, Cuervo y demás filólogos nuestros, corresponde otra de parte de los que no se cuidan de las exquisiteces lingüísticas, de quienes atienden, de preferencia, á otro género de progreso en la mundial cultura. Las revistas españolas y las traducciones de ajenas literaturas, meramente artísticas ó científicas, se editan en España tarde y mal para los que mediante ellas pretendieran estar en contacto con la actividad intelectual del presente.

Aunque nos duela, tenemos que proveernos de libros y de revistas en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Italia, Bélgica y Suiza, según los estudios á que nos dediquemos, antes de informarnos por medio de publicaciones hispánicas.

España no cultiva nuestro derecho público y no investiga problemas que afectan á nuestras agitaciones democráticas. Pero independientemente de la orientación política nos distancia otro concepto de la vida. Países nuevos, los nuestros, todo lo esperan del trabajo material, de un

florecimiento económico que se logra con esfuerzos perseverantes, aplicados al cultivo de los campos, al laboreo de las minas, al mejor aprovechamiento de las materias primas por las manufacturas; actividades todas muy distantes de las que allá ennoblecen y elevan más en el concepto público.

Por esto nuestros marinos se perfeccionan en Inglaterra; nuestros ingenieros de ferrocarriles, en Bélgica; los de hidráulica, en Holanda; nuestros médicos, militares y pedagogos, en Alemania; nuestros comerciantes y manufactureros, en Estados Unidos; á Francia y á Italia y á muchos otros países se va á buscar alguna enseñanza útil, inmediatamente aplicable á una naturaleza casi virgen y pródiga en dones, para el que, con saber y laboriosidad, la cautiva. España, en este sentido, nos ofrece poco provecho; no se prepara para colaborar con nosotros en obra tan fructífera. Es la tierra de nuestros amores, de nuestras tradiciones más gloriosas, la madre bondadosa, despreocupada de los prosaismos modernos, altruista, generosa y noble, más que interesada, industriosa y comerciante.

España está libre hoy de la obligación de gobernarnos. Nuestra independencia, para ella, es un bien. Su juventud no tiene ya la esperanza del medro corruptor en los empleos coloniales. Los caciques y malos funcionarios que sufrimos son nuestros y no suyos.

Podría tener siempre nuestra tuición intelectual y moral; pero confesémoslo: no se prepara á ejercer esa influencia y se deja supeditar por otras rivales. Ella es la nación de Europa que menos nos conoce y aprovecha. Nos entrega constantemente una terrible contribución de sangre. El más subido porcentaje de nuestra inmigración se debe á la depoblación de sus campos y ciudades, y en cambio, comparando los aportes de riquezas con que la América paga á los otros países el avance de su civilización, lo que España recibe de nosotros es insignificante, con ser algo.

Empleando la palabra en el sentido que le dió Joaquín Costa—el publicista español que está más cerca de nuestro espíritu—, España necesita europeizarse para situarse al frente de los destinos de la raza.

La novela, la comedia, la poesía peninsular del momento, para nosotros, es tan exótica como la literatura sueca, rusa, alemana ó italiana. El literato español que nos visita, generalmente, sólo se mueve aquí entre sus connacionales, y suma los prejuicios de los más incultos de éstos á los suyos, sin mezclarse con nosotros, sin penetrarse del género de problemas y de preocupaciones que nos impone la vida independiente. Ha visto el terreno que pisaron los conquistadores, sueña con sus hazañas y regresa con el barco atestado con sus fantasmás adoloridos por combates de hace tres siglos. Se vuelve sin haber entendido al argentino ó al chileno de hoy, herederos directos de aquellos gloriosos y heroicos aventureros.

Existe en este hemisferio, mientras tanto, una corriente poderosa y avasalladora de amor á España, símbolo de la unidad y de los destinos de la estirpe. La idiosincrasia nacional, con sus legendarios arrestos de independencia, reacciona contra las influencias extrañas. Quiere conservar aquí sus rasgos más nobles, adaptándose, no obstante, á las necesidades de los tiempos. Se trata de un movimiento tan general y tan espontáneo como el que sublevó á la Península contra la invasión napoleónica. España es tan ajena á él como lo fué á aquel otro, Fernando VII *el Deseado*.

Este movimiento nuestro, tan humano y tan sincero, para que sea benéfico á la antigua metrópoli no exige de ella más que una sola cosa: ser comprendido, no ser traicionado como el otro á que nos referimos. Explicarlo y difundirlo, recibirlo y protegerlo es la más loable misión reservada á los pensadores que, como usted, Sr. D. Cristóbal de Castro, aman á España en sí misma, en sus gloriosas tradiciones y en su descendencia americana, más fiel á sus abolengos y virtudes de lo que piensan observadores superficiales.

FRANCISCO ARAYA BENNETT

Valparaiso (Chile), 1925.



SEÑORITA ADELA ANAYA RUIZ
Prestigiosa pianista y compositora, que ha obtenido recientemente el premio de la Real Academia Filarmónica de Santa Cecilia en el certamen literario musical del Homenaje á la Mujer, en Cádiz, por una inspiradísima colección de cantos populares para piano
FOT. CALVACHE



RECUERDOS Y DIVAGACIONES PUERILES

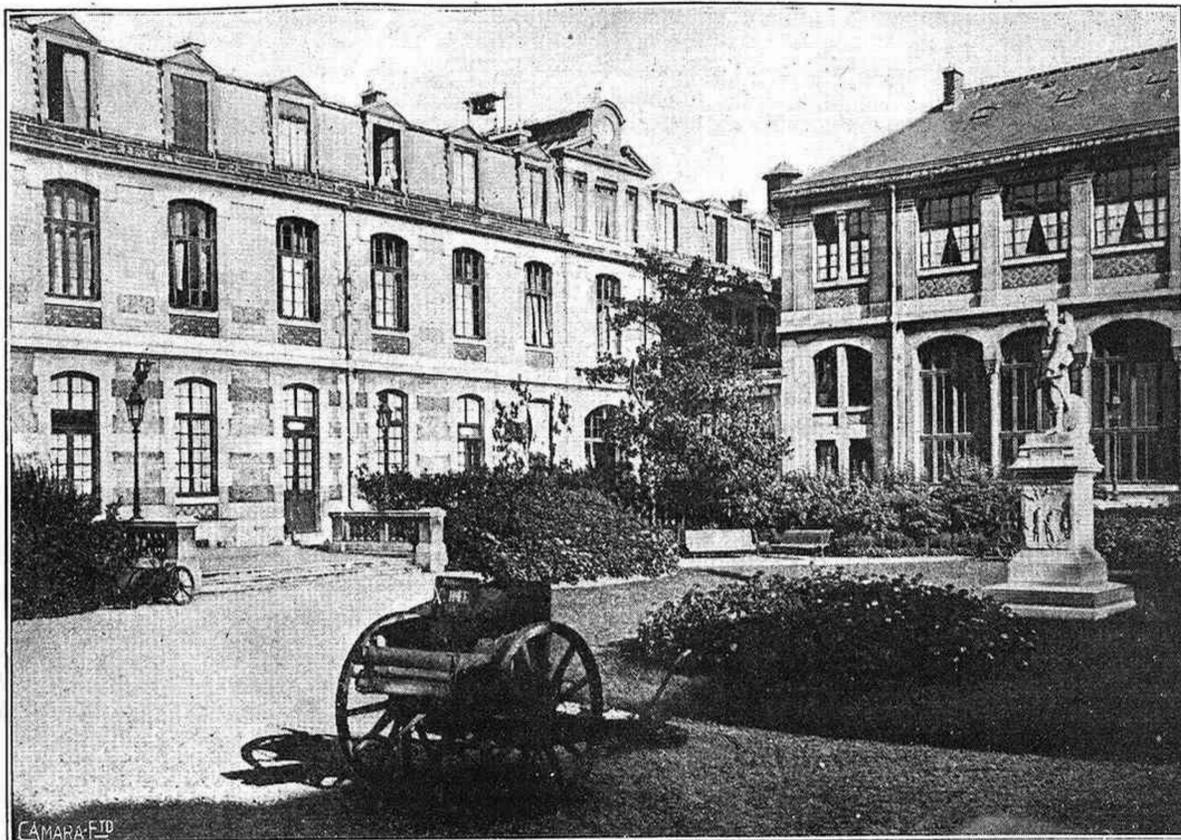
MI primer deseo al llegar á París es el de visitar el colegio donde pretendieron educarme mis padres, según la moda de entonces, cuando se creía de buen tono enviar los chicos al Extranjero á que se «hiciesen hombres». Hace ya de esto ¡veinticinco años! ¡Qué lejos de aquellos días!

No sin una gran emoción, traspongo el quicio de la entrada del enorme y solemne edificio que ocupa, ¡aún!, una manzana del burgués y tranquilo barrio de Passy...

Expongo mi deseo al portero, después de decirle quién soy, y me autoriza á recorrer á mi albedrío todo el local, solitario á la sazón «porque estamos de vacaciones».

Los pasos retumban esparciendo su eco por los ámbitos de las dilatadas estancias, y vuelve á nuestro ánimo aquella sensación de soledad y de abandono que nos acometió después de la despedida familiar en aquel patio. ¡Los desgarradores adioses que desencadenaron la hiposa y contenida congoja que se había ido fraguando en mi pecho desde que me anunciaron el propósito de «meterme interno» en un colegio del Extranjero, «donde me sentasen las costuras y me metiesen en cintura» por desaplicado! Cuando el pobre y tierno niño que yo era fué arrancado del abrazo de los suyos, que desaparecieron tras los espesos y grises muros de aquella prisión terrorífica, diciéndome: «Si eres bueno, dentro de un año vendremos por ti. Adiós.» Esa angustia sentimental, esa *noche en el alma* no la he vuelto á sentir más que otras dos veces en mi vida: al quedarme solo en una noche africana ocupando un parapeto de vigilancia, después de haber visto desfilar por mi lado una columna de cinco mil hombres, y, en otra ocasión, cuando al volver á mi hogar, rendido del afán diario, en vez de hallar el consuelo de mi amada encontré una carta suya...

Paseo la mirada por el mismo ancho y gris horizonte que en aquel entonces remoto contemplé con los ojos absortos y tristes, entre centenares de niños hostiles que me rodeaban, preguntándome: «¿Eres español? ¿Y cómo eso es posible? Sacas las castañetas y baila un bolero para que te veamos.»



Patio de honor del Liceo Janson

Aquí he pasado todo un año, *sólo*, entre más de dos mil y quinientos niños, contando el tiempo no por el que pasaba, sino por el que iba faltando, mes por mes, domingo por domingo, día por día, hora por hora, lección por lección.

¡Las carreras que yo he dado en este patio! ¡Ah! ¡Entonces estaba más ágil! También, como la juvenil elasticidad física, he perdido el jugo fragante de mi ingenuidad; vientos adversos socarraron las flores más frescas de mi sentimentalismo.

Esta es la clase—balcones altos, pizarra negra sobre un escabel, olor á tinta y á tiza pulverizada—, esta es la sala de estudio, este es el banco sobre el cual yo me sentaba á pensar en las *musarañas*, y este es el pupitre del que me sabía de memoria todas las vetas de su madera y todas las manchas de tinta que le habían caído encima, porque sobre él yo tenía que escribir mis copias.

Aquel, aquel y no otro, es el pequeño armario mío, en el que yo guardaba mis libros, mis *efectos*... y mis gusanos de seda, afición á la que éramos muy dados. Voy á él sin vacilar, lo abro; sí, es el mismo. En él descubro, ¡con qué extraña, inefable emoción, mi nombre tallado con la punta de una navajita. Mi nombre y el de otros alumnos que me precedieron y que me sucedieron en el usufructo del armario.

Recorro después uno de los refectorios, aquel en

que yo comía. Ahora este vastísimo salón no me parece tan grande, tan grande, como entonces. Tiene numerosas mesas de mármol que dejan en el centro de la estancia como un corredor por el que se paseaba mientras yantábamos el subdirector. Se llamaba este señor, verdadero enemigo personal mío, según mi criterio de entonces, *monsieur Lédard*.

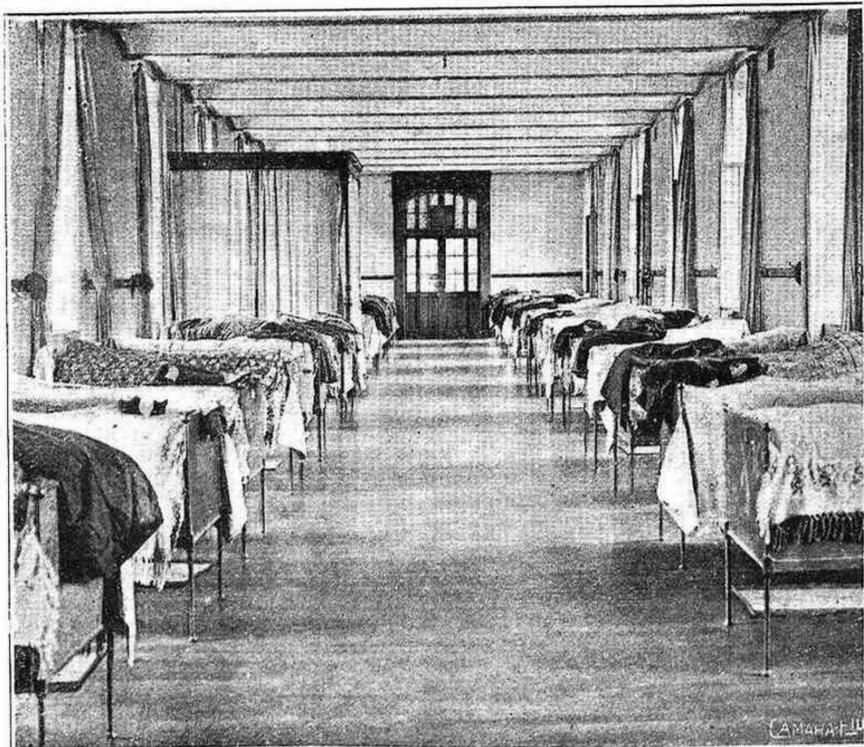
Salgo á otro patio; al fondo están otros departamentos: la sala de esgrima y de boxeo, el picadero, la clase de dibujo, enseñanzas éstas que, con la de la religión, constituían las clases de adorno, pagadas aparte, y eran para mí como paréntesis ú oasis en mi triste destierro y en el rígido rigor de la disciplina.

El dilatado dormitorio—docenas de camas y una más, más grande, sobre un estrado y oculta tras ligeras cortinillas de percal, en la

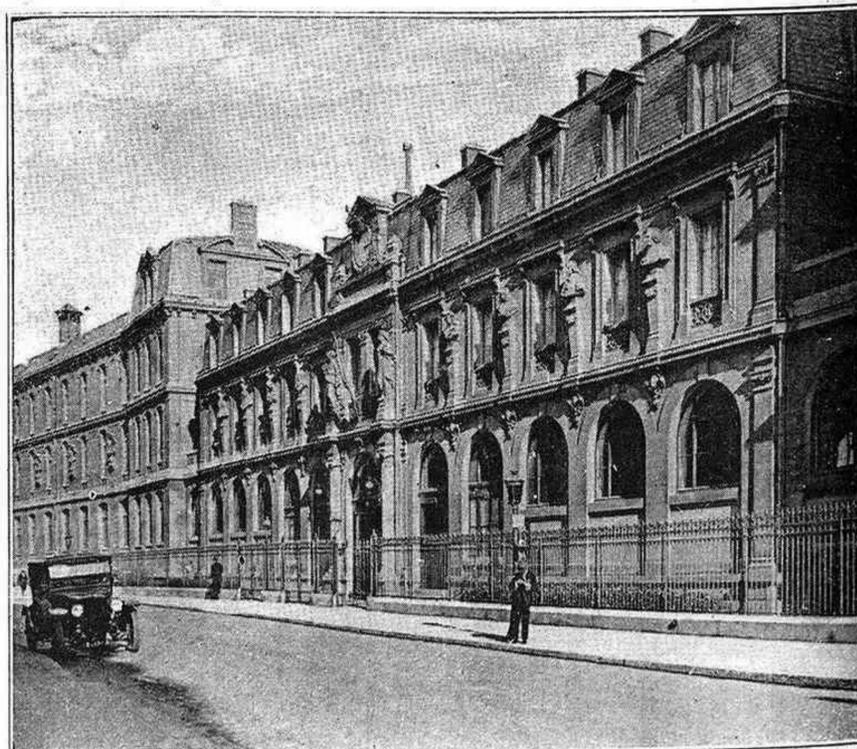
que dormía ó vigilaba un inspector. Recuerdo una picardía que tenía olvidada: á este buen señor, que nos era tan odioso, le escondí una noche, durante su sueño, un merengue en cada bota... Esta es la cama en que reposaba mi débil y cansado cuerpecito, y quizá sea ésta la misma almohada que adormecía mis ensueños tan tristes, tan vagos y tan distintos, ¡ay!, de los que hoy anidan en mi cerebro. Desde aquí oía todas las noches pasar indefectiblemente, lloviera ó nevase, á un viejecito que iba voceando con voz cascada «¡La Croix!». Y le envidiaba porque por lo menos ese, me decía, está suelto, tiene libertad. (¡No sabía yo aún que en la vida nadie está suelto ni nadie tiene libertad!) Aquí me dormía todas las noches pensando en España y en mis papás.

Toda mi existencia recordaré con verdadero terror el redoble del tambor con que matinalmente nos despertaban de manera militar. ¡Con qué indignación pensábamos en las dulces palabras y blandos modales y requerimientos que mamá empleaba para despabilarnos!

Nos hacían levantar de noche, completamente de noche. ¡Oh, ese terrible frío del anteaamanecer en los inmensos y asfaltados dormitorios oscuros! Atravesábamos en larga y doble fila este enorme patio, ateridos, con los brazos en cruz, muy apretados, muy apretados sobre el pecho, como abrazando



Uno de los dormitorios del Liceo



Fachada principal del Liceo

el poco calor que teníamos en el cuerpo para que no se nos escapase; tiritando, pateando al compás todos, como percherones, sobre el retumbante piso para reaccionar nuestros doloridos pies; echando por las narices y por la boca un hálito blanquecino como humo... Pero, señor, ¿tan necesarias, tan indispensables, son—íbamos pensando—estas horas de estudio antes del desayuno? ¿Nos sabremos mejor la lección que los externos, que estarán ahora acurrucaditos tibiamente en sus camitas? ¿Y á qué bueno lavarnos *todos los días* con el agua tan fría como ésta?... El agua estaba en efecto tan fría que casi siempre había necesidad de rodear las cañerías de cal viva para deshacer el hielo que las obstruía.

En esos veinticinco años que han transcurrido desde que salí del colegio hasta mi visita de hoy, la vida ha parecido tener un especial interés en no guardar para mí ningún dolor inédito, y en lo referente á incomodidades materiales puedo referir que he estado algunos días en la cárcel y que he dormido innumerables veces sobre los riscos africanos en una cama legionaria, que consiste en una manta—«media manta como colchón y media de cobertura»—, de la que lo más frecuente era que nos despertase la fulsilería de los moros al asalto ó el aliento de los chacales; pero, sin embargo, lo que recuerdo de mi pasado con más terror es la época de mi internado en este colegio de lujo. (Quizá sea porque entonces no tenía la sensibilidad curtida.) ¡Esa edad de la que muchos dicen: «Ah, si volvieran aquellos años!» *Vade retro...* Nunca me ha dado tanta compasión de mí mismo...

Ya, al salir, diviso en el patio llamado de honor un pequeño y sencillo monumento. «Eso no estaba ahí», recuerdo; y me aproximo. No estaba, en efecto. Es un monumento destinado á perpetuar la buena memoria de los profesores y alumnos del liceo muertos por la patria en la gran guerra. Recorro ansioso con la vista los nombres que en él están escritos; pero, ¡ah fragilidad de los sentimientos humanos, tan deleznales ante el disolvente del tiempo!, mi recuerdo ha olvidado cómo se llamaban mis más amados camaradas de la infancia, que se fueron todos en tropel hacia la gloria como elegidos de los dioses.

Bertrand, Bertrand; creo recordarlo... Me suena; me parece que era un niño alto, rubio, que nos hablaba de *sus* caballos, del dinero que ganaba su papá y de una primita muy guapa y sonriente que venía á verle los domingos, trayéndonos aires de la calle y un perfume del misterioso París, y á la cual atisbábamos unos cuantos furtivamente y sin rivalidad después de haber esperado la ocasión toda la semana.

Durand; éste sí le recuerdo; era mi mejor amigo con el que repartía las golosinas y el que me apuntaba la lección en clase cuando no me la sabía—diariamente—. Como yo, no tenía á nadie en París que viniera á sacarle los días de fiesta á paseo, y nuestra idéntica pena nos unía; cuando nos quedábamos solos, porque todos los demás se habían ido con sus familias, hablábamos de nuestros países, nos leíamos las cartas de nuestros papás y recordábamos nuestros hogares y, muy tiernamente, llorábamos juntos. Uno consolaba al otro: «Anda, no seas tonto; yo supongo que el tiempo pasará... (ya lo creo que ha pasado) y llegaremos á ser grandes. ¿Tú, qué vas á ser?» Y hacíamos *castillos en España*.

Mi pobre amigo Durand: tú no has fracasado. ¿Qué más querías ser? ¿A qué más podrías aspirar? Hijo de burgueses acomodados, has muerto como un héroe glorioso. ¿Qué mejor destino? ¿De cuál se podrían enorgullecer más tus papás?... Yo, de mí, te podría tan sólo decir que no he llegado á ser lo que entonces quería haber sido; que la obra de mi vida es una obra poco lograda—todas las obras son más grandes cuando aún no han salido del plano de nuestros proyectos y de nuestra intención—. Que he escrito varios libros en interés de mi patria; que he plantado muchos árboles, muchos, tantos como he podido, hasta encallecerse las manos. Hijos no he tenido ninguno, pero la buena voluntad no me ha faltado y nunca he hurtado mi adecuado esfuerzo...

•••••

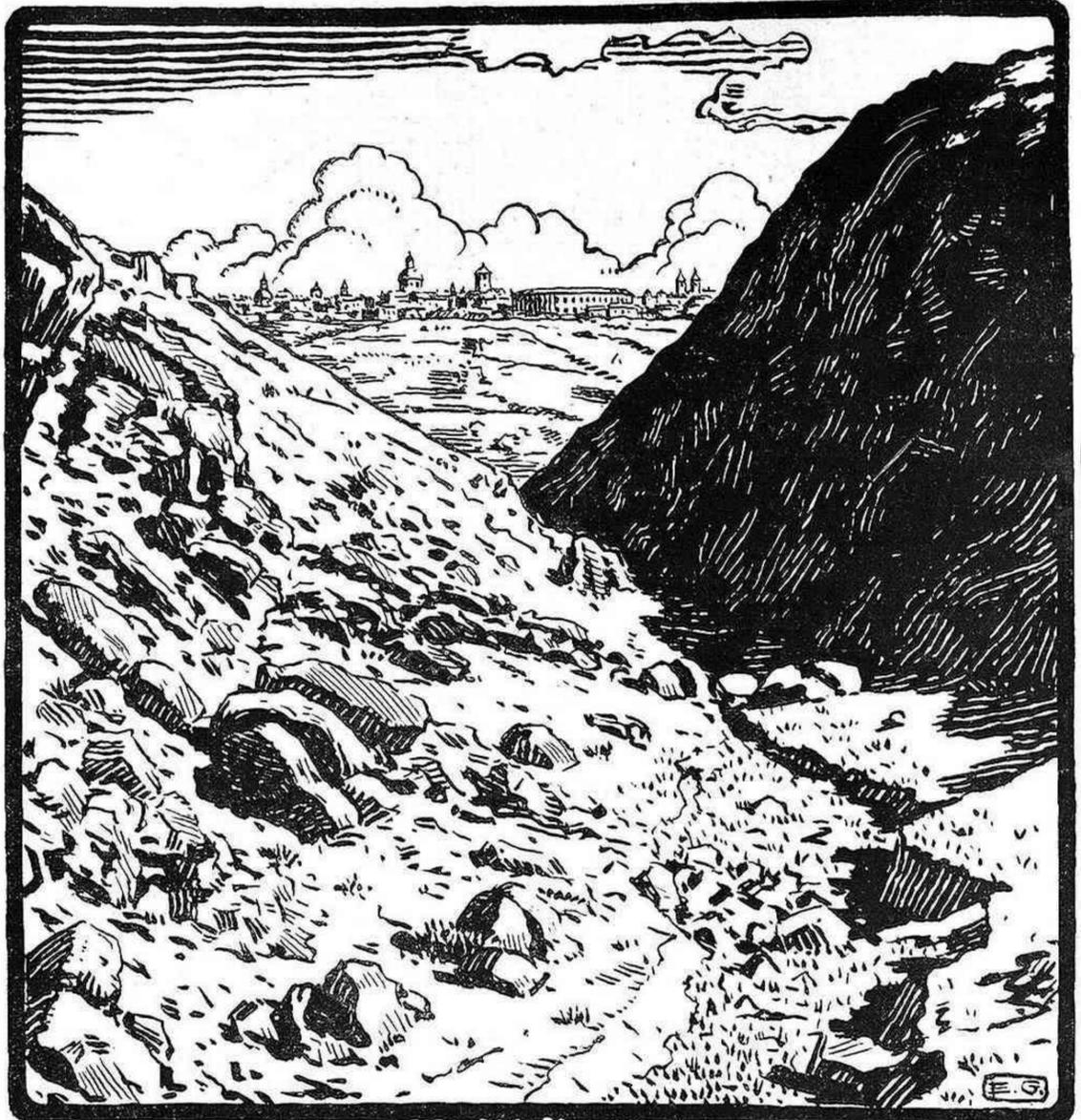
Salgo del colegio un poco apresurado y furtivamente, porque á lo lejos, en un patio, veo á monsieur Lédard, que lleva cuarenta años *haciendo hombres de bien*. Esquivo el encontrarme ante su presencia, porque como es uno de los maestros que *la habían tomado conmigo*, temo que me diga: «Y ¿qué has hecho de mis consejos buenos?», y no saber qué contestarle.

En la calle se respira mejor; pero no bien del todo. Tengo el corazón oprimido, como si el Destino se me hubiera sentado sobre mi pecho...

CARLOS MICÓ Y ESPAÑA

Paris, 1925.

PÁGINAS POÉTICAS
SACRIFICIO



Hay que salvar á España, sin vacilar, poetas.

Hay que empuñar la lira con tesón y con fuerza; hay que empuñar la lira igual que una mancuerna para que el hondo surco recoja bien la siembra y esté oronda la espiga cuando llegue la siega.

Hay que salvar á España, sin vacilar, poetas.

No hay que perder las horas en líricas empresas; basta de ebúrneos cisnes, de lagos y de estrellas; nada de dulces cantos á pálidas princesas, mientras que vuestra mano, ingrave por la anemia, atusa con un gesto sutil vuestra melena.

Hay que empuñar la lira con tesón y con fuerza; hay que ser hombres rudos, y si preciso fuera, para salvarnos todos, tendréis que ser ascetas; que el arte á veces quiere una almohada de piedra y un sayal, por vestido, del color de la tierra.

Hay que salvar á España, sin vacilar, poetas.

Cuando todo caduca; cuando todo se quiebra, como terrón de polvo, bajo una mano férrea —la mano del Destino que torva hoy nos aprieta—; cuando España parece, tan monda y tan reseca,

la osamenta vacía de una gris calavera; cuando todo se pudre y en la podre fermentan los gusanos..., ó dime: sólo un grano nos queda de posible esperanza, y ese grano es la Idea.

Hay que salvar á España, sin vacilar, poetas.

Hay que ser hombres rudos; hay que hincar en la tierra, muy hondo y sin descanso, el hierro de la reja, para que así esa sola semilla que nos queda pueda henchir nuestras trojes cuando llegue la siega.

Hay que salvar á España, sin vacilar, poetas.

Hay que ser sembradores de la fecunda Idea; hay que ser labradores, y si el serlo no fuera suficiente, es preciso ser entonces ascetas y rezar por España sobre un lecho de piedra, revestidos de un burdo capuchón de estameña, con un Cristo en las manos del color de la cera y mirando á la muerte—la tendréis siempre cerca; que esta tierra de España, tan monda y reseca, más que tierra parece una gris calavera.

Fernando LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE ERNESTO GUTIÉRREZ



VIAJANDO POR ITALIA

LAS FIGURAS DE LA ROMA RENACIENTE

CORRESPONDÍALES aquel día la visita á las Stanze y á la capilla Sixtina, y eran las diez de una serena mañana de Junio, en la que cayendo el sol á plano sobre la inmensa plaza de San Pedro, acrecía el deseo de verse uno al amparo de los sedantes salones, cuando llegaba yo al portal de entrada. No sé si el propio Caronte, que luego vi en el fresco inmortal, sería el contratista del obsequio con que en aquel ingreso se brindaba al viajero, porque sólo al mismo diablo se le ocurre ofrecer una copa de cerveza helada sin dar tiempo al descanso á personas que llegan sudando á chorros. Y estilográfica y cuartillas en mano, comencé mi recorrido.

Primero la estancia del Incendio; el Pontífice deteniendo con el signo de la cruz la marcha del horrible fuego del Burgo; después la estancia de la Signatura y allí la disputa del Santísimo Sacramento y la Escuela de Atenas, admirable réplica de la verdad cristiana al gentilismo; luego la estancia de Heliodoro y en ella el milagro de Bolsena, en el que la sagrada forma destiló algunas gotas de sangre cuando un sacerdote, celebrando, dudó al ir á consumir de la presencia real del cuerpo de Cristo en la hostia. Y desarrollando estos motivos y otros cien relacionados con ellos, en plafones, lunetas, entrepaños, en cuanto se pudo poner el pincel, una multitud de figuras: Jesús, la Virgen, León IV, San Ambrosio, San Agustín, Santo Tomás, Platón, Aristóteles, apóstoles, doctores, ángeles, soldados... ¡Imposible enumerarlos todos! No hay tiempo de analizar; gracias á que lo haya de comprender. El ánimo se encuentra sobrecogido por la grandeza de ideas de todos aquellos conjuntos, los ojos fascinados por la armonía de ejecución de cuantos elementos los desenvuelven. Es una factura dulce, suave, casta, de tonos inefables sin menoscabo del color intenso y de la suavidad del claroscuro, y siempre con la característica de la ternura de expresión. No cabe agrupar con mayor maestría miles de figuras, ni disponer con más propiedad las escenas ni personificar de modo más admirable abstracciones como la Teología.

Entre los filósofos de la Escuela de Atenas descuella el autorretrato de Rafael, y he aquí que al apartar la vista de su rostro, siempre aniñado, para continuar mi visita, ¡oh, sorpresa!, ¡es alucinación ó delirio?, animado, redivivo, sonriente, con su luz peculiar de bondad en el rostro, la misma faz juvenil y los mismos grandes ojos negros del fresco mural, surge el propio pintor, vestido á usanzas de principios del xvi, el jubón acuchillado de velludo, las calzas justas sin gregüescos, la fina escarcela con su colgante de pedrería y tocada la cabeza, de rizoso cabello, con el airoso birrete de terciopelo. Le rodean diez ó doce jóvenes que le atienden solícitos. Y hablan: «Maestro: por los rostros de los espectadores me atrevería yo á decir el orden que llevan en su visita... Esas caras serenas la comien-

zan por aquí, por las Stanze. Vos sois el pincel de la dulzura. Contemplando vuestra obra, el alma descansa. Esas otras, conturbadas y ariscas, vienen de la Capilla Sixtina de ver el Juicio Final.» Todos se echaron á reír. Rafael les aplacó, benévolo, pero halagado: «Este Julio Romano es un Aretino. ¡Ya os he dicho que no os metáis con Miguel Angel!»

Es una visión de un minuto. ¡El gran pintor viniendo al cabo de los siglos á aquilatar su obra! Cuando me recobro, todo ha desaparecido. Los visitantes son contemporáneos, gente burguesa, indígenas extranjeros; los inevitables ingleses.

Continúo mi visita y penetro en la Capilla Sixtina. Es la semblanza de otro genio: de Miguel Angel. Un vigilante me brinda un espejito para examinar cómodamente, por reflejo, las pinturas del techo. El motivo de la decoración es la creación del mundo, y por ende la del hombre. Afirmase que esta obra se le encargó á Miguel Angel, que era escultor y arquitecto antes que pintor, por instigaciones de Bramante, tío de Rafael, ofendido de los desdenes del maestro para con su sobrino y celoso del favor que el cincelador admirable gozaba cerca del Pontífice. La decoración es admirable. Los episodios del conjunto se encuadran en una serie de columnas, cornisas, zócalos, escocias, con tan bien entendido claroscuro, que lo pintado cobra un relieve que le hace parecer de bulto.

Pero la nota insinuante de la estancia es el famoso fresco del Juicio Final, tan debatido hoy como en los días en que se pintó, que á unos parece sublime y á otros monstruoso. Desde luego posee una fuerza de expresión irresistible. Su simbolismo arrastra y su ejecución subyuga. Su altura es de veinte metros; su anchura, de diez. Jesús y la Virgen coronan el conjunto; por un lado ascienden los justos; por el otro caen los réprobos. Y hay que ver despacio rostros y actitudes. No cabe más beatitud en los unos ni más desesperación en los otros. Técnicamente son todos un alarde de dificultades vencidas.

¡Pero... me restrego los ojos estupefacto!... ¡Habré visto mal al entrar? No reparé en un castillete adosado al fresco, en el que trabaja un hombre en sus sesenta, de pelo blanco fosco, la nariz hundida como por un golpe, ampuloso, feo, cetrino, mal encarado. Viste un poco eclécticamente, con prendas del xv y del xvi, y monologuiza y gruñe con mal talante. Las ropas con que Volterra y Porri cubrieron los desnudos de su cuadro, por orden pontifical han palidecido. ¡Naturalmente! ¡Qué sabían ellos de estas cosas, los ignorantes! ¡Donde yo esté no puede pintar nadie más que yo! Ni siquiera Rafael, que lo sabe, lo ha aprendido de mí. Y yo mismo, claro es, he tenido que ser el que retoque. Intenciones me dan de quitarlas la túnica nuevamente y volver á dejar esas figuras desnudas.

Allá se queda con su inveterado descontento, con su agrio carácter; y diez minutos después estoy

sentado en un banco de la plaza de Navona. Todos mis sueños despierto, y ¡cuídado que se sueña en la ciudad del Lacio!, acaban en esta plaza, entre las monumentales fuentes de Bernin. El rumor del agua es el bromuro que atempera las constantes emociones de Roma.

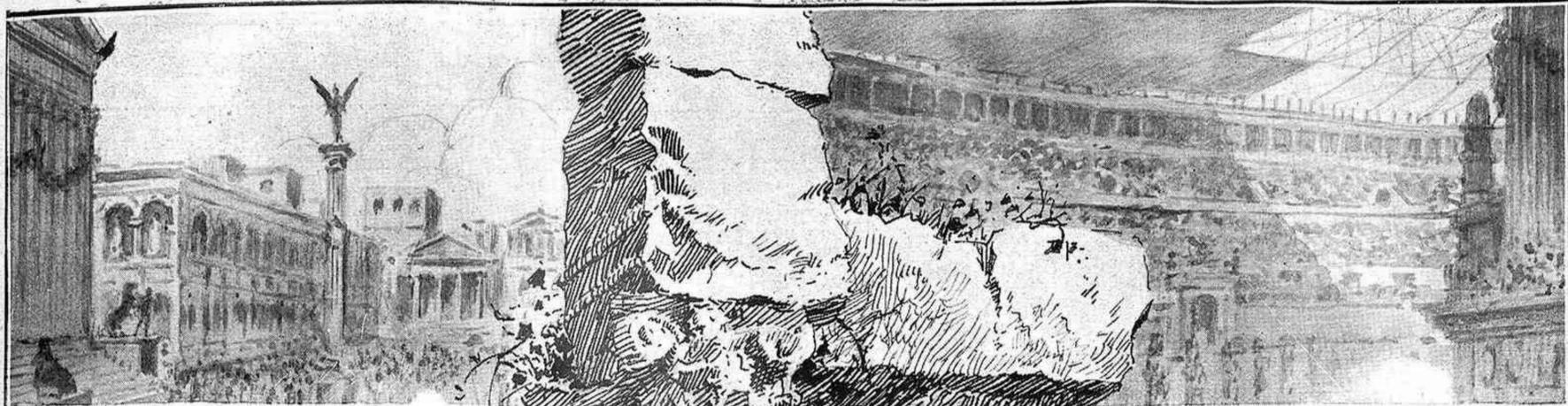
LAS FIGURAS DE LA ROMA CLÁSICA

Siempre que visito las ruinas de la ciudad inmortal me asalta el mismo desaliento. El lenguaje moderno carece de expresión propia para dar idea de aquella grandeza. Se requeriría el espondeo clásico y descendiendo del yambo, las cláusulas rotundas de la prosa latina. Se hundieron las basílicas imperiales y arrastraron entre sus escombros el hipébaton mayestático. El pasado de la Roma mater entró mudo en la posteridad.

En unos cuantos minutos, por una calle misera, vecina á la gran plaza de Venecia, se llega al sagrario de la ciudad histórica. Es un salto del estruendo ensordecedor de una capital moderna al silencio supremo de una ciudad muerta. La primera visión es de un efecto mágico. Surge una verja sobre una desolación inmensa, hundida en un hoyo enorme, en una socavación del terreno. De momento no se define nada el espectador; sólo se da cuenta de que cuanto contempla está completamente destruido.

El deseo de bajar al Foro se adueña en seguida de la voluntad. Adquiero mi billete y salvo el recinto. Son pocos los devotos. La tarde, de cielo cubierto, invita á la jornada y acentúa la pátina de tristeza de las piedras. Sorteó los mogotes y los escombros y voy viendo de cerca las amputaciones de las pilastras y las heridas de las tapias, unas abiertas, como si aún sangraran, otras caritativamente vendadas por los musgos. La hierba, piadosa y buena, siempre prestó á las ruinas el consuelo de sus blandos tapices de césped. Oigo á mi lado una voz queda: ¡Dóminus! Me vuelvo estupefacto. ¡Un guía que habla latín! Y descubro un hombre imberbe, en la fuerza de la edad, vestido extrañamente con túnica y toga de lana blancas; la túnica le cae por delante hasta la rótula; por detrás le baja hasta la pantorrilla; los vuelos de la toga se los echa sobre la espalda; en los pies el peco, el calzado del vulgo; es un romano del imperio. Pese á sus formas corpóreas, hay algo en él de fantasma. Su voz parece salir de un sepulcro. Y sin darme tiempo á reponerme, exclamo:

—Soy un retórico, señor, de la escuela de Plinio. Yo he cantado en exámetros á esas molduras, á esos plintos, á esos bajorrelieves cuando los coronaban el jaspe y el oro; he cantado en los pórticos de la basílica *Aemibia*, en las mañanas de mercado, las glorias del imperio; y hoy, muerto todo y muerto yo, vengo á vagar entre estas ruinas, con la esperanza de tropezar con alguien que sienta el alma de Roma. Os he acechado. ¡Sois un observa-



dor y, por tanto, un apasionado? ¿Queréis que os ilustre?

Y echa á andar sin darme tiempo á asentir.

—Pido á los dioses su divino numen para que mis palabras tengan fuerza de buril. ¡Que Jove las cincele! Fijáos, señor, en que Roma era la ciudad de las columnas, las palmas de la Arquitectura y por ende de los pórticos. Esas ocho columnas lisas fueron el templo de Saturno que encerraba el tesoro público... Esas tres estriadas, el de Vespasiano... Esas tres jónicas, el de Cástor y Polux. He ahí las dos grandes basílicas—tenían más de cien metros—: el fausto del Forum; la Julia y la Emilia. Sólo quedan largas líneas de basas: la columna, siempre la columna, señor. Ved el atrio de Vesta y el templo de Faustina y de Regia... ¡Qué desolación, señor! Plintos, capiteles, escalones, sillares, todo hecho pedazos... Las nervaduras de ladrillo sin piel de mármol. La muerte de las cosas más horrible que la de las personas, porque no es sepultura... Sólo perduran, casi incólumes, esos tres arcos: el de Septimino Severo, el de Tito y el de Constantino. Mordidos por el tiempo; pero conservan labores ornamentales, figuras alegóricas, bajorrelieves. ¡Ah! Viérais, señor, todo este espoliarium animado por la vida, los senadores yendo á la sesión, los comerciantes abriendo sus tiendas, los esclavos comprando las vituallas del amo, las damas patricias escudriñando los escaparates de los orfebres, los hastiarios, de lanza y cota, de centinela ante las puertas del tesoro, los curanderos rodeados de mirones y oyentes, y los vates, ¡yo mismo!, recitando en medio de un coro pasajes de la *Eneida*. ¡Y bajo el sol de fuego y el cobalto del horizonte el oleaje blanco grana, pardo, de las túnicas, y dondequiera el oro de las cúpulas, el jaspe de los fustes, la elegancia de los pórticos, los fastuosos pentastilos, las pentélicas estatuas. ¿Por qué han de perecer tales grandezas?

La voz de la elegía calla unos instantes.

Y héteme siguiendo la vía Sacra en el epílogo de mi paseo por la antigüedad, ante la masa enorme del Coliseo. Le descubro por su costado Sur, que es el que mejor se conserva, y salvo mordeduras parciales en tal cual capitel, en esta ó la otra voluta, muéstrase toda la armónica belleza de sus cuatro pisos de arquerías, que permiten apreciar las proporciones gigantescas de la fábrica. Andando unos metros surge la parte derrumbada; ya no quedan más que dos pisos, destrozadísimos, en pie. De este Circo se sacó la mayor parte de los sillares para construir los palacios de la ciudad. El tiempo, implacable, contribuyó á la destrucción... Las lágrimas, la sangre vertida en ese recinto, han quedado vengadas con el destrozo.

El Coliseo asombra, pero abruma; á la vez que la admiración despierta el anonadamiento. Mi memoria evoca la impresión que me produjeron las ruinas del teatro romano de Arles. Se adivinaba allí el esparcimiento del espectáculo honrado y puro. Edificar para oír á Terencio será siempre motivo de enaltecimiento. El Coliseo, por el contrario, es una manifestación de brutalidad grandiosa, pero brutal. Es el pueblo sin freno y el poder regulador halagando sus apetitos, que él mismo siente; es la muchedumbre entregada á su salvajismo colectivo, á lo que el hombre tiene de bestia... los gladiadores, los mártires, la sangre, la muerte, el bello gesto de la muerte «artística», del «sabor morir en público».

Las proporciones de esta fábrica del Coliseo, que se diría levantada por cíclopes, se aprecian más exactamente en su interior. Desde el último piso, en que se enganchaba el *velarium*, no se advierten á simple vista las facciones de los turistas; asomados en la pista, tras de la barandilla que divide la arena cubierta, de la mitad que muestra los muros informes, á muchos pies de profundidad, formando cubículos y mazmorras. Cuando la curiosidad impulsa á hundirse en los subterráneos, se siente un espanto retrospectivo al considerar que un día es-

peraron allí el momento de morir, entre aquellas lóbregas y sudantes paredes, seres humanos inocentes. Respiré á mis anchas cuando me vi de nuevo en la arena. Mi guía fantasma, que no me ha soltado, recobra la palabra.

—Viérais, señor, esas gradas de ladrillo revestidas de mármol, el *podium* imperial colgado de tapices, flanqueado de columnas, decorado con guirnaldas y medallones. El emperador, con su toga de escarlata, coronado de laurel; los patriotas y senadores, de púrpura; las vestales, de blanco. El pueblo, cien mil espectadores, toda Roma, esparcido en esas ochenta andanadas, jadeante de frenesí, ronco de gritar, bebiendo agua de cisterna, abrasado por el sol, á pesar del *velarium*, que no sólo amparaba al público, á primates y plebeyos, sino que llegaba hasta los que tenían así el consuelo de morir á la sombra. ¡No os indignéis, señor! ¡Los que morían eran esclavos!

Dos exclamaciones, una iracunda, proferida por una voz de hombre, otra resignada, salida de labios de mujer, resuenan á mi lado y veo ante mí dos figuras de bajorrelieve, con vida humana. Una es la de un mancebo rubio tendido en tierra, cubierto con un manto de alambre y empuñando un machete en la diestra. Aún su brazo izquierdo sujeta el protector escudo. Se incorpora; tiene el pecho abierto por una herida sangrienta que tiñe de rojo su túnica. Y habla con acento agónico:

—Yo, señor, nací en la Bacia, orillas del Danubio; luché por mi patria, fui vencido, no hube la suerte de morir en el campo de batalla. Prisionero y aherrado, formando parte de un rebaño humano de dolor, enjugando la sangre de mis pies con el polvo de los caminos, trajéronme con otros compatriotas míos á esta licenciosa Roma, para servir de befa á una plebe brutal y á unos patricios prostituidos. Y escapado á las espadas de los legionarios de Trajano, he sucumbido en la arena del Coliseo, bajo el cuchillo de otro infeliz como yo y entre los aplausos de vestales y matronas, entusiasmadas de mi último gesto, á la sombra del *velarium* de que ese ironista sin corazón os ha hablado en su relato.

La otra figura es la de una joven, casi una niña, de rostro angelical, con la facies lívida, pero tranquila, de una muerte serena, enteramente desnuda y cubiertas sus formas púberes por la cascada de una lengua cabellera. Está atada á un poste artístico, colaborador inocente del suplicio de la doncella. Llagas horribles horadan la piel de su costado; son huellas de dientes clavándose en su carne virgen y delicada. Y con un hilo de voz murmura elevando sus ojos al cielo:

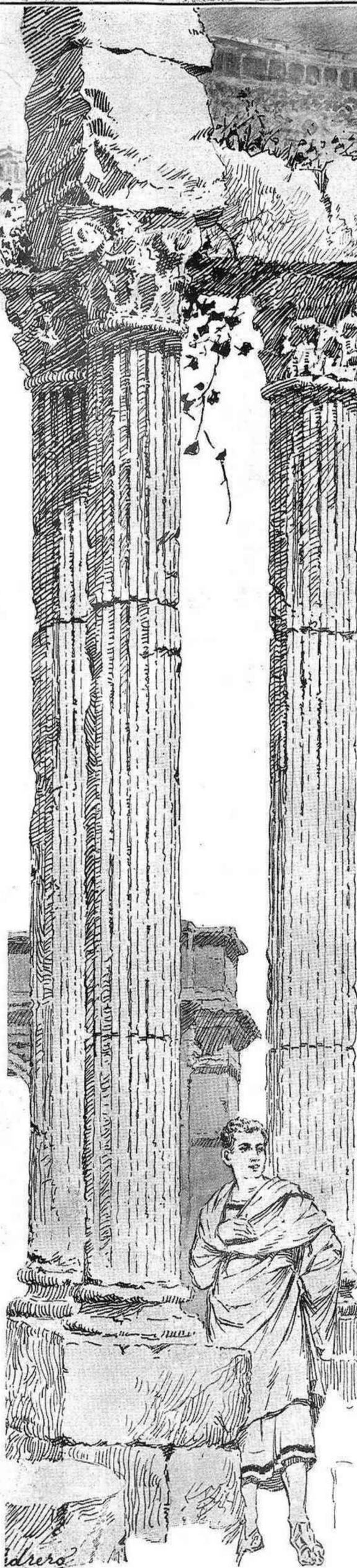
—Yo, señor, soy hija de un convertido, y como mi padre profesé en la fe cristiana. Viví, un tiempo, en el refugio de las catacumbas de San Calixto; pero en cuanto dejé la sombra, los sicarios de Domiciano, que me acechaban, me comprendieron en su segunda persecución, de la que soy una de las víctimas, echándome á las fieras del Coliseo. En él entregué mi alma á Dios, despedazada por un tigre... Ese hombre que os acompaña es, quizá, uno de los sofistas que cerraron contra nuestras doctrinas, que contribuyeron á mi muerte. ¡Dios le perdone!

Dejé el Circo bajo la impresión sombría de aquellas figuras trágicas...

Y esta vez las fuentes de la plaza de Navona no consiguieron desvanecerme del todo mi ensueño evocador de la Roma trágica, de la Roma de las catacumbas y del Circo. El murmurar de los surtidores me sonaba á sollozos.

ALFONSO PEREZ NIEVA

(Dibujos de Pedrero)





Universidad de Manila

ESPAÑA tiene hoy ante el mundo de habla castellana un alto patronato y una misión espiritual que cumplir. En esta labor, más que de raza, de Humanidad, se encuentra con pueblos de su mismo origen en plena gestación de su soberanía; otros sólidamente cimentados, pero aún alertas ante peligros futuros; pequeños Estados falsamente independientes y pueblos que ansían esa independencia, capacitados, conscientes de su aspiración, pidiendo al mundo civilizado atención e interés por sus nobles deseos reivindicadores. Y ante todos ellos va adquiriendo en estos momentos de revisión de valores internacionales una fuerza real, cierta, de verdadero prestigio, la que fué nación civilizadora, la que a pesar de insidias, despojos y campañas cruentas e injustas, supo sostener y elevar ese concepto de raza, que oculta en el fondo de su aspecto lírico una fuerza de atracción y un noble pretexto para la *defensa y sostén* de esas nuevas soberanías, tan grandes y progresivas, y, sin embargo, tan amenazadas de una desnacionalización evidente.

En la España contemporánea deben ver los pueblos de origen español la aliada espiritual más poderosa, el refugio seguro de sus anhelos en Europa, la *defensora* desinteresada y noble que ante los propósitos encubiertos imperialistas y materiales impone el Derecho y la Justicia, ya que no el poderoso motivo del origen, del mismo idioma y de la tradición.

No es un vano intento lírico, ni una romántica evocación de glorias preteritas; este preámbulo es la preparación de un movimiento de opinión franco que hoy ya tiene positivo arraigo en la juventud y en el pueblo de esas nacionalidades, pero que ha de constituir un fundamento para su política interna y externa, ya que no encerrando hostilidades encubiertas se ofrece como movimiento abierto de defensa y de reivindicación.

Sobre intereses financieros de determinados grupos y sobre aspiraciones imperialistas de pueblos

potentes, debe estar la libertad y la soberanía de pueblos débiles, pero respetables en sus organizaciones; para algo asistimos a la gestación de la voluntad internacional propicia al respeto de todas las soberanías. Y en esta creencia todos los pueblos de origen español dirigen su mirada a ese símbolo representativo manifestado en la estatua gigantesca de la Libertad, erigida en el primer puerto marítimo del mundo.

•••••

Y ya que España ha iniciado su labor frente a la América española, y ya que España se ha impuesto esa misión espiritual, no debe olvidar a su preciada y antigua colonia, a Filipinas, ese rincón maravilloso, donde aún vive potentemente el alma española.

Filipinas, respetuosamente, sin un espíritu hostil, admirando a la nación que hoy rige sus destinos y que tan profundamente ha elevado sus organizaciones y ha hecho del Archipiélago emporio de riquezas, pide el cumplimiento de una promesa, la

realización de lo ofrecido en el preámbulo de la Ley Jones, establecida para declarar el propósito del pueblo de los Estados Unidos con respecto a la futura condición política del pueblo de las Islas Filipinas.

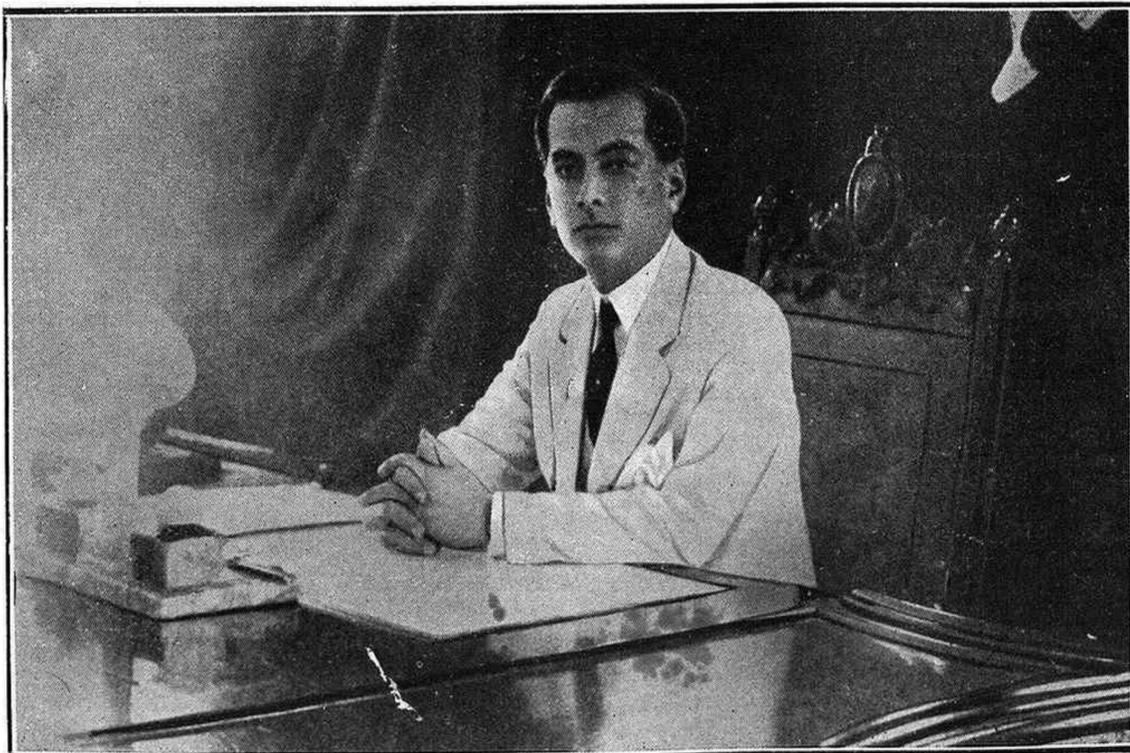
En ese preámbulo se ponen de relieve los buenos deseos de Norteamérica con relación al Archipiélago: «Por cuanto no fué nunca la intención del pueblo de los Estados Unidos, al iniciarse la guerra con España, emprender una guerra de conquista ó de engrandecimiento territorial, y por cuanto es y ha sido siempre el propósito del pueblo de los Estados Unidos renunciar a su soberanía sobre las Islas Filipinas y reconocer la independencia de las mismas tan pronto como pueda establecerse en ellas un Gobierno estable; y por cuanto es conveniente, para la pronta realización de dicho propósito, conferir al pueblo de Filipinas un poder tan amplio sobre sus asuntos interiores como sea posible, sin menoscabo de los derechos de soberanía del pueblo de los Estados Unidos, a fin de que mediante el uso y ejercicio del sufragio popular y de los Poderes gubernamentales el pueblo filipino

pueda estar mejor preparado para asumir plenamente las responsabilidades y gozar de todos los privilegios de una independencia absoluta...»

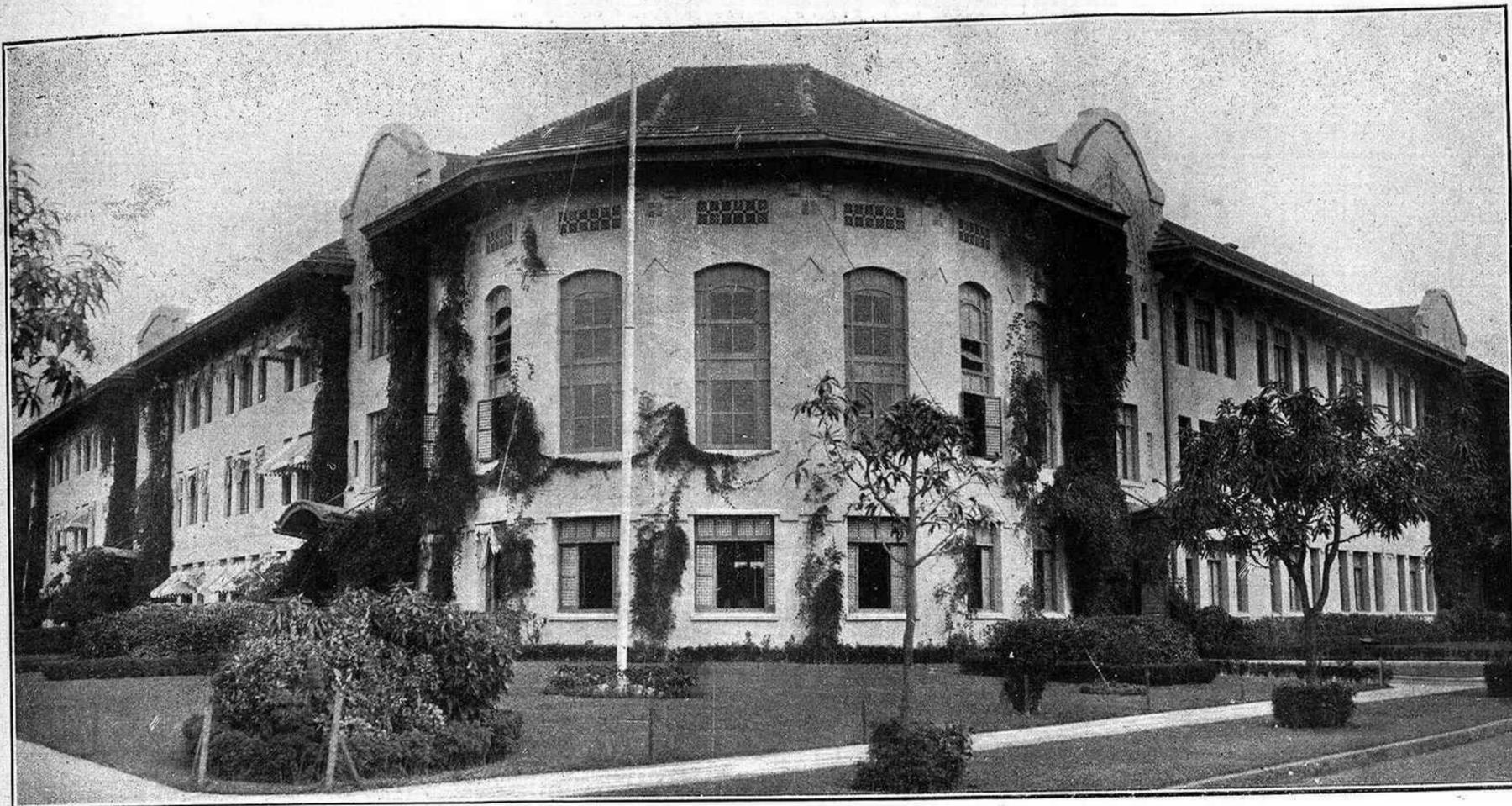
Inspirados y basados en este noble y franco ofrecimiento los partidos y los grupos políticos del pueblo filipino, la principal aspiración fué la de llegar a constituir un *Gobierno estable* y la de unificar todos los esfuerzos y todas las voluntades a fin de conseguir la *independencia absoluta*. La Ley Jones, con su contenido amplio, noble y haciendo honor al ideal de democracia del pueblo yanqui, hizo que Filipinas desarrollara una intensa labor, que se coordinasen todas las voluntades y que progresivamente se fuera cimentando una incipiente, pero vigorosa nacionalidad.

•••••

Hoy el pueblo filipino cree llegado el momento de interesar al mundo



MANUEL L. QUEZON
Presidente del Senado filipino



Escuela Normal de Manila



civilizado en sus nobles deseos de independencia.

Norteamérica está comprometida moralmente á reconocer la independencia de Filipinas. El mismo Wilson, en su Mensaje al Congreso, reconoció que ésta había cumplido la parte que le correspondía: «instauración de un Gobierno estable»; también Dewey y el cónsul Pratt, de Singapoore, habían pro-

la solución más ventajosa del problema de Filipinas. Esta se contentaría con que se le reconociera una independencia política á base de mayor cooperación económica.



Ante los jóvenes representantes del pueblo filipino, Osmeña y Quezon—estadistas educados simultáneamente en la escuela latina y en la sajona y con reminiscencias sutiles orientales—, y Manuel Roxas, Teodoro M. Kalau, Pedro Guevara, Gabaldón..., colaboradores eficaces y competentes en la labor gubernamental, se ofrece el imperialismo norteamericano (Wall Street y los hombres de

atendiendo al compromiso del pueblo yanqui por la Ley Jones.

El problema que se presenta ante esos representantes debe ser resuelto con miras á la opinión dominante; una autonomía es el espejuelo que podría ocasionar conflictos irremediables y constituiría la manzana de la discordia.

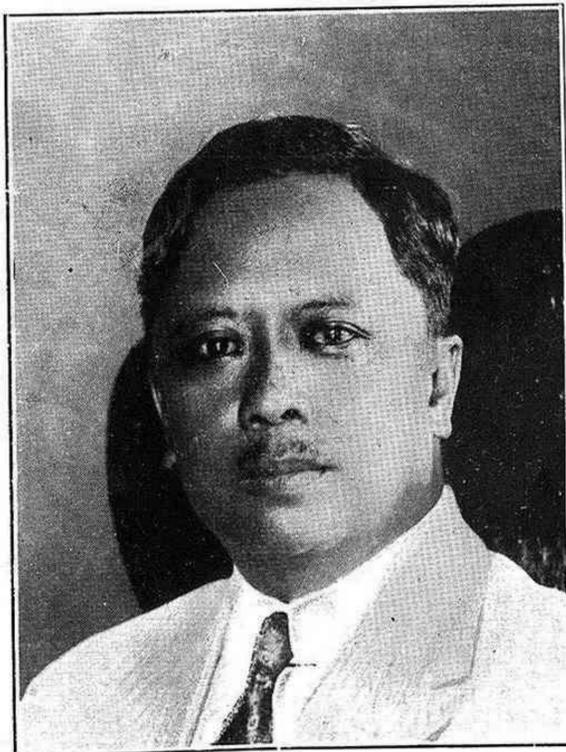
Hoy ya el problema filipino va interesando á



SERGIO OSMEÑA
Del Senado filipino

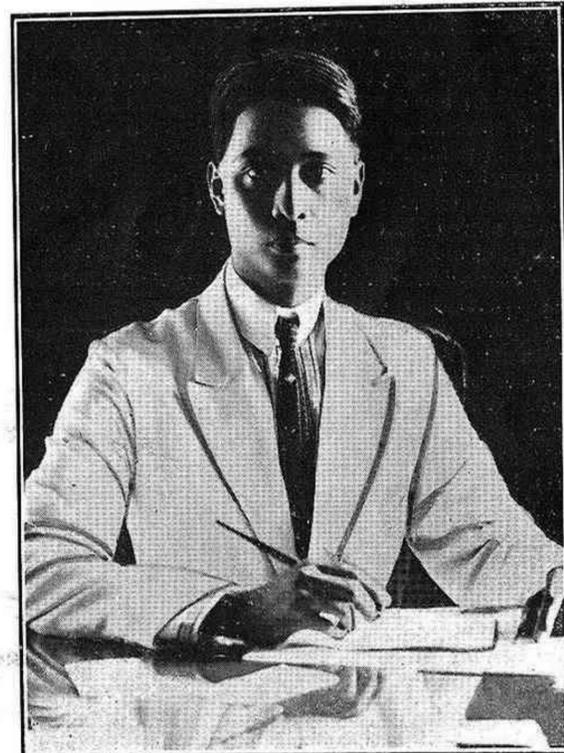
metido reconocer la independencia de Filipinas. Estamos seguros que el cumplimiento de la Ley Jones sería uno de los mayores galardones del pueblo norteamericano; evitaría con ello incidentes y episodios enojosos del futuro y rendiría un homenaje á la Libertad y á la Democracia, lemas poderosos y pregonados del pueblo yanqui. Filipinas, por su parte, no olvidaría el ascendiente de Norteamérica, los privilegios por ella concedidos, y sentaría la base de una política internacional favorable económicamente.

Estados Unidos podría seguir la tendencia política inglesa de «asociarse», en lugar de «dominar»; sustitución de títulos políticos por títulos económicos. Esta sustitución, preconocida por un escritor filipino, el Sr. Michel de Champourcin, puede ser



TEODORO M. KALAN
Secretario de la Comisión de la Independencia filipina

negocios establecidos en Filipinas), que no quieren que Norteamérica cumpla sus compromisos; por otro lado el proyecto de una autonomía ficticia (Bill Fairfield), que pondría á Filipinas en condiciones de ser anexionada definitivamente, y por otro—y éste es el movimiento de opinión dominante—los anhelos sinceros y nobles del pueblo filipino de conseguir la independencia absoluta



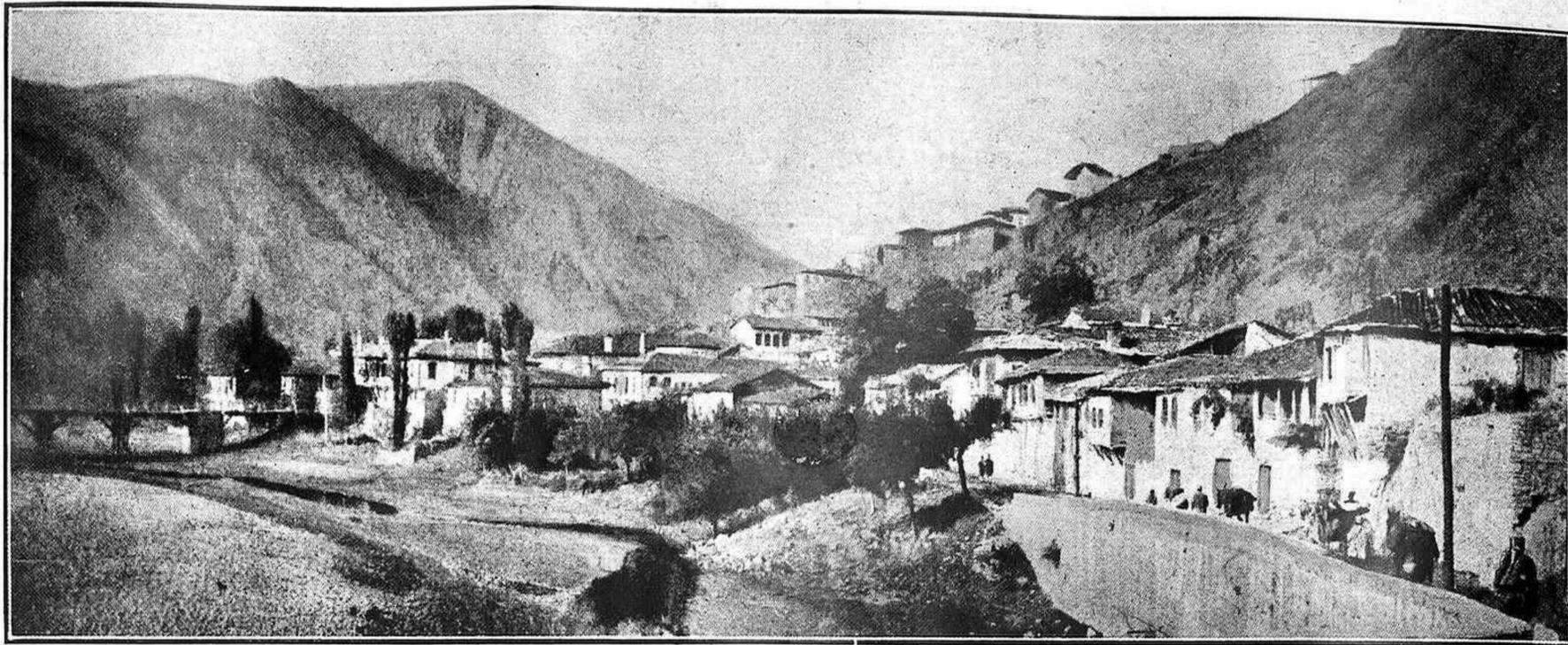
MANUEL ROXAS
Diputado filipino

otros elementos y á otras nacionalidades. España no puede ni debe olvidar á la que fué su preciada y antigua colonia. La independencia de Filipinas debe ser defendida por aquellos españoles conscientes de su misión, que ven un alargamiento y una continuación de la personalidad de España en aquellos pueblos que ella amparó y dió vida y les capacitó para esa misma soberanía que reclaman.

Filipinas debe ser para España una hija predilecta y capacitada ante el mundo civilizado que reclama su apoyo moral para lograr el más preciado y noble privilegio ó el más justo derecho de un pueblo.

J. L. PANDO BAURA

EN SERBIA Y EN ESPAÑA



La yugoeslava Istip da la impresión de las viejas villas castellanas

ESAS mujeres que véis agitando alegremente los pañuelos, en regocijo público, no son valencianas. Son serbias. Es necesario que atendamos á varios detalles de indumentaria entre los varones que forman en esa multitud—especialmente el fez—para que comprendamos que se trata del Oriente de Europa.

Al inaugurarse en el Palacio de Museos y Bibliotecas de Madrid la Exposición del Traje Regional, coincidimos un día con cierto diplomático extranjero, que no había ido allí á ver, sino á estudiar.

—Ustedes, como artistas—decía á un grupo de amigos—, admiran la armonía de los colores. Yo, como viajero, estoy pensando que si hicieran en Belgrado exposición de trajes nacionales parecería que se habían llevado la mitad de los que vemos aquí.

Los pañuelos de flecos, los delantales de telas rameadas, las puntillas; los otros pañuelos de seda, cruzadas las dos puntas sobre el pecho; ó de lana, para abrigo la cabeza, anudados bajo la barbilla; hasta el chaleco abierto, prenda masculina en todas las regiones españolas, que las serbias han adoptado, sin duda al uso turco.

Todo ello descubre curiosas y sorprendentes semejanzas, como si hubieran pasado por unos ú otros países las mismas razas, dejando las mismas formas de indumentaria popular.

La observación que puede hacer algún escéptico es la siguiente: «No se fíen ustedes del color local. Si esas telas rameadas y floreadas, así como esos pañolones de colores brillantes, son iguales en Elche y en Istip, es porque han salido de la misma fábrica suiza, alemana ó austriaca.»

En efecto: hasta en el interior de Marruecos hay tejidos tradicionales que no están hechos en telares del país, sino en las grandes manufacturas centro europeas. Pero con eso no se prueba nada contra la visión histórica del traje nacional y regional. Si venden á los levantinos españoles y á los montañeses checoslovacos es porque tienen gustos semejantes. Lo primero que debería hacer un técnico encargado de seguir la pista á esa extraña coincidencia es tratar de descubrir el secreto de los fabricantes. Probablemente no lo conseguiría, y sería

preciso volver á la historia, que, en definitiva, sería mucho más sincera y más veraz que los viajeros de tejidos y de bisutería.

«El traje de los hombres—hemos leído en una antigua descripción del reino de Valencia—se asemeja mucho al de los griegos.» Camisa, calzoncillos cortos y anchos, de lienzo, llamados *zaragüelles*, media azul, que deja descubierto el pie, alpargatas de cáñamo sujetas con largas cintas, faja, pañuelo atado á la cabeza en forma de gorro. Este pañuelo es en el tocado valenciano lo que el gorro turco en el de los aldeanos serbios que vemos en esa manifestación de regocijo popular. Ellas han vestido siempre—hasta las más pobres—con elegancia y arte «camisas guarnecidas de encaje, pañoleta cruzada graciosamente sobre el pecho, delantal cortó—también los hemos visto largos, hasta el mismo borde de la falda baja—y varias agujas de distintas formas en la cabeza». En la época de esa descripción—1840—Valencia se fabricaba todos sus lienzos, sus tejidos de cáñamo, sus paños bastos. Ninguna industria extranjera venía á proveerla, lo cual basta para probar que esas fábricas

alemanas ó suizas ó austriacas lo que han hecho ha sido respetar el tipo de fabricación de cada país. Y donde el gusto y la tradición coinciden sirven el mismo producto.

Sería interesante saber dónde se enlaza la historia de las alhajas charras con las de los payeses mallorquines, y ambas con las orientales y bizantinas. Se ve que el mundo es muy pequeño y que pronto se encuentra la huella de las emigraciones y de las colonias.

Pero la semejanza—el aire de familia—no se limita al vestido. Separando los rostros judaicos, semíticos, es visible la relación entre esas juveniles fisonomías eslavas y las que admiramos en tierra murciana, alicantina y aragonesa. «La juventud y la belleza se parecen en todas partes», podría replicarnos ese mismo crítico. Pero el principio de la sabiduría consiste, precisamente, en distinguir, mucho más tratándose de bellezas. Vamos á dar otra descripción pintoresca, pero esta vez no será del traje. Nos libramos bien de responder de ella y le dejamos en absoluto á cuenta del viajero romántico de mediados del XIX. Habla de las valencianas: «Las mujeres son encantadoras, de cutis fino y muy blanco, de bellos é interesantes ojos, de talle esbelto; amabilísimas, juveniles, y de talento; pero se les acusa de poco fieles en el amor.» Entra seguramente en la última pincelada algún despecho personalísimo. Pero el resto no está mal, y bien pueden ser así las muchachas serbias que aparecen en amable grupo al paso de un cortejo, de un ejército vencedor, ó, sencillamente, de una boda.

Hay en la Checoslovaquia actual gran número de regiones, como en España; y el paisaje de sus ciudades, villas y aldeas se parece á las nuestras, más en las zonas montañosas que en el llano. Alguna vez se alza á orillas de un río, al pie de las montañas, rodeada de olivos y de esbeltos chopos ribereños, un pueblo que en nada se diferenciaría de los caseríos asturianos ó vascos. Alguna vez ciudades, como Istip, dan la impresión de las viejas villas castellanas en el mismo período de desarrollo ó de paralización en el desarrollo.



Muchachas serbias con atavíos de boda

A. DE TORMES

L A M A R T I N E , O R A D O R

MUCHOS de nuestros grandes políticos del siglo último supieron aliar la acción con el recogimiento que las obras del espíritu necesitan para ser concebidas y realizadas. Cualquiera que fuesen las ideas que pregonaran y propagaran, fueron en gran número los que nos dejaron en sus escritos enseñanzas y doctrinas menos deleznable y perecederas que las integradas en los discursos de circunstancias, más ó menos improvisados ó solemnes, que permanecen encerrados en el *Diario de Sesiones*, ingente mausoleo de nuestro estéril sistema parlamentario en los treinta últimos años de nuestra historia.

En este extremo, como en tantos otros de la vida mental española, nuestra decadencia aparece clara y ostensible. Los grandes hombres de ayer no fueron sustituidos en España, ni á lo que se vislumbra llevan camino de serlo. Un motivo del alejamiento de los políticos de antaño á toda labor continuada acaso reconozca por causa la índole absorbente de la vida contemporánea; pero meditando sobre las causas de la esterilidad lamentable que señalamos, en el fondo de ella se descubría un escepticismo extraordinario y una carencia absoluta de ideales. Hechos recientes pusieron bien de relieve la evidencia de esos principios.

Francia, en cambio, y para fortuna suya, mantiene viviente su tradición gloriosa de los hombres públicos, que son al propio tiempo publicistas eminentes. Hoy, como en la época brillante de Chateaubriand y de Benjamín Constant, un ministro no deja de serlo para gozar muellemente las delicias del ocio. Encamina su actividad á trabajos más elevados, como si con ellos quisiera purificar su espíritu de los horrores de la lucha, siempre fecunda en impurezas.

El clásico libro de M. Luis Barthou acerca de *Lamartine, orador*, es un cuadro elocuente y magistral del ambiente en que el gran poeta realizó su obra política, que tantos desengaños y amarguras le acarrearía.

En Mayo de 1834 Lamartine pronunciaba su primer discurso. Trataba en él de la cuestión de Argelia, afirmando la política de las grandes colonizaciones y rechazando el abandono de la posesión como una idea antinacional, antisocial é inhumana. El gran estadista se preguntaba ante la Cámara si ésta había descendido al grado de materialismo social en que la aritmética sola preside á las resoluciones de los Consejos de la representación nacional y de los Gobiernos.

Con una visión certera de los destinos venideros de la política colonial, Lamartine rechazaba en la provincia africana un general por todo gobierno;



LAMARTINE

un ejército por toda institución; una espada por toda política». Quería, la quería en 1837, la intervención del Poder civil, á fin de plegar la gloria misma de los generales, inclinada comúnmente á las aventuras, á una política previsora y moderada.

Cuatro discursos dedicó Lamartine á los asuntos de Argelia, y en todos ellos se anticipó en muchos años á las ideas de sus contemporáneos. La mayoría de la Cámara, á quienes las verdades prematuras perturbaban y desconcertaban, oyó las oraciones del gran poeta presa de la mayor impaciencia. En diversas ocasiones memorables el poeta, convertido en estadista por la virtualidad de sus grandes facultades y por su amor al pueblo, sobrepusó la perspicacia de Thiers, cuya autoridad era ya grande en los Consejos y en las Asambleas, principalmente en las cuestiones financieras y diplomáticas.

El genio de Lamartine resplandeció y surgió para consagrarse íntegro al culto de la verdad y al de la patria en las cuestiones relativas á los

ferrocarriles, inventados en aquellos años. En cambio, el primer Presidente de la tercera República tuvo la fatalidad de incurrir en errores irrisorios en una cuestión tan vital. Bien que M. Thiers conviniera buenamente en que los ferrocarriles «ofrecían ciertas ventajas para el transporte de viajeros», reconocía solamente la utilidad de algunas líneas de limitado recorrido que llegaran á poblaciones grandes como París; y cuando ocupó el Ministerio, en 1836, dijo que se daría por satisfecho con la construcción anual de cinco leguas de vía.

De esta opinión singularísima participaba también en la Asamblea el astrónomo Arago. No contento con afirmar que el tránsito de viajeros por el túnel de Saint-Cloud los exponía á catarros pertinaces, aseguraba también que el transportar á los soldados en vagones acabaría por convertirlos en inhábiles para las grandes marchas. Y lo más sorprendente del caso, si cabe todavía mayor sorpresa, es que los cronistas literarios de la época se inspiraban ó participaban al menos en las opiniones y pareceres de parlamentarios tan eminentes.

Teófilo Gautier escribía páginas divertidísimas, burlándose del ferrocarril y sus destinos ulteriores al través del tiempo. Lamartine comenzó por afirmar en la Asamblea la urgencia inmediata de construir la línea de París á Bruselas, á fin de que Francia se mantuviera al nivel de la industria y de la civilización de los países vecinos.

El glorioso autor de *Servitude et grandeur militaire*, acomodando las ideas á su aristocrático temperamento, era enemigo de que los poetas se mez-

claran en los destinos públicos, evitando «el camino cenagoso de la vida real». Lamartine demostró con los actos de su vida pública que las cualidades más hermosas del hombre interior pueden asociarse con las del hombre de acción, formando un conjunto armónico. El cantor de *Elvira* es también el historiador de los girondinos; mas de todas suertes la rareza del caso constituye un fenómeno casi singular. Lamartine desmiente la teoría del poeta encerrado en su torre marfileña.

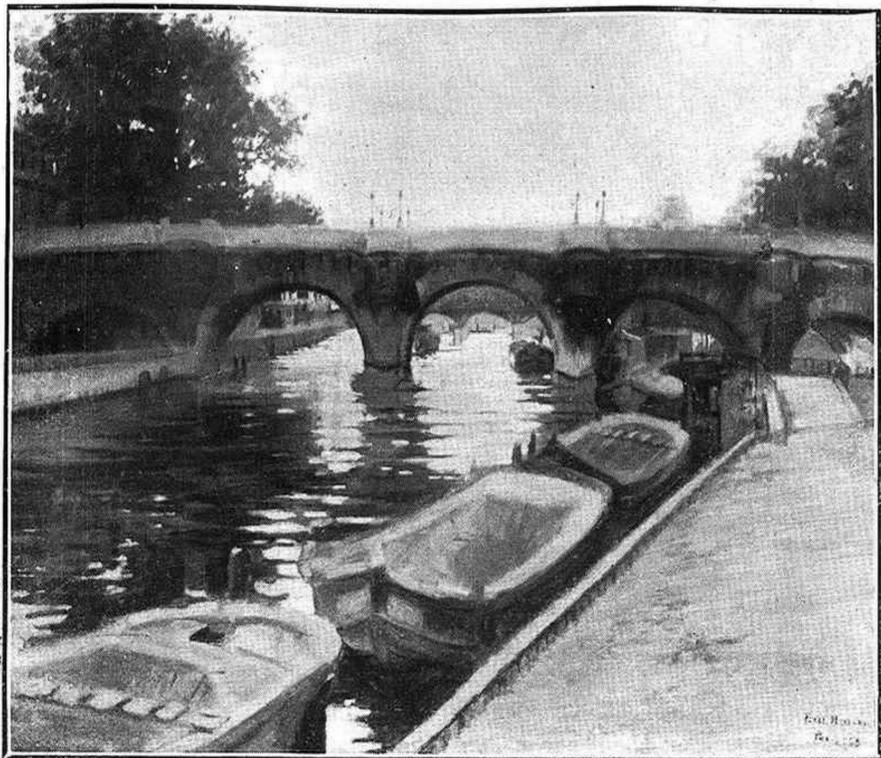
En la tribuna fué Lamartine un vidente. Predijo concretamente la apertura del istmo de Suez, el segundo Imperio, la unidad alemana, el sitio de París, la guerra civil que siguió al sitio. Fué además el primero que trató de la cuestión social en las Asambleas.

La colección de sus discursos, reimprimos ahora en París, constituye un semillero de enseñanzas, además de ser una obra artística de primer orden.

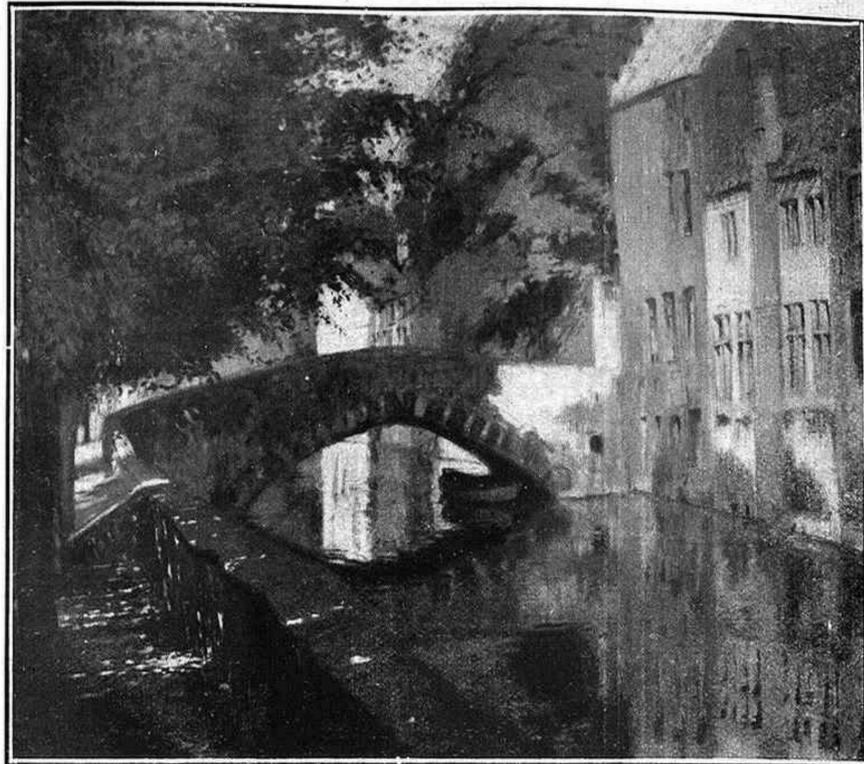
C. R. SALAMERO



LA PAISAJISTA MARÍA PÉREZ HERRERO



"Puente Nuevo" (Paris)



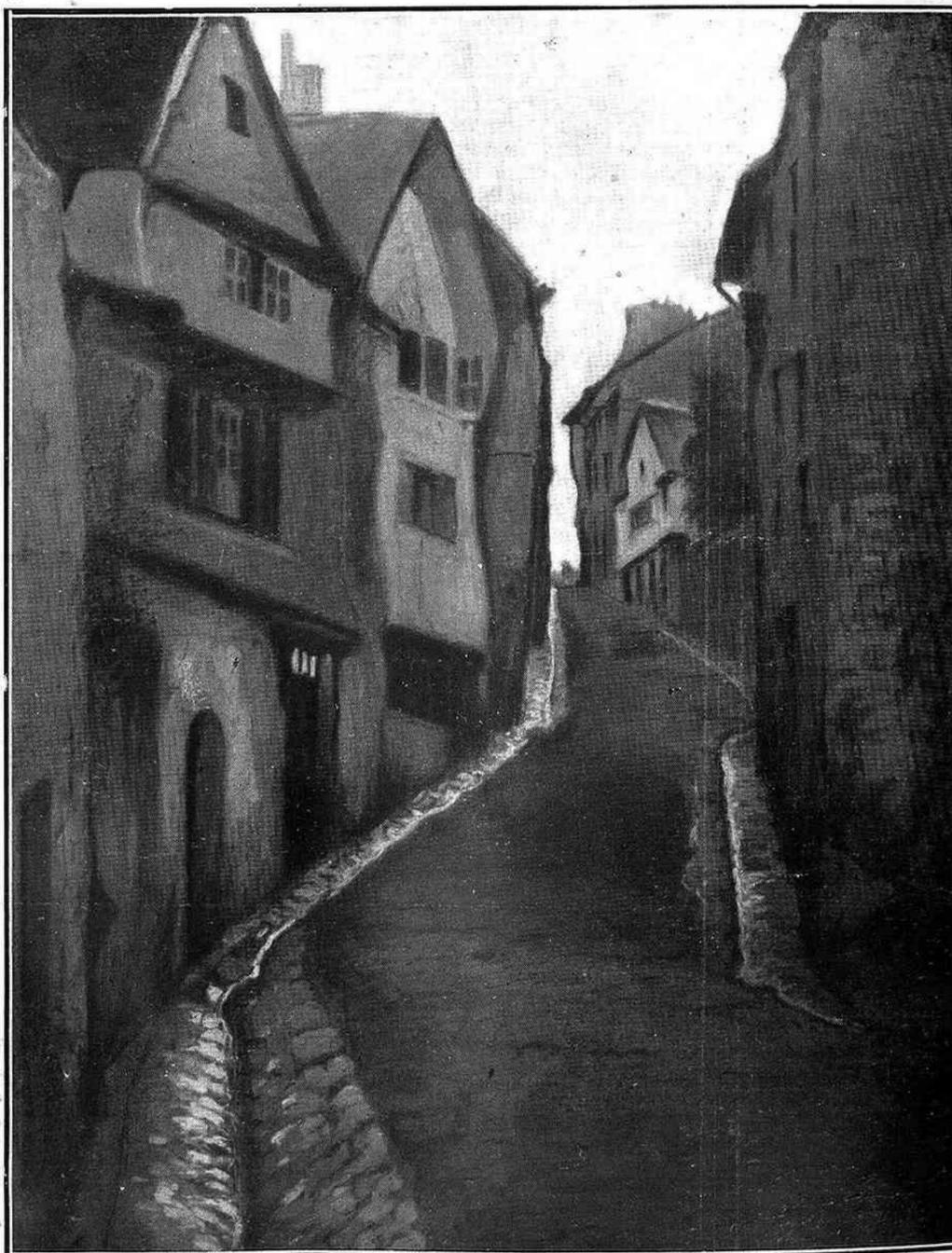
"Barrio Verde" (Brujas)

Al cabo de dos años volvemos á encontrar en el Salón del Círculo de Bellas Artes obras de María Pérez Herrero, la joven paisajista que durante ese lapso de tiempo ha pintado fuera de España, pensionada oficialmente por el Estado.

Fué en la primavera de 1923 cuando vimos sus cuadros de lugares madrileños, sus jardines de Aranjuez, sus evocaciones serraniegas, y pudo apreciarse entonces cómo la señorita Pérez Herrero estaba bien orientada dentro de las facultades propias, sin pedir á las ajenas influencias otra condición que la inherente al valor asimilativo peculiar de ellas.

Quiere decirse que ya entonces la señorita Pérez Herrero tenía cabal concepto de la personalidad y de la sinceridad artísticas, sacrificando incluso una parte de éxito fácil que á otros pintores, menos honrados estéticamente, logran con efectismos grotescos y extravagancias externas.

De cómo la señorita Pérez Herrero ha sabido conservar intactas esas cualidades suyas, immaculado el respeto á las nor-



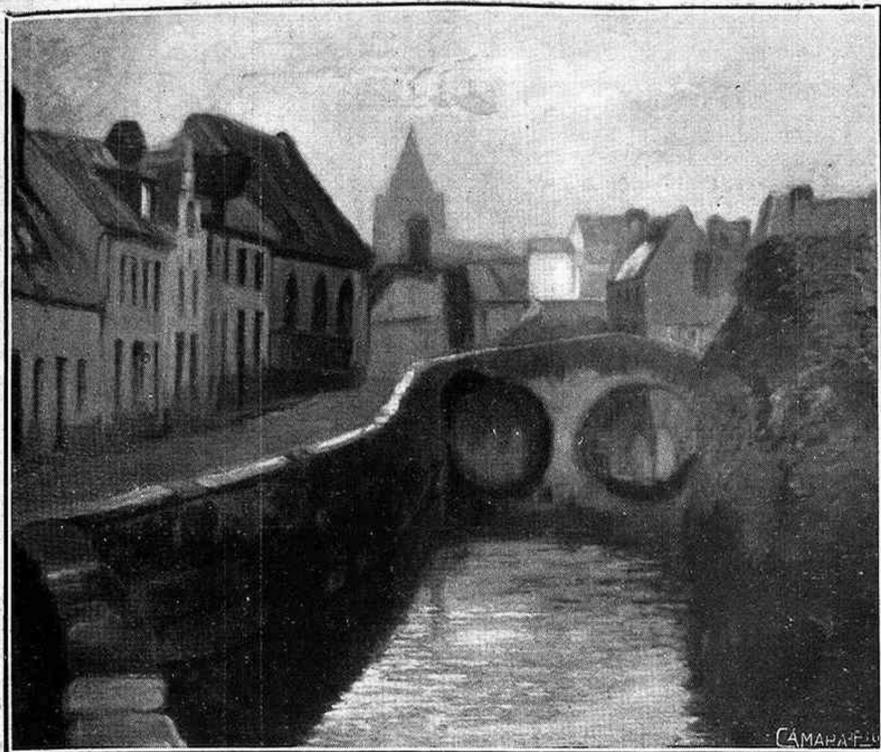
"Calle Larga" (Bretaña)

mas iniciales de su arte, dan testimonio los cuadros que ahora exhibe en el Salón del Círculo.

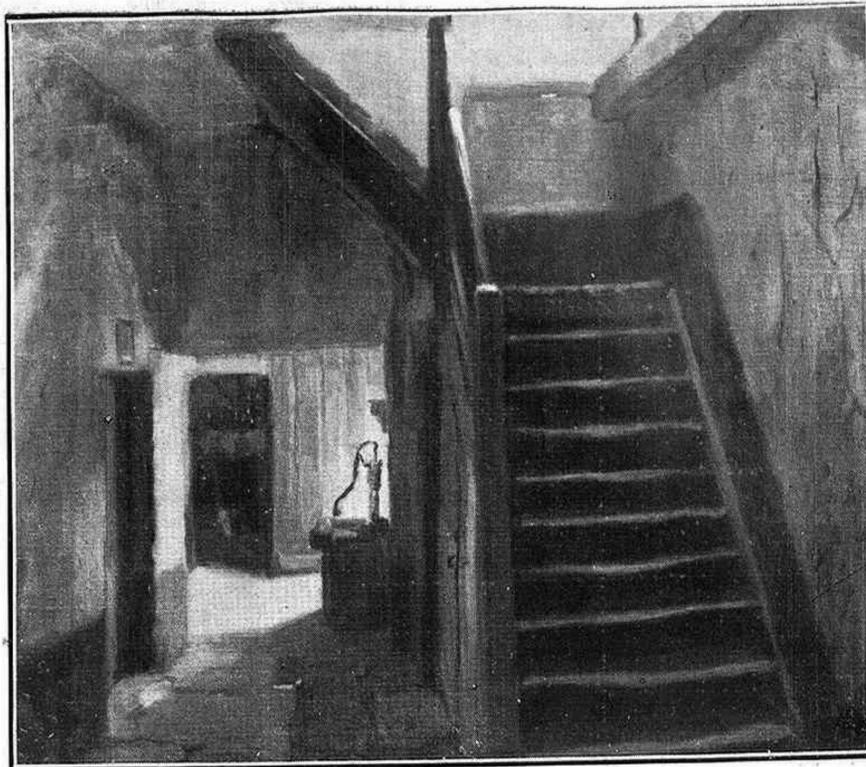
Se ve que la joven artista no ha sufrido el—después de todo lógico y excusable á medias—espejismo de los extravíos artísticos de la actual desorientación pictórica en Francia. Se adivina en seguida que aprovechó más el tiempo en nuevas contemplaciones solitarias de la naturaleza que lo



MARIA LUISA
PÉREZ HERRERO



"Puente" (Brujas)



"Interior" (Brujas)

malgastara en cenáculos, tertulias y empachos teorizantes. Entre sus cuadros de hace dos años y los de ahora hay la diferencia de motivos y lugares, tal vez una mayor pompa decorativista y cromática; pero subsiste la simpática sinceridad técnica y el parco sentimentalismo que la presta alma.

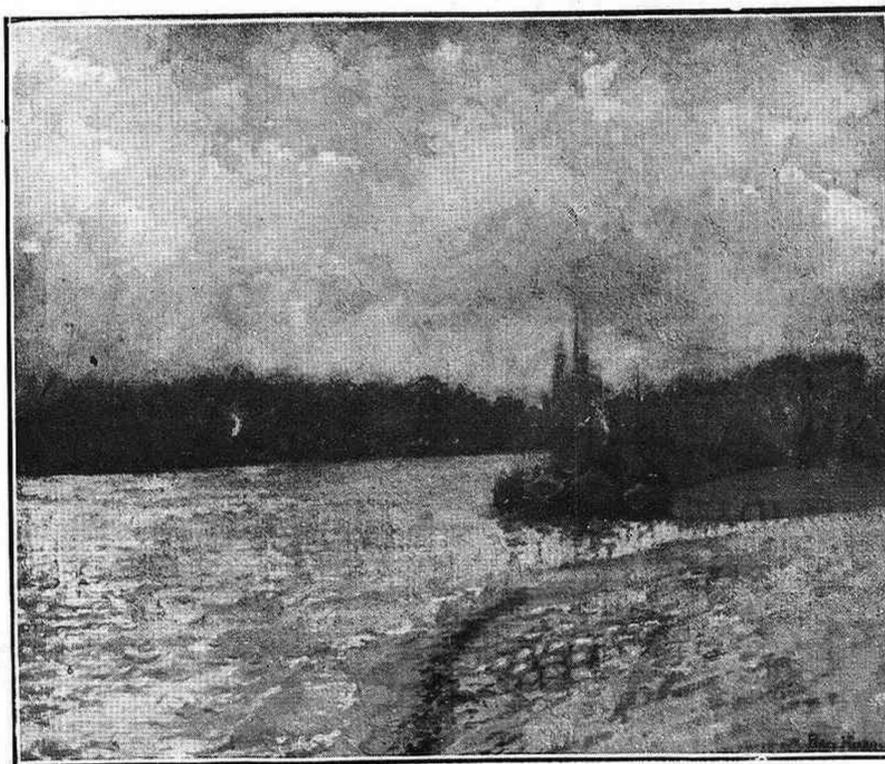
Nuevamente los sitios románticos, las silenciosas y recoletas umbrías, las dulces miradas de un espíritu soñador á escenarios propicios para los líricos deliquios. Nuevamente ese amable sentido de quietud henchida de sugerencias que la señorita Pérez Herrero ha aprendido en uno de sus indudables y tácticos maestros: Santiago Rusiñol.

◊◊◊◊

En la actual Exposición hallamos la ratificación de esa preferencia sentimental de la señorita Pérez Herrero por los lugares de ensueño interpretados comprensivamente.

Y aun en aquellos lienzos que más pudieran alejarnos del concepto idealista que tiene la señorita Pérez del paisaje, exalta la vulgaridad del tema ó diríamos «teatraliza» el asunto demasiado banal y apagado.

Porque no busca tanto los estados anímicos, á la manera *amielana*, cuanto el valor escenográfico del paisaje. Sus cuadros son excelentes ejemplos para sugerir fondos á los escenógrafos con su síntesis decorativista y su realismo aseguible á todo el que les contempla.



"Tarde gris" (Paris)

¡Qué admirable escenario, por ejemplo, para una poematización teatral de *Brujas la muerta*, de Ródembach! O para algunas de aquellas deliciosas evocaciones que el gran escritor belga reunió en su *Museo de beguinas*.

La señorita Pérez Herrero ha sido como una beguina más en la ciudad henchida de ternura y de belleza. Ha presenciado el desfile lento de los cisnes blancos en las aguas dormidas de los canales; se deslizó en silencio á lo largo de los muros viejos de casas y conventos, entre el vuelo blanco de las tocas y los mantos negros de las mujeres recoletas, hacia el lago *Minnewater*, el «agua donde se ama». Buscaba los rincones propicios para ir copiando colores radiantes ó mortecinos, bajo uno de aquellos nichos piadosos donde una virgen de ingenua y tosca talla sostiene en su mano la inscripción: «Soy la Inmaculada.» Y sobre su arte los campanarios—*Oh! ces cloches perma-tes, tout le jour balançant leurs encensoirs noirs*—iban tendiendo las sutiles veladuras de su melancolía.

Está lograda así la sensación de ambiente callado, de plácida somnolencia de nostalgias marchitas...

Por todo esto, la Exposición de la señorita Pérez Herrero es algo muy considerable en su labor personal y muy digno de estimación en el excelente conjunto de paisajistas de nuestro momento.—SILVIO LAGO



"Calle de Brujas"

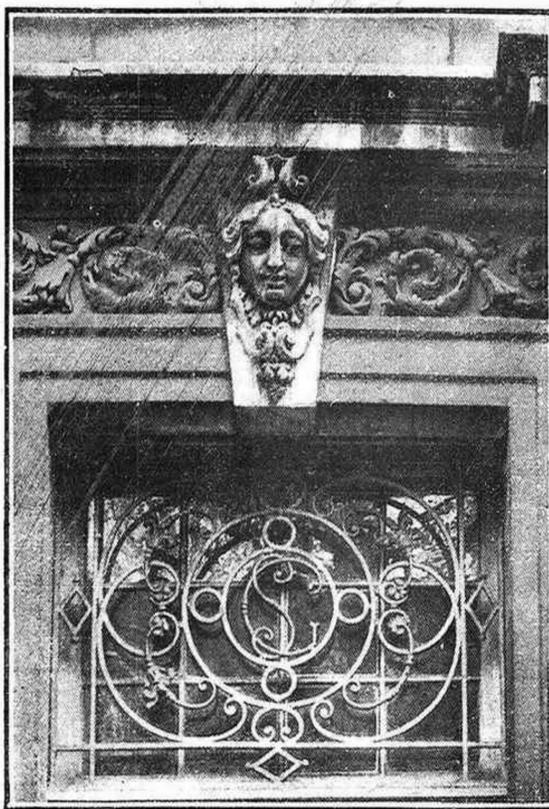


"Beguinado" (Brujas)

(Fots. Cortés)



SONRISAS DE LA PIEDRA



En las carátulas de piedra se encuentran á veces sonrisas que dan un especial ánimo.

Se iba distraído, se pensaba en la severidad de la vida; todo en el paseo del pesimismo tenía una inerte indiferencia, cuando al levantar la vista en lo alto de un portón hemos encontrado una sonrisa de piedra. Inmediatamente ha influido en nuestro ánimo esa sonrisa tallada en piedra, esa sonrisa invariable bajo todo tiempo y temperatura, siempre igual, por fea que se ponga la Historia, por más que pase por la calle una de esas procesiones de féretros de las catástrofes.

Muchas veces nos han reconfortado las sonrisas de piedra, como diciéndonos: «La sonrisa debe ser un lema impertérrito de la vida, y ante ella se deben deshacer todos los acontecimientos.»

El arquitecto que adoptó la carátula sonriente para decorar el portal de la casa no sabe lo que hizo de consolador y de sobrepujado, dando valentía á sus vecinos al volver á su casa los días de inquietud y dando una limosna al hombre que calleja despavorido.

Alguna vez ha tenido que suceder que alguien que iba hacia el suicidio ha encontrado en su camino una de esas caras que sonríen despacio, con sonrisa que sólo cuadrará un lejano día de ruina y desnudación. El suicida ha levantado la cabeza extasiado, como ante una visión providencial, como si se le hubiese aparecido el antisuicida.

«Bien, bien... Acepto tu lección», ha dicho el suicida á la carátula, y ha depuesto su voluntad de suicidarse, que hubiera acabado en el acto fatal, si no se encuentra la sonrisa de piedra en su camino.

En París abundan mucho estos rostros, ennegrecidos por las lluvias, que no han podido apagar el resplandor de su sonrisa, que es un zigzag claro que vibra entre la niebla.

Ha habido días en que he salido á buscar cariatides sonrientes, dando una misión á mi caminar, para que no se me ocurriese meterme en la lobreguez de un museo. ¡Magnífica exploración! Parecía alguien de la estadística buscando el número de unas señas dudosas; pero ¡qué encontramos los que tenía con las santas civiles y profanas de sonrisa pétrea!

Caritativas ciudadanas parecían esperarme y haberme comenzado á sonreír al verme aparecer á lo lejos. Todas eran como fuentes de algo más fluido que el agua; pero tan abundoso como el agua al salir de los grifos. Las había de sonrisa interior y de sonrisa exterior. Las de sonrisa interior bajaban los párpados sobre su sonriente sueño interior,

y las de sonrisa exterior abrían los ojos escultóricos, ojos con nubes del tiempo, que parecen que miran como los de los ciegos, pero que lo ven todo, porque tienen tan larga experiencia, que todo se lo han podido suponer.

—¿Qué has hecho esta tarde?—me preguntaban al volver al hotel.

—Buscar sonrisas sin engaño á través de París—respondía yo.

—¿Y las has encontrado?



—¡Ya lo creo!... Muchas, y por eso vengo tan contento... Tanto, que esta noche rociaremos nuestra cena con un vino viejo, en señal de júbilo.

—¿Un vino viejo? Eso es como las sonrisas sin engaño que dices haber hallado.

—¡Vamos! Quiero decir un vino más caro que el de todos los días; como al decir las sonrisas sin engaño de París he querido decir que son las más engañosas; pero lo son con tal claridad y con tal evidencia que satisfacen al corazón.

En alguna ocasión, la cariatide sonriente no tenía la sonrisa amanerada, premeditada que insinuó en ella el cincel de punto más fino, sino que tenía la sonrisa casual, la sonrisa amanecida en medio del martirologio del tiempo, la sonrisa que las pedradas de los chicos fueron imponiendo al modelado.

La sonrisa que los mordiscos de la noche sacaron á la gran paciencia de la piedra.

Viendo la catedral de Amiens después de la guerra, me encontré con una de esas sonrisas mártires y abnegadas.

La metralla ligera, esa que busca las cabezas para matar en el acto, había herido aquel rostro de santa callada, cambiando su expresión calma y tímida en una expresión más audaz y dotada de una media sonrisa seráfica.

Era una sonrisa dibujada por una cicatriz, pero una de las sonrisas más puras que he visto. Era la sonrisa casual, pero ¡con qué admirable y precisa casualidad! Contestaba á la ofensa con una sonrisa que desdeñaba y confundía toda la idiotez brutal de la guerra.

Muchas sonrisas de piedra he coleccionado. Ellas me han dado esperanza y fe ciega en la continuidad de los días.

Como en un patio de museo arqueológico las colecciono en mi memoria; las más vivas son las sonrisas que están redobladas por la chatunguería que ataca á las estatuas por altas que estén, pues parecen haber sido tropezadas por esas cosas enormes que pasan á hombros del tiempo en periódico trasiego, y que tienen esquinadas de muebles brutales; muebles tan tremendos como son los equinoccios, los solsticios y las estaciones.

Suaves sonrisas, que no son las exageradas de los teatros de la comedia, ni las espeluznantes de la tragicomedia; sonrisas cuya condición ática estriba en que sólo se esbozan quedándose como pasmadas en la piedra, sin acabar de decir lo que quieren ser, en el dintel de la burla siempre, como suelen estar en el dintel de las puertas.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

CAMARATIN



Tres edades distintas

y el mismo cutis suave, terso, lozano. Ese es el resultado --frecuentemente repetido-- de la asiduidad en el uso del Jabón Heno de Pravia.

Es el jabón para todos los gustos y para todas las edades. Muy puro, muy espumoso, muy perfumado. Por su calidad insuperable ha conseguido puesto preferente en los hogares españoles y en muchos extranjeros.

Cuide usted de que no falte en su casa una pastilla de Jabón Heno de Pravia. Cómprala hoy mismo en la primera perfumería o droguería que halle.

Jabón Heno de Pravia

Pastilla, 1,50 en toda España.

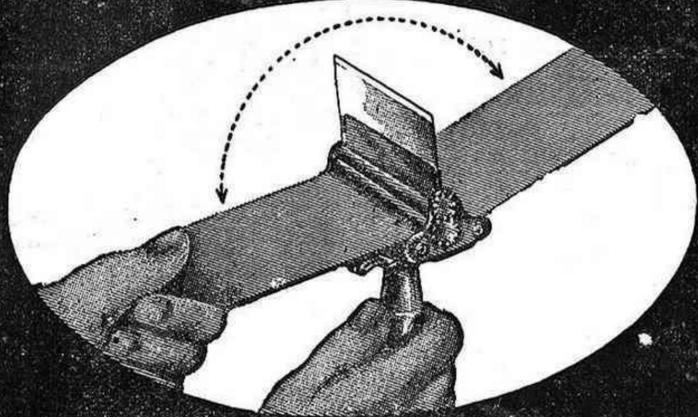
El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL
MADRID



Camara F18

Máquina de afeitar "VALET" Auto Strop



Ahorra continuos gastos por hojas nuevas

VENTAJAS PRINCIPALES:

- 1º Dispositivo suavizador que permite dar a la hoja en 10 segundos un filo finísimo sin tener que retirar la hoja de la máquina y sin necesitar ningún aparato afilador especial y costoso.
- 2º Merced a la calidad del acero las hojas pueden servir para 50 afeitadas y más ahorrando un continuo gasto por hojas nuevas.
- 3º La limpieza es sumamente sencilla, no siendo necesario retirar la hoja ni desmontar o desmontar pieza alguna.

Agencia General: HASSINGER, S.A. Balmes, 75 Barcelona



DOBLE TAPA

Esta nueva forma de estuche es muy práctica. Pudiendo abrirse por cada lado, una de las tapas sirve siempre de cómodo sostenedor de la barrita, aunque ésta esté terminándose.

Su cutis quedará más suave y fino si se afeita empleando las barritas de Jabón Williams. Esta es la marca famosa indicada para las personas de gusto aristocrático - Se vende a precios razonables en todas las buenas perfumerías.

Williams

Vente caro España F. PUIGDENGOLAS - Barcelona

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
EN LA
LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6



En el prólogo de la emocionante novela

Los cuervos

sobre el Amor

relata

"EL CABALLERO AUDAZ"

la verdad sobre el atentado de que fué víctima en París este ilustre novelista. Lea usted

Los cuervos sobre el Amor

Precio: TRES pesetas en todas las librerías de España y América

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



Se vende en todas las farmacias y droguerías.

Tos, Catarros, Bronquitis. Curación pronta y segura con **BENZODINA** Poderoso antiséptico de las vías respiratorias

ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6

MADRID

Lea usted los miércoles

Mundo Gráfico

30 cts. en toda España

UNA
PASTILLA VALDA
EN LA BOCA
ES LA PRESERVACION

del Mal de Garganta, de las Ronqueras; los Romadizos, los Constipados, las Bronquitis, etc.

ES EL ALIVIO INSTANTANEO

de la Opresion de pecho, de los accesos de Asma, etc., etc.

ES EL REMEDIO MAS INDICADO

para combatir toda suerte de Enfermedades del Pecho.

ADVERTENCIA IMPORTANTISIMA : PEDID, EXIGID, in todas las Farmacias

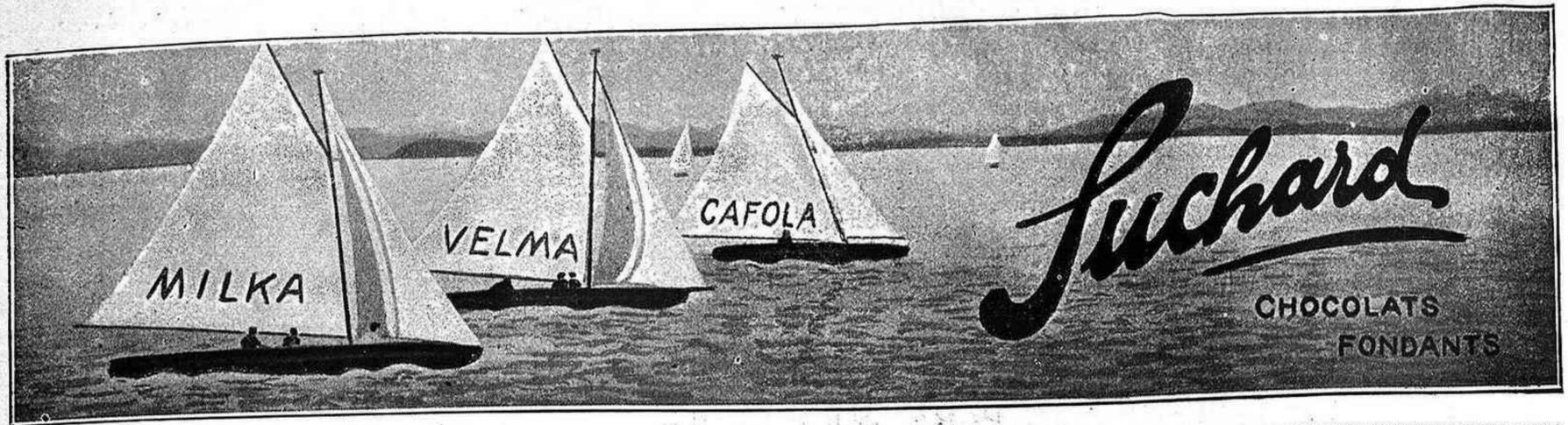
Las Verdaderas Pastillas VALDA

que se venden unicamente

EN CAJAS

con el nombre VALDA en la tapa y nunca de otra manera.

Fórmula :
Menthol 0.002
Eucalyptol 0.0005
Azucar-Goma



REPRESENTANTES
IMPORTADORES
COMERCIANTES:

¿Queréis ampliar vuestros negocios y estar siempre al corriente de las últimas creaciones de la industria norteamericana? Pídan hoy mismo un ejemplar de muestra de la hermosa Revista

"El Exportador Americano"

á los agentes en España contra envío por giro postal de tres pesetas

"PUBLICITAS"

MADRID BARCELONA
Gran Vía, 13 R. San Pedro, 11, pral.
Apartado 911 Apartado 228

SARNA
(Roña)

ANTISÁRNICO MARTÍ
Cura sin baño la sarna y picores de la piel.
Venta en todas las Farmacias.

**AGENCIA
GRAFICA**

REPORTAJE GRÁFICO
DE
ACTUALIDAD MUNDIAL
Servicio para toda clase de periódicos y revistas de España y Extranjero

Pida condiciones á

AGENCIA GRÁFICA
Apartado 571
MADRID

GRATIS
remite nuevo Catálogo la Librería de Alejandro Pueyo, Avenida del Conde de Peñalver, 16.—Madrid.

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES



CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO



Obra nueva del
Dr. Roso de Luna

LA ESFINGE.— Quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos.—Un tomo en 4.º Precio, 7 pesetas.

El elogio de esta notable obra de las 30 ya publicadas por este polígrafo, está hecho con sólo reproducir su índice, á saber:

Prefacio.—El Edipo humano, eterno peregrino.—Lo epiciclo de Hiparco y los «ciclos» religiosos.—Las hipótesis.—Kaos-Theos-Cosmos.—Complejidad de la humana psiquis.—Más sobre los siete principios humanos.—El cuerpo mental.—El cuerpo causal.—La supervivencia.—La muerte y el más allá de la muerte.—Real dades «post mortem»: la Huestia-Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor (calle del Buen Suceso, número 18 dupl.º) y en las principales librerías.

POR
ESOS MUNDOS
MAGAZINE PARA TODOS
PUBLICACIONES
PRENSA GRÁFICA

100
PAGINAS
50
CENTIMOS

DESDE
10
DE
ENERO

PRESUPUESTOS

PARA SU PRÓXIMA
TEMPORADA

Estudios y planes de publicidad

Para aumentar sus ventas, no ha de gastar más; ha de gastar bien

ESTÉ USTED SEGURO

de que por proceder sin análisis, ó por bondad de carácter que hace aceptar ofertas sin compulsar su posible eficacia, se despilfarran en anuncios sumas considerables. El hombre de negocios, agobiado por sus múltiples ocupaciones, no tiene tiempo para estudiar á fondo cómo anunciar bien sus productos y marcas. Procede por intuición y paga su inexperiencia en dinero.

Si preocupan á usted de modo absorbente sus problemas de producción, de compras y ventas, cambio, etc., no es necesario que distraiga su atención en los problemas de propaganda, siempre que tenga quien, con conocimiento de causa, piense y trabaje por usted.

Le ofrecemos nuestra experiencia de muchos años.

Numerosas casas muy importantes ponen fe en nuestros planes de publicidad, seguras de que sólo proponemos aquellos medios y aquella distribución que pueda producir rendimiento, según el artículo y el público que lo consuma.

Le aconsejaremos y le prepararemos su presupuesto GRATIS y sin compromiso alguno de su parte.

“PUBLICITAS”

AGENCIA INTERNACIONAL DE ANUNCIOS

MADRID:

Avenida Conde Peñalver, 13, entl.º
Apartado 911. — Teléfono 61-46 M.
Estudio «HELIOS»

BARCELONA:

Ronda de San Pedro, 11, principal
Apartado 228. — Teléfono 14-79 A.
Estudio «FAMA»